

EL SEÑOR

Romano Guardini



NOTAS

César Herrero Hernansanz

El Señor

Romano Guardini

Ediciones Cristiandad. 3º edición, 2006; 2ª reimpresión, 2008.706 Páginas.

Notas de César Herrero Hernansanz

INTRODUCCIÓN

Pongo a su disposición mis notas de la lectura de *El Señor*, de **Romano Guardini**. Es, con diferencia, el mejor libro que he leído sobre la vida de Cristo. Su antigüedad, estructura homilética y repeticiones no le impiden llegar al fondo del misterio y de la verdad, anunciada por Jesús.

No olviden que les ofrezco síntesis y notas, en las que he procurado seleccionar la flor y nata de cuanto nos ofrece, evitar repeticiones y ser lo más claro posible, saliéndome en ocasiones de los textos traducidos, redactándolos a mi manera, incluso introduciendo algunos de mi cosecha, señalados en rojo para resaltar y completar el sentido.

Si después de leer mis notas desean profundar en algún asunto, les recomiendo recurrir al texto del libro impreso.

Asimismo, les adjunto un índice de mis notas, sincronizado con el del texto original, para que puedan percibir a vista de pájaro una panorámica de los temas tratados y su paginación. Índice y paginación, que les facilitarán la búsqueda fácil de temas de su interés y ubicación.

Les confieso que me ha sorprendido la profundidad de sus reflexiones, que han afianzado y ensanchado mi fe, alentándoles, por tanto, a su lectura y reflexión.

César Herrero Hernansanz

Murcia, 2014

ÍNDICE

Introducción a la edición española	4	Cuarta parte. Camino de Jerusalén	
Prólogo	9	1. El mesías	41
		2. La subida a Jerusalén	42
Primera parte. Los orígenes		3. La transfiguración	43
1. Orígenes y antecedentes	10	4. La Iglesia	44
2. La madre	10	5. Moisés y Elías	46
3. La encarnación	10	6. Revelación y misterio	47
4. El precursor	11	7. Justicia y su superación	49
5. Bautismo y tentación	11	8. Si no os hacéis como niños	51
6. Intermedio	11	9. Matrimonio cristiano, virginidad	53
7. El comienzo	12	10. Poseer cristianamente, ser pobre	56
8. El escándalo de Nazaret	13	11. La bendición	58
9. Los enfermos	13	12. Fe y seguimiento	60
10. Lo que estaba perdido	14	13. El perdón	61
11. Discípulos y apóstoles	14	14. Cristo, el principio	63
12. Las bienaventuranzas	15		
		Quinta parte. Los últimos días	
Segunda parte. Mensaje y promesa		1. Entrada triunfal en Jerusalén	65
1. La plenitud de la justicia	17	2. Endurecimiento	66
2. La sinceridad en el bien	18	3. Humildad de Dios	67
3. Posibilidad e imposibilidad	18	4. Destrucción Jerusalén, fin mund	70
4. La semilla y la tierra	19	5. El juicio	72
5. La filantropía de nuestro Dios	21	6. Aquí estoy, para hacer tu volunt	73
6. La voluntad del Padre	22	7. Judas	75
7. El enemigo	23	8. La última convivencia	77
8. Misión de los apóstoles	23	9. El lavatorio de los pies	78
9. El perdón de los pecados	25	10. Mysterium fidei	80
10. La muerte	26	11. La oración sacerdotal	82
11. Conciencia interna	28	12. Getsemaní	85
12. El nuevo nacimiento de agua y Espíritu	29	13. El proceso	87
		14. Muerte de Jesús	89
Tercera parte. La decisión			
1. Los ciegos y los que ven	33		
2. El Hijo del hombre	33		
3. La ley	34		
4. Jesús y los paganos	36		
5. Codicia y desprendimiento	37		
6. “No paz, sino espada”	37		
7. Los que Jesús amaba	37		
8. Señales	38		
9. El pan de vida	38		
10. Voluntad y decisión	38		

Sexta parte. Resurrección, transfigu

1. La resurrección	92
2. El cuerpo transfigurado	93
3. Entre el tiempo y la eternidad	95
4. Idas y venidas de Dios	97
5. “Me voy y vuelvo a vosotros”	98
6. En el espíritu santo	99
7. La fe y el espíritu santo	102
8. El señor de la historia	103
9. Nueva existencia	105
10. El hombre nuevo	106
11. La Iglesia	108
12. El primogénito de toda criatura	110
13. El sumo sacerdote eterno	112
14. El retorno del Señor	113

Séptima parte. Tiempo y eternidad

1. El libro del Apocalipsis	115
2. El que reina	117
3. El trono y el entronizado	119
4. Adoración	120
5. El Cordero	122
6. Los siete sellos	123
7. Las cosas	125
8. Sentido cristiano de la historia	127
9. La señal magnífica en el cielo	129
10. Vencedor-Juez-Arquetipo	130
11. Promesa	132
12. El espíritu y la novia	135

Introducción a la edición española

- La verdad es una fuerza, pero sólo cuando no se exige de ella ningún efecto inmediato, sino que se tiene paciencia y se da tiempo al tiempo; mejor aún: cuando no se piensa en los efectos, sino que se quiere mostrar la verdad por sí misma, por amor a su grandeza sagrada y divina. Pag 9.

- Tenemos que volver a aprender que no sólo se reza con el corazón, sino también con la mente. El mismo conocimiento ha de convertirse en oración, en cuanto la verdad se hace amor. Pag 10.

- Guardini inmerso en su afán fenomenológico, ve las realidades por dentro, genéticamente, nunca utiliza las palabras como monedas desgastadas de mano en mano. Si habla de los Apóstoles se pregunta qué significa ser apóstol. En los milagros de Jesús detiene el relato para explicar qué implica curar. Al obrar bien, recuerda el deseo de Jesús de que no sepa la mano derecha lo que hace la izquierda, porque se trata del pudor más íntimo de la bondad, de la delicadeza que convierte la propia actividad en algo tan puro que refleja a Dios. Una vez descubierto el sentido más hondo de los vocablos decisivos, proyecta la luz que éstos irradian sobre los textos que analiza, los cuales aparecen ante el oyente en estado de transparencia. Tal luminosidad produce un gozo especial y se convierte en fuente de atractivo para oyentes y lectores. Pag 12.

- El cristianismo es más que una doctrina de la verdad y una interpretación de la vida. Su esencia nuclear la constituyen la existencia, obra y destino concretos de Jesús de Nazaret, su personalidad histórica. Pag 14.

- Jesús marcó a las gentes el camino hacia el Padre celestial y afirmó que es el mediador por excelencia entre los hombres y el Padre e *igual al Padre*. Ejerce la función de guía y camino hacia la verdad suprema y fuente de toda vida y se proclama el camino, la verdad y la vida, Jn, 14, 6-9. Revela al Padre, pero él y el Padre son una misma cosa. El que le ve a él, ve al Padre. Es mensajero de la verdad y la verdad misma. No se limita a transmitir una revelación, todo él es palabra revelada. Pag 14-15.

- Cristo habla con palabras y con todo su ser. Todo lo que Él es revela al Padre. Sólo ahora alcanza el concepto cristiano de revelación toda su plenitud. Sus gestos, ademanes, actitud, actividad, su obra ... todo su ser es palabra: Pag 15.

- Jesús es bueno en el sentido inigualable de que está en Dios, es Dios, forma parte del ámbito mismo de lo divino. Dios no es Padre en sí y por sí, sino orientado hacia Cristo, y sólo desde Cristo puede ser comprendido. El Espíritu Santo no es espíritu de por sí, sino en relación a Cristo. Es el espíritu que Jesús envía. Pag 15.

- En Cristo se halla vitalmente unida y operante toda la divinidad: el Padre y el Espíritu Santo. La vida de los cristianos consiste en insertarse vitalmente en este espacio sacro, participar de él y elevarse así al nivel de *vida eterna*. El proceso de inserción es similar al de familiarizarse hasta asumir y vivir un

poema o una canción. *A medida que participamos en su vida, el poema o la canción vive en nosotros.* Lo cual expresa genialmente Pablo: *y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí,* Ga 2, 19-20; 1 Co 16, 24; Rm 16, 9. Pag 15-16.

- Antes de Pentecostés, Cristo se hallaba respecto a los suyos *ante* ellos. Entre Él y ellos había un abismo. No le habían comprendido, no lo habían *interiorizado* aún. Con el acontecimiento de Pentecostés se cambia esta relación. Cristo, su persona, su vida y su acción redentora se convierten para los hombres en algo *interior* y *manifiesto*. Ahora comienzan a ser *cristianos*. Pentecostés es la hora en que nace la fe cristiana como modo de *ser en Cristo*, no por mera *vivencia religiosa*, sino por obra del Espíritu Santo. El concepto del *en cristiano* es la categoría pneumática fundamental. Pag 16.

- Este *Πνευμα*, realidad que expresa el modo y relación de inserción en la divinidad, puede adquirir formas insospechadas de desarrollo personal. Pag 16.

- Las bienaventuranzas no se limitan a fijarnos programas de comportamiento, nos muestran la elevación que debe adquirir nuestra realidad de hombres, llamados a transfigurarse al vivir en el *espacio de presencia* abierto entre ellos y Dios Padre por el Espíritu Santo. No se reducen a doctrina ética muy elevada, sublime, sino que son el anuncio de una realidad personal que viene de Dios, cuya santidad nos supera y deslumbra. A ellas se refiere Pablo en Rm 8 cuando habla de *la gloria que se ha de manifestar en nosotros*. Pag 17.

- Con las bienaventuranzas Jesús nos descubre que nuestra realidad de cristianos se halla en el reino de lo perfecto, en el misterio de Dios, que se define como Amor. Pag 17.

- Nuestra bondad sólo será pura si va protegida por el amor. Pag 17.

- Lo cristiano es Él mismo, lo que llega al hombre a través de Él y la relación que a través de Él puede tener el hombre con Dios. Pag 18.

- *Podemos alcanzar una visión perfecta del interior de Jesús si partimos de lo que significa en su vida la voluntad del Padre*, nos permite descubrir un hecho decisivo: la vinculación entre obediencia y autenticidad personal. Pag 19.

- Toda la vida del Señor está impulsada por la voluntad del Padre. Y en ello Jesús es plenamente Él mismo. Al no hacer su voluntad sino la del Padre lleva a plenitud lo más profundamente suyo: el amor. La voluntad del Padre es el amor del Padre. En su voluntad viene el Padre mismo a Jesús. El hecho de llamar, mandar y exigir es un *venir*. Al aceptar esta voluntad, Jesús recibe al Padre mismo. El nexo entre esta voluntad que pide ser oída y la realización de la misma es la concordancia del amor. Pag 19.

- El amor es la fuerza y la medida de toda la existencia. Pag 20.

- Guardini cultivó una peculiar exégesis, abrirse de forma sencilla y acogedora a la apelación de los textos. Pag 20-21.

- Al sentir en la palabra revelada la presencia del Dios vivo, descubrimos nuestra condición de *contemporáneos del Señor Resucitado*, Sorèn Kierkegaard. Pag 21.
- Guardini tiende a hacer posible que se escuche la Escritura de tal modo que el puro mensaje de Dios en la palabra humana toque el centro de la existencia propia y se realice como por primera vez. Pag 21-22.
- No existe una psicología de Jesús. La psicología fracasa ante lo que Él es, en última instancia. Pag 22.
- Cristo Jesús no es un grande de la historia como otros, sino que supera todo lo meramente humano. Pag 23.
- La existencia del Verbo encarnado supera los conceptos que elaboran la psicología y la historia, aunque la parte humana del Verbo, en cuanto tal, puede ser objeto de *compresión* y de estudios de psicología. Pag 24.
- Las realidades y los acontecimientos religiosos son accesibles sólo a la fe, iluminada por la Revelación. Pero la experiencia de lo divino realizada por nosotros puede ser objeto de una clarificación creciente. Pag 24.
- La vida del espíritu se realiza en relación con la verdad, el bien y lo sagrado. El espíritu está vivo y goza de salud por medio del conocimiento, justicia, amor y adoración. Pag 25.
- El Dios de la Biblia es un Ser Supremo, Creador todopoderoso y el Dios vivo, que se define como Amor y establece relaciones personales con sus criaturas. Pag 27.
- Guardini descubrió el vivir (pensar, sentir y querer) de modo relacional en el *valor vital de los dogmas*. Los dogmas apelan a nuestra inteligencia y nos muestran la forma óptima de modelar nuestra existencia. Así, el dogma nuclear de la Trinidad invita a creerlo y vivirlo. *Vivir cristianamente* equivale a *vivir trinitariamente*. Este *modo nuevo de vivir* da lugar a una forma nueva de ser, *el hombre nuevo*. Pag 28.
- Jesús se ha ido, pero en el mismo instante vuelve de forma diferente, a la Ascensión sigue Pentecostés. Así, el Apóstol hablará del *Cristo en nosotros...* Cuando Jesús abandona el ámbito de la historia, se crea el nuevo espacio cristiano sustentado por el Espíritu Santo, que actúa en la vida interior del creyente y en la Iglesia, mutuamente condicionada para formar unidad. Así es como Cristo está presente: *he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*, Mt 28, 20. Pag 28.
- El amor del que habla Cristo es un río de vida que nace en Dios, pasa por el hombre y vuelve a desembocar en Dios; una forma de vida consagrada que va de Dios al hombre, del hombre a su prójimo y del creyente a Dios. Quien rompe la continuidad en alguna de sus fases, destruye el conjunto. Quien la respeta limpiamente en alguno de sus procesos, hace sitio a la totalidad. Pag 29.

Prólogo

- En Jesús no hay sitio para la psicología como tal. *El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle*, 1 Co 2, 14-15. En lo más íntimo de la personalidad de Jesús está el misterio del Hijo de Dios, que supera toda psicología. Pag 31.

- Ni su ser, ni su obra pueden derivar de acontecimientos históricos, porque Jesús procede del misterio de Dios y allá vuelve, después de que *el Señor Jesús convivió con nosotros ... hasta el día en que nos fue llevado*, Hch 1, 21-22. Pag 32.

- En la existencia de Jesús se pueden comprobar determinados acontecimientos de importancia. Se puede reconocer cierta orientación, cierto sentido y cierto proceso de cumplimiento. Pero no se puede mostrar una auténtica *evolución*. Tampoco se pueden reducir a *motivos* el curso de su destino, ni el modo en que lleva a cabo su misión, pues el por qué último se hunde en lo que Él llama *voluntad del Padre* y se sustrae a toda explicación histórica. Pag 32.

- La historiografía habitual tiene escaso margen en expresiones como *Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres*, Lc 2, 52, *Pero al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo* Ga 4, 4. Pag 32.

- Algunas ideas quieren contribuir a que se medite con mayor profundidad el misterio de Dios, *escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este Misterio entre los gentiles, que es Cristo entre nosotros, la esperanza de la gloria*, Co 1, 26-27. Lo que importa de verdad es el conocimiento que nos da el propio Cristo cuando *explica las Escrituras y nuestro corazón ardía dentro de nosotros*, Lc, 24, 27-32. Pag 33.

Primera parte: Los orígenes

1. Origen y antecedentes

Jn 8, 58; Lc 2, 4; Jn 1, 1-14. Pag 35.

- Jesús tiene su origen en el misterio de Dios. Respondió a los judíos: *En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahám existiera, Yo Soy*, Jn 8, 58. Pag 35.

2. La madre.

- En María cuenta, no su procedencia genética de sangre real, sino su disposición y confianza en Dios. Pag 40.

- María vive y sufre a su lado, aunque Jesús deja claro cuáles son su lazos familiares:

Subida a Jerusalén, Lc 2, 41-50.

María en la boda de Caná confía a ciegas en su hijo: *Dice su madre a los sirvientes: Haced lo que él os diga*, Jn 2, 5.

Llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, le envían a llamar:

Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen, Lc 8, 19-21.

Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: ¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan. El les responde: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre, Mc 3, 31-35.

Sucedió que, estando él diciendo estas cosas, alzó la voz una mujer de entre la gente, y dijo: ¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron! Pero él dijo: Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan, Lc 11, 27-28.

Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dice al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa, Jn 19, 26-27. Pag 40-43.

3. La encarnación

Sb 18, 14-15; Lc 1, 26-38; Jn 1, 11. Pag 45.

- Los grandes acontecimientos, como la redención, suceden en el silencio. *Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente, cual implacable guerrero, saltó del cielo, desde el trono real, en medio de una tierra condenada al exterminio. Empuñando como afilada espada tu decreto irrevocable*, Sb 18, 14-15. Pag 45.

- Los grandes logros en la vida del hombre, más que del pensar surgen del corazón y del amor. Pag 48.

4. El precursor

Lc 1, 15-17 y 66; Lc 3, 1-3; Jn 1, 19-27. Pag 52.

5. Bautismo y tentación

Mt 3, 13-17. Pag 60.

- La caída del hombre arrastró al mundo y trajo como consecuencia una vida condenada a la servidumbre de la corrupción: *La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió*, Rm 8, 20. Jesús se reconoce pecador, hace penitencia y se abre a lo que pueda venir de Dios, se somete a lo que Dios quiere, a la justicia para todos. A este descenso de lo humano responde el desgarrón de las alturas en el Jordán. *Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado*, Lc, 3, 21-22. Se trata de un proceso interior, en el espíritu, pero más real que las realidades tangibles que le rodean. Pag 60-61.

- Jesús sabe escuchar al Espíritu del Padre y seguir sus impulsos. *A continuación, el Espíritu le empuja al desierto, y permaneció en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás*. Mc 1, 12-13. *Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo*, Mt 4, 1. Pag 61-62.

- Jesús fue tentado por el diablo en muchas ocasiones. *Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno* Lc 4, 13. Pag 65.

- De la plenitud y grandeza de los años de silencio surge la humildad, a la que responde el cielo, baja el Espíritu, se oye la voz del Padre y su complacencia ... Ante la libertad divina no hay tentación que valga. Pag 65.

6. Intermedio

- La vida de Jesús pero no tuvo por qué haber sido así. Pero fue un imperativo del amor de Dios. Pag 66.

- Juan da testimonio del momento de plenitud de Jesús. *Y yo no le conocía pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo. Y yo le he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios*, Jn 1, 33-34. Pag 67.

- En Jesús la plenitud del Espíritu se hace explícita en cada momento, como en las bodas de Caná, Jn 2, 1-11. Pag 70.

- La voluntad del Padre vive en Jesús, se desarrolla en el curso de los acontecimientos y los determina. *El Padre en persona está siempre con él.* Esa voluntad guía a Jesús, le lleva, le rodea, le apremia continuamente, de tal manera que Jesús, que está tan solo en el mundo, tiene en ella su hogar. La realización de esa voluntad es su comida y bebida: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra,* Jn 4, 34. La voluntad del Padre supone una maravillosa relación con el Padre, impregnada de intimidad e inmediatez, difícil comprensión y profundo sufrimiento. Pag 70.

- Jesús obedece a la lógica de los planes de Dios, contraria a la lógica del mundo: *Porque cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros,* Is 55, 9. Así parecerá un loco, un absurdo peligroso, pero obedece a la voz del Espíritu: *El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu,* Jn 3, 8. Por tanto, su discurso y su acción parecerán arbitrariedad y locura. Pag 71.

- La actuación de Jesús brota de la voluntad del Padre, que es el amor del Espíritu Santo. Pag 71.

7. El comienzo

Mc 1, 14-15. Pag 72.

- El Hijo de Dios no tiene una *historia* en sentido humano. Lo que en él consideramos histórico es una insuficiencia, que se abre a algo más profundo. Con su nacimiento entró en la historia humana, vivió en ella trabajando y sufriendo. Con su muerte se consumó su destino. Y con su resurrección traspasó de nuevo las fronteras de la temporalidad. Dentro de este destino temporal, Jesús es plenamente histórico, aunque sigue siendo Dios. Cuanto hace procede de lo eterno. Por tanto, lo que en él acontece y experimenta queda asumido en una dimensión de eternidad: *Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley,* Ga 4, 4. Sin embargo, es Señor del tiempo e inaugura una nueva historia, la propia de los *hijos de Dios* y la de la *nueva creación*. Así, pues, su vida expresa la contigüidad de lo eterno. Pag 72.

- Parece que la plenitud del Espíritu se manifiesta en la purificación del templo. Jn 2, 13-17. Isaías predice maravillosamente el Espíritu, que vendrá sobre el mesías, Is 11, 1-10, Pag 72.

- El reino de Dios es el principal contenido de la predicación de Jesús. Pag 73.

- El poder del Espíritu propició la proclamación del reino de Dios. El poder venía de su palabra, que no era rebuscada y sutil como la de los escribas, sino *como quien tiene autoridad*: Mc 1, 21-22. Su palabra era estremecedora, Arrancaba al espíritu de su seguridad, al corazón de su indolencia, mandaba y creaba. No se la podía oír y permanecer indiferente. Pag 77.

8. El escándalo de Nazaret

Lc 4, 14-30. Pag 79

- Jesús se deja guiar por el Espíritu: *Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu*, Lc 4, 14. Pag 79.
- El Espíritu guió a los profetas: curación de la viuda Sarepta en Sidón y del leproso Naamán, el sirio Lc 4, 23-30; Mt 13, 54-58. Pag 79.
- Pobres son los pequeños y despreciados en este mundo y cuantos reconocen en sí mismos la condición de pobreza, propia de la criatura caída. Pag 80.
- En ningún sitio es más insoportable la santidad, ni se le ponen más objeciones y más intolerante es el rechazo que en la propia patria. No se puede aceptar que quien conocemos tan bien esté lleno del Espíritu Santo. Lo que irrita al hombre con la más dramática violencia es que la Buena Noticia del reino de Dios, atestiguada por la fuerza del Espíritu, proceda de una boca humana. Hay un impulso misterioso e incomprensible en el corazón del hombre caído en el pecado, que se rebela contra Dios. Los hombres están bajo el dominio de Satanás, le echan fuera de la sinagoga, le empujan a despeñarle. La cruz está ahí. Pag 82-83.
- Las tinieblas tienen su momento: *Estando yo todos los días en el Templo con vosotros, no me pusisteis las manos encima; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*, Lc 22, 53. Es impresionante el poder de la suave fuerza del Espíritu, la irresistible libertad de Dios, sobre la que resbala todo poder humano. Nada podrá encadenarla, salvo su propia hora. *Oyendo estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira; y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarle. Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó*, Lc 4, 28.30. Pag 83-84.

9. Los enfermos

Mc 1, 32-34. Pag 84.

- El Espíritu que actúa en Jesús tiene poder para curar. Cura de raíz, porque tiene capacidad de crear, tomar en su mano el principio interno de la vida y realizar una nueva creación. Jesús no retrocede, no elige, acoge a todos, Mt 11, 28. Jesús siente el dolor humano. Y no salen palabras de su boca para suprimir el dolor. Pag 84.
- Jesús es todo amor, comparte el dolor del hombre, Mc 6, 34. Ve el sufrimiento humano en toda su profundidad, enraizado en la propia existencia humana, como realidad inherente al pecado y alejamiento de Dios. Lo percibe como consecuencia del pecado y como camino de purificación y conversión, Mt 16, 24. Cristo no eludió el sufrimiento, no le dio la espalda, no se defendió de él, sino que lo aceptó en su corazón. Pag 87.

- Los milagros de Jesús están siempre en relación con la fe. En Nazaret no puede hacer milagros por falta de fe, Lc 4, 23-30. Los discípulos no pueden curar al joven epiléptico porque tienen poca fe, Mt 17, 14-21. Cuando le traen al paralítico, en un primer momento da la impresión de que Jesús no se interesa por su enfermedad. Lo que ve es su fe. Le perdona sus pecados y sólo como culminación del proceso le cura la parálisis, Mc 2, 1-12. Al padre del niño epiléptico le prueba su fe y sólo lo cura cuando su corazón está dispuesto a guiarse por la fe, Mc 9, 23-25. El centurión asombra con su fe a Jesús, Mt 8, 5-13. La fe del ciego Bartimeo le cura, Mc, 10, 46-52. Pag 88.

- La finalidad de las curaciones consiste en que los hombres descubran la realidad de la fe, se abran y se identifiquen con ella. Pag 88.

10. Lo que estaba perdido

Mt 9, 9-13. Pag 88.

- A Jesús no le mueve el resentimiento contra los poderosos. Suprime las diferencias que el mundo ha establecido y se dirige a lo esencial del poderoso y del pobre e insignificante: al hombre. *También éste es hijo de Abrahám. El hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo.* Pag 91-92.

- Ante la mujer adúltera Jesús calla y de su silencio sale la verdad, establece una justicia superior que viene de Dios, ensancha el corazón y revela benevolencia para todos los hombres, Jn 8, 1-11. Pag 93.

- Superficialidad de los pensamientos y valoraciones humanas. *Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora,* Lc 7, 39. Pag 94.

- Para Jesús lo importante es el hombre, llámese como se llame, a quien busca y lo pone ante Dios. Pag 95.

- Jesús vino para propiciar una gran *subversión de valores*, en el sentido de que Dios dirige al mundo y lo refiere a sí. Hay un misterio de la pobreza, del rechazo por parte del mundo, de la locura por amor de Dios, estrechamente vinculado a Jesús: el misterio de la cruz. Pag 96.

11. Discípulos y apóstoles

Mc 1, 16-20. Pag 96.

- Para pedir el Espíritu Santo es esencial la oración, pero puede venir por cualquier medio o acontecimiento humano: *Entonces oraron así: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido, echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías,* Hch 1, 24-26. Pag 96.

- Entorno de Jesús. Apóstoles, íntimos, exigencia. Discípulos, menos íntimos, menos exigencia. Mujeres, muy próximas en la intendencia y en el afecto de Jesús. Pag 97.

- Durante su vida, Jesús estuvo solo en lo más íntimo. En realidad nadie estuvo a su lado, nadie compartió sus sentimientos y nadie le ayudó en su obra. Pag 99.

- Todo lo que deba suceder, habrá de servir a la causa de Dios: *Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna. ¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados,* Mt, 10, 29-31. Pag 100.

- Importancia de la voluntad del Padre. Cuando el diablo se cruza en su camino es enérgico. Mt 16, 13-23. Pag 101.

- El comentario espiritual adquiere sentido cristiano en la medida en que nace del encargo vivo de Cristo y de la fuerza del Espíritu Santo, tal y como actúa desde Pentecostés a través de la historia. Pag 102.

- Jesús hizo milagros para despertar la fe, Jn 10, 38. Los hombres de su entorno reducían constantemente su mensaje divino a lo terreno. Pag 102-103.

- Primero tendrá que venir Pentecostés. El Espíritu Santo tendrá que llenarlos, despejarles la mente, abrirles los ojos y desatar su corazón. Sólo así comprenderán. Pag 104.

- La auténtica realidad del apóstol no consiste en haber sido llamado, elegido y enviado por Cristo. *No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda.* Jn 15, 16. El apóstol es el enviado, no habla por sí mismo, sino por Cristo, está lleno de Cristo. Y como Jesús estallará de júbilo: *Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito,* Mt 11, 25-26. Pag 105.

- La existencia del apóstol está marcada por la escasa importancia de uno mismo, porque Cristo lo es todo. La imperiosa necesidad de llevar un contenido grandioso en un recipiente desproporcionado, tener que ser sólo mensajero a costa de la desaparición del yo, renunciar al propio ser y entregar todas las fuerzas al mensajero. Pag 105.

12. Las bienaventuranzas

Lc 6, 20-22-26; Mt 5, 3-12. Pag 106.

- El amor del que habla Cristo es un río de vida que nace en Dios, pasa por el hombre y vuelve a desembocar en Dios. Es una forma de vida consagrada que va de Dios al hombre, del hombre a su prójimo y del creyente a Dios. Quien rompe su continuidad en algún estadio, destruye el conjunto. Y quien la respeta limpiamente en algún estadio hace sitio a la totalidad. Pag 109.

- Para conocer a Dios no ayuda mucho el esfuerzo de la mera razón, sino la limpieza del corazón. Pag 109.

- Jesús trae desde el corazón de Padre un río de vida para el mundo sediento, una nueva existencia. Para participar en ella el hombre tendrá que abrirse y liberarse del apego a la existencia natural y tender hacia la venidera. Les resultará difícil esta renuncia a los bien instalados, a los que tienen parte en la grandeza y esplendor del mundo, a los ricos, a los que están hartos, a los que ríen, a los bien vistos por todos, a los que todos alaban. De ahí la maldición sobre ellos. Pag 110-111.

- Entiende mal las bienaventuranzas el escándalo que argumenta que el mundo se basta a sí mismo, la insensatez de quienes aceptan las bienaventuranzas como algo natural pero no las practican interiormente, la mediocridad que las identifica con la propia debilidad frente a las poderosas exigencias del mundo y el raquitismo en apariencia piadoso que convierte lo bueno del mundo en malo, desde una perspectiva cristiana. Pag 112.

- Hace justicia a las bienaventuranzas quien no deja que se enturbie su juicio sobre la grandeza del mundo, a la vez que comprende su pequeñez y fragilidad ante lo que viene del cielo. Pablo proclama la irrupción en el mundo de *la gloria que se ha de manifestar en nosotros. Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios.* Rm 8, 18-19, a la que apuntan también el nuevo cielo y la nueva tierra de los últimos capítulos del Apocalipsis. Pag 112.

- Se exige una actuación *desde la plenitud*, desde una realidad que establece y da vida a las normas y criterios de acción. Lo que no significa que haya que abandonarse o doblegarse de forma pusilánime, sino que el hombre tiene que desmarcarse de la ley mundana del toma y daca, del ataque y contraataque, del derecho y la vindicación. Tiene que elevarse por encima de los mecanismos y reglamentos de este mundo y llegar a ser libre desde la perspectiva de Dios: *... y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos*, Lc 6, 35. Las bienaventuranzas son la medida de Dios, no de lo que exigen la ley y el orden, sino de lo que puede la libertad. Y la medida de esta libertad es el amor, el amor de Dios. Pag 113-114.

- Las bienaventuranzas no son posibles desde la perspectiva del mundo, pero sí desde la de Dios: *Jesús, mirándolos fijamente, dijo: «Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible,* Mt 19, 26. Y dice también Juan: *pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe,* 1 Jn 5, 4. *Pues Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece,* Plp 2, 13. Pag 114.

Segunda parte: Mensaje y promesa

1. La plenitud de la justicia

Mt 5. Pag 115.

- En el sermón de la montaña Jesús proclama la ética del hombre consigo mismo, con los demás, el mundo y Dios. Jesús sorprende. Proclama dichoso lo que humanamente percibimos como desgraciado y malaventura lo que percibimos como dicha: *¡Ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto. ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas, Lc 6, 24-26. Pag 115-116.*

- Las bienaventuranzas son la plenitud de la Ley: *No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento, Mt 5, 17. Pag 116.*

- Quien jura implica a Dios en el mismo decir: *Sea vuestro lenguaje: “Sí, sí”; “no, no”: que lo que pasa de aquí viene del Maligno, Mt 5, 37. Pag 116-117.*

- La verdadera justicia de sentimientos sólo es posible cuando está dominada por una actitud que ya no tiende a justificarse por la reciprocidad, sino por la libre fuerza creativa del corazón, que despierta el verdadero amor, que ya no depende de la actitud del otro, es libre para la realización de su esencia. Está más allá de las tensiones de la *justicia*. Puede erradicar y superar el odio y practicar la auténtica justicia del corazón. El verdadero amor enseña a entender quién es el otro en lo más íntimo de su persona, en qué consiste su *injusticia*, hasta qué punto quizá no sea *injusticia*, en su sentido más profundo, sino herencia, fatalidad, miseria humana. Pag 119-120.

- El mandamiento del matrimonio exige respeto al cónyuge, que también es hijo del mismo Padre del cielo, y a la pureza, que ya no se pertenece a sí misma, sino al misterio del amor entre el hombre redimido y la divinidad. Del sentimiento nace la acción. Con la mirada, con el pensamiento silencioso se puede cometer adulterio. Sólo erradicaremos el mal cortando la verdadera raíz de donde brota, que es la actitud del corazón, que se trasluce en miradas y palabras. Tan pronto como un pensamiento se traduce en acción, se transforma en un fragmento del curso del mundo y deja de pertenecer ya a uno mismo. En el interior, por el contrario, está mucho más a merced de la libertad. Pag 120-121.

- Sólo será posible devolver bien por bien, si nos ponemos por encima de la bondad, a la altura del amor. Nuestra bondad sólo será pura, si va protegida del amor. Pero Jesús va más allá: *Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de*

particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial, Mt 5, 44-48. Lo cual, ya no comporta ética, que no se entendería, sino fe, que participa de la plenitud de la gracia. Pag 121-122.

2. La sinceridad en el bien

Mt 6, 7. Pag 123.

- Actitud que sólo es posible desde una fe muy profunda. Dios entrará en acción, surgirá un mundo nuevo y estaremos en actitud creativa al servicio del obrar divino. El hombre, actuando así, llegará a ser bueno en sí y ante Dios y lo bueno que viene de Dios se convertirá en él en un poder: *Vosotros sois la sal de la tierra ... Vosotros sois la luz del mundo*, Mt 5, 13-14. Lo bueno de Dios se encarna en el hombre y le ilumina. En un hombre así se percibe con claridad quién es Dios y en él descubren los demás que también Dios les llama en su corazón y se conciencian de la fuerza, que también les ha concedido a ellos. Para lo cual, el hombre deberá evitar contemplarse y complacerse en su obra, expulsar de sí al espectador que lleva dentro y dejar que la obra sea vista y conocida por Dios, para que en el íntimo pudor de la bondad, en lo más delicado de la acción, que es lo único que le confiere la pureza, Dios pueda brillar y resplandecer. Pag 124-125.

- Sólo Dios puede querer el bien por la pura dignidad del bien. Y sólo Dios puede hacer el bien en la pura libertad del individuo, ser regio y magnánimo en el bien, sintiéndose a la vez de acuerdo consigo mismo y plenamente realizado. Pero el hombre de la Edad Moderna ha equiparado comportamiento moral y comportamiento divino. Ha determinado el comportamiento moral, de suerte que ese *yo* que le sustenta sólo puede ser Dios, presuponiendo tácitamente que el *yo humano*, el *yo en general*, es Dios. Éste es su enorme orgullo. Los santos en su actitud prescindieron completamente de sí mismos y sólo quisieron conocer a Dios por sí mismo. Pag 128-129.

3. Posibilidad e imposibilidad

- Jesús vino a traer su mensaje: *el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*, Lc 19, 10. En el sermón de la montaña Dios exige la plenitud, pero pocos pueden cumplirla. Pag 130-131.

- Ser elegido no es un título, que se ponga a la existencia humana, es una intención viva de Dios, una acción eficaz de Dios en esa persona. La elección de Dios sólo acontece en la fe. Lo que aquí rige sólo es sustancia en la acción personal. Sólo Dios juzga con justicia, lo dicen Jesús y Pablo. El sermón de la montaña no es *todo-nada*, mandamiento rígido, sino un comienzo y proceso con caídas y levantamientos, una exigencia viva y fuerza eficaz. No se trata de un programa, sino de una acción viva que exige manos a la obra. El sermón de la montaña estaba referido a *la llegada del reino*, es decir, los preceptos del sermón de la montaña posibilitan una transformación: *la llegada del reino*. Pag 131-133.

- Cristo mantiene su exigencia en estrecha relación con una nueva magnitud, la Iglesia, prolongación de su encarnación en la historia. Iglesia, que nace en Pentecostés, después de la Ascensión del Señor, del Espíritu Santo que actúa en la historia cristiana, aunque la Iglesia parece tener otro significado en cuanto mediadora entre Cristo y nosotros. La tarea real que la Iglesia ha de cumplir consiste en poner la exigencia de Cristo, que supera las fuerzas humanas, en relación con su posibilidad de abrir caminos, tender puentes y ofrecer ayudas. La Iglesia, en cuanto formada por hombres, tiene condición humana, debe aceptar su incapacidad y confiar en la misericordia de Dios. Sin embargo, en la visión eclesial rige un sentido más profundo de la realidad. La voluntad de ser cristiano comienza con *lo posible* para culminar en la cima de *la santidad*. El Dios al que dirigimos nuestros pensamientos es nuestro Padre, ve en lo escondido, conoce cualquier necesidad antes de que se formule y sus ojos están puestos en nosotros de manera providente. Por tanto, nuestras preguntas cobran sentido a la vez que recibimos la promesas de una respuesta, el amor. Pag 134-1335.

4. La semilla y la tierra

- Desde Cristo Dios dirige su palabra al mismo tiempo al individuo y al conjunto de la humanidad, llamada a la salvación por encima de cualquier diferencia. La respuesta de la Edad Moderna es *individualista e internacional*. Jesús piensa en categorías históricas, desde la perspectiva de una historia de salvación. Se considera enviado en primer lugar: *No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel*, Mt 15, 24. Su mensaje se dirige, invita a la fe, a los que la alianza del Sinaí había vinculado a Dios, a los que habían hablado los profetas, al pueblo elegido con sus gobernantes y representantes a la cabeza, orientándolos hacia el Mesías. Su aceptación habría propiciado el cumplimiento de las promesas de Isaías y acelerado el acontecimiento transformador de la irrupción del reino. El hecho de que no sucediera así tuvo unas consecuencias que iban más allá de la salvación o perdición personal del individuo, del éxito o fracaso de esa nación histórica. La decisión del pueblo, obligado a decantarse, era una decisión de la humanidad. Sucedió que el mensaje se dirigiría a otros, el mensaje y la economía salvífica cambiarían radicalmente. El hecho de que el pueblo como tal rechazara al Señor fue el segundo pecado original, cuyo alcance sólo alcanzamos a comprender desde la perspectiva del primer pecado. Pag 136-137.

- La historia de Israel estaba determinada por su fe en Dios. Por esa fe se había afirmado frente a las potencias vecinas, había triunfado sobre sus fuerzas religiosas y espirituales, pero se había quedado entumecido en el Dios meramente uno. Por tanto, cuando llegó el mensaje divino de Jesús y reveló un Dios con sentimientos distintos de los que le resultaba familiar, se escandalizó. Por el templo y su servicio habían soportado sufrimientos sobrehumanos y precisamente por eso, instituciones como el templo, el sábado y el rito se habían convertido en pura idolatría. Pag 137.

- ¿Qué actitud adoptaron los responsables de Israel frente al mensaje de Jesús? Negativa, de rechazo. La mayoría de las veces el motivo de la crítica parece de carácter ritual, pero es más profundo. Perciben que hay una voluntad distinta de la suya, quieren seguir manteniendo la antigua alianza. El reinado de Dios deberá instaurarse en el mundo mediante el pueblo elegido, a través de un acontecimiento espiritual operado desde lo alto, pero como triunfo de la antigua alianza sobre todo el mundo. Cuando las autoridades judías perciben que el nuevo rabino no habla del templo, ni del reino de Israel y cuestiona el mundo, los valores de la existencia terrena y anuncia el reino de Dios desde una perfecta libertad, sienten que no concuerda con su espíritu y no descansan hasta quitarlo de en medio. Fariseos, nacionalistas y conservadores, rigoristas en la fe, emprenden este camino. Saduceos, liberales y progresistas helenistas, al principio indiferentes, se unen a los anteriores, aunque por breve tiempo, para eliminar a Jesús. Pag 137.

- Según la profecía de Joel para el tiempo mesiánico el pueblo tendría que haberse rebelado, demostrando fidelidad a Jesús: *Sucedirá después de esto que yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones*, Jl 3, 1. Profecía que, recuerda Pedro, no se cumplirá hasta después Pentecostés tras la muerte y glorificación de Jesús: *Sucedirá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños*, Hch 2, 17. Pag 138.

- Jesús, tras ser rechazado por los judíos, valora la fe de los paganos. La del centurión: *Al oír esto Jesús, quedó admirado de él, y volviéndose dijo a la muchedumbre que le seguía: Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande*, Lc 7, 9. *¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que en sayal y ceniza se habrían convertido*, Mt 11, 21.

Entre los judíos debió ocurrir que la secular tradición religiosa, el ejercicio largamente practicado y la costumbre inveterada habían endurecido el terreno. El espíritu ya no se impresionaba, el corazón permanecía helado o indeciso, el sentimiento ya no era una pasión, que tomaba las cosas en serio. Pero los paganos eran tierra en barbecho, espacio abierto. Pag 141.

- Estamos acostumbrados a considerar la vida de Jesús perfectamente determinada, pensamos que tuvo que ser necesariamente así. Lo vemos todo desde el desenlace y lo configuramos desde esa perspectiva. Olvidamos lo tremendo que fue cómo se llevó a cabo la redención. Hemos perdido la sensibilidad del horror ante el deicidio. En este contexto adquieren pleno sentido profético las palabras de Jesús: *esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*, Lc 22, 53. Sin embargo, la voluntad del hombre no podía frustrar aquella posibilidad única e infinita de la historia humana.

Pero, ¿qué cree el hombre que sucede cuando aparece lo divino? Pues que el propio Dios se hace hombre, dando interés y entidad divinos a la existencia humana. Donde se percibe el aspecto llamativo del cristiano. Entrar en relación con el Dios misterio en medio de un mundo que es como es. Lo cual significa

sentirse tanto más extraño en el mundo, mundo somos nosotros y nuestro alrededor, cuanto más se íntima con Dios. Pag 141-143.

5. La filantropía de nuestro Dios

Pc 7, 11-17. Pag 143.

- Fe, misericordia y prestar oídos y seguir al Espíritu están estrechamente relacionadas en Jesús. La palabra con la que devuelve a la vida a su amigo Lázaro: *gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, sal fuera!*, Jn 11, 43, lleva a pensar en el grito de la cruz: *clamó Jesús con fuerte voz: ¡Elí, Elí! ¿lema sabatino?, esto es: ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?*, Mt 27, 46, como si anticipara el triunfo de su propia resurrección.

Pag 144-145.

- A simple vista podríamos encontrar contradicciones entre mundo de la ciencia y milagro, en el sentido de que las *leyes de la naturaleza* excluyen el *milagro*. Pero en el *milagro* no se trata de abolir las *leyes de la naturaleza*, sino que en un momento determinado *la ley* se pone al servicio de un ser superior, real y lleno de sentido. Los procesos de la materia se subordinan a la vida y *surgen formas* que, desde el punto de vista del ser inanimado, son *maravillosas*. Y en claro paralelismo, la conducta del hombre que está espiritualmente vivo representa una dimensión irreductiblemente nueva con respecto a lo puramente biológico. ¿Qué no será posible, pues, cuando en un espíritu humano se manifieste la fuerza del Dios que actúa en la historia? Pag 145-146.

- La lógica de los postulados científicos actuales considera que el mundo constituye un todo cerrado en sí mismo, donde sólo hay factores naturales. Pero nuestra fe nos dice que, antes y más allá de postulados científicos, el mundo está en manos de Dios. Él es el poder creador por excelencia en el sentido más puro e ilimitado de la palabra. Y cuando Él llama, el mundo con sus leyes se somete ineludiblemente a su dominio. Él es el Señor. Su relación con el mundo no es de orden natural, sino personal por antonomasia. El propio mundo no está encerrado en lo puramente natural, sino ordenado a lo personal, porque procede de un libre acto de amor del Dios vivo. Por eso puede haber historia. Historia del hombre e historia de Dios, sagrada y salvadora. Por tanto, cuando Dios llama a la naturaleza a entrar en la historia sagrada, cuando Dios actúa, la naturaleza obedece y se produce el milagro, no quedando abolida la ley de la naturaleza, sino perfeccionada y consumada en un sentido más elevado. Pag 145-146.

- Si el espíritu del hombre atiende a la revelación, le muestra el mundo no desde la perspectiva habitual, sino desde el corazón. A Jesús le conmueve el destino humano, el dolor. Para Dios los seres minúsculos que viven en un grano de arena, perdidos en la inmensidad de lo inconmensurable, son más importantes que los espacios cósmicos y galaxias. Lo cual debería robustecer nuestra fe. Dios nos mira a todos y cada uno de nosotros como a la viuda de Nía, que va tras el féretro, plenamente convencidos de que nuestra existencia es más importante que Sirio y la Vía Láctea. El corazón y destino de cada uno de nosotros, visto desde Dios, es el centro del mundo. Pag 146-148.

6. La voluntad del Padre

Pc 2, 48-49; Mt 3, 15-17; Jn 4, 6-7, 31 y 34; Pc 10, 21; Jn 15, 9-10. Pag 149.

- Voluntad, deber, necesidad y libertad conforman en Jesús una unidad indisoluble desde el principio. La complacencia del Padre, la alegría que le proporciona su Hijo al escuchar dócilmente y atender con toda su alma, el júbilo infinito de la voluntad de Dios, que ve su cumplimiento, desciende a raudales sobre Jesús: *Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, Mt 3, 16-17; En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito, Pc 20, 21. Pag 149-151.*

- La voluntad de Dios es amor. Amor que va del Padre a Cristo, de Cristo a sus discípulos y de éstos a quienes escuchan la palabra de Dios. Amor que es emoción y sentimiento profundo, obras y verdad. Amor que es cumplimiento de los mandatos de Dios, santidad y justicia. El conocimiento de Cristo procede más que del entendimiento y de la idea, de la acción viva, que produce transformación y un nuevo ser. El misterio de la voluntad de Dios es el misterio de la verdad: *El que habla por su cuenta, busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, ese es veraz; y no hay impostura en él, Jn 7, 18. La cadena del amor debe llegar también de creyente a creyente, porque todos somos hermanos en su Hijo: Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos, Rm 8, 29.*

Idea que Jesús remarca en la oración sacerdotal: *Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. ... Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno, Jn 17, 4-6 y 17-22. Pag 151-152.*

- En las anteriores palabras de Jesús se revela el misterio de la voluntad de Dios, que consiste en unidad de vida. Cuyo contenido es verdad, *palabra guardada*, justicia y mandamiento cumplido por Amor a Dios. Voluntad que guió su actuación, no como plan predeterminado, en el que ya estuviera contenido cuanto Jesús debía hacer, sino como fuerza viva, que siempre opera de nuevo y cuyo contenido se le iba revelando en cada actuación, por lo que llama a la voluntad del Padre *su hora*: *Entonces les dice Jesús: «Todavía no ha llegado*

mi tiempo, en cambio vuestro tiempo siempre está a mano, Jn 7, 6. Y en las bodas de Chaná: Jesús le responde: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora, Jn 2, 4. Pag 152-153.

- Esta voluntad del Padre, a través del Espíritu, le indica a Jesús su hora: le conduce al Jordán, al desierto, vuelta a los hombres, a Jerusalén, a Galilea, donde encuentra a sus discípulos, a su vida pública, a muchedumbres, a individuos, fariseos, sabios, entendidos, ignorantes. Jesús enseña, cura y ayuda, lucha para que el reino de Dios pueda llegar en la fe y obediencia del pueblo de la alianza. Pero cuando la fe no llega, la voluntad de Dios le conduce por el camino oscuro del sufrimiento: *Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!*, Pc 12, 50. Y hasta qué punto esa voluntad es mandato, exigencia directa y no mero impulso automático o fascinación, nos los dice Jesús en Getsemaní, Mt 26, 36-46. Pag 153-154.

7. El enemigo

Mt 12, 22-31. Pag 154.

- Jesús percibe en la enfermedad de cuerpo y alma la presencia del maligno. Es Satanás quien está enfermo. La enfermedad corporal es una terrible consecuencia de esa posesión. Contra él se dirige Jesús y lo expulsa con la fuerza del Espíritu, desapareciendo también la enfermedad. La lucha de Jesús contra el poder satánico pertenece a la esencia de su conciencia mecánica. Jesús es consciente de que, además de enseñar una verdad, indicar un camino, inaugurar y dar vida a una actitud religiosa, establecer una relación con Dios, ha sido enviado a destruir los poderes, que se oponen frontalmente a la voluntad de Dios. Para Jesús existe la posibilidad del mal, consecuencia de la libertad del hombre, la inclinación al mal, consecuencia del pecado del individuo y de la especie humana, pero también un poder personalizado que produce sistemáticamente el mal. *Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira*, Jn 8, 44. Satanás es el príncipe de un *reino*. Él establece un orden orientado hacia el mal, en el que el corazón del hombre, su espíritu, obras, iniciativas y relaciones recíprocas parecen tener sentido, teniendo en realidad contrasentido. Pag 155-157.

- El hombre moderno sólo reivindica para sí el hecho de ser persona. Frente a él sólo debe haber una realidad impersonal y normas impersonales. Por el contrario, el cristianismo afirma que lo que en última instancia determina el ser es la persona. Pag 161.

8. Misión de los apóstoles

- Todo intento de llegar directamente al Padre no percibe más que una divinidad abstracta. Al Padre real y verdadero, al misterio último, sólo se llega a través del Hijo. Jesús ha sido enviado precisamente para darle a conocer: *Le*

dice Jesús: *¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre, Jn 14, 9.*

Jesús, a su vez, envía a los apóstoles. No habla de sí mismo, anuncia al Padre. Del mismo modo los apóstoles no deben predicarse a sí mismos, sino a Cristo. Así debe ser a través del tiempo y *hasta el fin del mundo*. Lo que significa que los apóstoles siempre estarán presentes en sus sucesores en el ministerio apostólico.

Cristo viene al que recibe al apóstol y su mensaje: *Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado, Mt 10, 40.* A Cristo no se le puede conocer por medio de conceptos o vivencias fluctuantes, sino a través de su mensaje, pues él no es una idea, sino historia viva. Cristo viene a través de los apóstoles. No se puede conocer arbitrariamente al Padre como ser supremo, fundamento de la realidad, porque está oculto. El Padre se revela en Cristo.

Jesús es plenitud de vida divina: *Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí, Jn 6, 57. Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor, Jn 15, 9-10. Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado, Jn 14, 23-24.* Lo que Cristo tiene, procede del Padre. Los apóstoles, a su vez, hacen partícipes a *todas las naciones* de la verdad y amor del Espíritu, Hecho 1, 8. Pag 164-165.

- El apóstol es un enviado en el Espíritu Santo. Sólo por el acontecimiento de Pentecostés llega a su plenitud. El Espíritu Santo es la interioridad viva de Dios, la medida y posesión de su amor, que sondea incluso lo profundo de Dios: *Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios, 1 Co 2, 10.*

Por el Espíritu Santo vive el Λογος en el Padre. Por el Espíritu se realiza la misión del Hijo concibiendo María. Por el Espíritu entra el Hijo en la historia. Por el Espíritu en Pentecostés Cristo vive en los apóstoles. Por el Espíritu anuncian el evangelio los apóstoles y sus sucesores. Por el Espíritu los hombres reciben el evangelio. Y por el Espíritu llega hasta lo más profundo del hombre. Pag 165.

- De los envíos surge la conciencia de que es la hora: *¿No decís vosotros: Cuatro meses más y llega la siega? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega, Jn 4, 35; El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva, Mc 1, 15.* El apóstol cumple el destino de su Maestro y su divino ministerio. Pag 165.

- Parece que cuando Dios entra en el mundo, renuncia al poder. Quizá sea la debilidad de la propia criatura lo que limita al Creador. La verdad que se revela necesita encontrar en el hombre voluntad de verdad para imponerse. La santidad que se exige presupone en la persona llamada la disposición del amor. Si falta esta disposición, la verdad se encuentra maniatada, la luz

amortiguada y el amor se apaga. Esta es la grandeza y contradicción del hombre: libertad de elección, incluso frente a Dios. Pag 166-167.

- Tal vez la idea de anonadamiento e indefensión divinas nos las den la Encarnación: *Se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre*, Felpa 2, 7, y el peligro que entrañan el poder y el dinero para el mensaje divino y el hecho de que éste, como dice Pablo: *¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación ... nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres ... Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención, a fin de que, como dice la Escritura: El que se gloríe, gloríese en el Señor*, 1 Co 1, 20-21, 23, 25, 27-29 y 30-31.

Una acción basada en el poder y dinero no trae a Dios, pues es la negación de la forma en que Dios entró en el mundo. El apóstol tiene que encarnar el misterio fundamental de la misión y renovarlo continuamente en debilidad, porque así entró en el mundo el espíritu que todo lo santifica. Quien viene en su palabra es un Cristo indefenso. Pag 167-168.

9. El perdón de los pecados

Mc 2, 3-12. Pag 168.

- El enfermo, que va a ser curado, penetra en el espacio silencioso que subyace al dolor, aprende a mirar en su interior y reflexionar sobre el sentido de la vida. Quizá su dolor se haya mostrado también a otra luz, haya visto cómo la miseria y el dolor proceden del pecado, cómo el mal lo produce, lo agudiza o al menos le confiere un carácter pernicioso. Quizá un día llegó a comprender que pecado, dolor y muerte constituyen en el fondo un todo sombrío, cuyo origen de responsabilidad es el pecado. La continuidad se llama culpa y sufrimiento y el final, muerte. Pag 168-169.

- Jesús dice: *No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores*, Mc 2, 17. No es que haya venido sólo a llamar a los pecadores, es que no había justos. Los no pecadores no cuentan para la redención. Dicho de otra manera, la redención consiste para los hombres en reconocer su condición de pecadores.

Ser pecador es atentar contra las personas y contra la verdad, justicia y amor de Dios. Siguiendo a Satanás es el terrible e insensato intento de destronar, rebajar y destruir a Dios. Por tanto, el pecado también atenta contra la vida del hombre, que es sagrada y de origen divino y termina destruyendo la vida natural. No permanece en el espacio de la conciencia individual, sino que se

convierte en comunidad de culpa y destino. Esto es pecado sea grave, leve, público, secreto, consciente, escondido en la propia conciencia, indeciso, decidido ...

El hombre tiene que admitir la profundidad del pecado, superar la superficialidad y bajeza, intentar ver el pecado. No debe hacer de él cuestión de juicio o voluntad, sino sentir en su interior lo que se está jugando. No basta con someterse al juicio de Dios, sino convertirse con su dignidad moral, libertad y responsabilidad en un asunto del corazón de Dios. Debe renunciar al orgullo del destino, a la terquedad de realizar su propia obra, vivir su propia vida y buscar con humildad la gracia de Dios. Precisamente Jesús vino para despertar esta actitud. Debemos reconocer que somos pecadores, Mc 1, 15, aceptar la consecuencia del pecado, y desde lo más profundo de nosotros mismos, clamar a Dios para que el perdón sea posible. Pag 171-172.

- Perdón no significa que Dios prometa darme fuerza para no volver a pecar. Mediante el perdón de Dios ya no soy pecador ante Él, ni culpable ante mi conciencia. El perdón no depende de nosotros, depende de Dios, en aquel se nos revela quién es Dios. Dios está por encima del bien y del mal, es el sumo bien en libertad, que es amor. En virtud de ese bien libre y amoroso es más poderoso que la culpa. El amor es más vivo, más benévolo que la justicia, más elevado y poderoso en ser y sentido. En virtud de ese amor, Dios puede elevarse, sin menoscabo de la verdad y la justicia y proclamar que la culpa ya no existe. Pag 173.

- Perdonar en sentido absoluto es más difícil que crear y sólo Dios puede crear. Cristo ha venido para anunciarnos a ese Dios, que está por encima del Dios supremo y creador, el Padre que habita en una luz inaccesible y al que nadie conocía antes de que el Hijo lo anunciara. Hay que tomar en serio la revelación.

El verdadero perdón está por encima del crear, como el amor está por encima de la justicia. Si crear es hacer que exista lo que no existe, misterio impenetrable, que Dios haga del pecador un hombre nuevo que vive sin culpa se sustrae a toda medida humana. Es una creatividad, que procede de la pura libertad del amor. En el proceso se suceden una muerte, una aniquilación, en la que el hombre se sumerge para resucitar a una nueva vida.

La justicia que el hombre adquiere en la nueva vida procede de Dios, es un don del amor, una comunión, gratuitamente concedida, con la justicia de Dios.

Si el hombre tiene el valor de ser como Dios le ha creado, deberá aceptar ese misterio inaudito como lo más natural. Lo complicado no es lo sublime, sino lo miserable. Pag 174-175.

10. La muerte

- Llama la atención la peculiar libertad de Jesús frente la muerte. No es la libertad del héroe, ni la del sabio. Jesús se siente libre ante la muerte, porque no tiene dominio sobre él, no está sujeto a la muerte, es inmune. Por estar en posesión de la vida Jesús aparece frente a la muerte como Señor. Pero, a la vez, se le ve misteriosamente ligado a la muerte y al pecado. Por esencia Jesús estaba eximido de la muerte, pero se sometió a ella con plena voluntad.

Fue enviado para transformar la muerte, tanto en su realidad como ante Dios. Esta libertad frente a la muerte se percibe en los tres relatos de resurrección: cuando devuelve la vida al hijo de la viuda de Nía, Pc 7, 11.17; cuando resucita a la hija de Jairo, Mc 5, 22-43; y en la resurrección de Lázaro, Jn 11, 1-45, en la que estas palabras de Jesús: *Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis*, Jn 11, 14-15, debieron impactar en los apóstoles, a tenor de la respuesta de Tomas: *Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: Vayamos también nosotros a morir con él*, Jn 11, 16. Pag 176-177.

Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; Todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás, Jn 11, 25-26. Palabras de Jesús que, como si bajaran del cielo a la tierra, revelan la esencia de Cristo y la esencia de la muerte. En Jesús no existe esa situación, cuya consecuencia es la muerte. En la muerte de Lázaro Jesús reprimiendo el sollozo, va al sepulcro y se echa a llorar. No es un llanto de tristeza impotente o de mero dolor, sino fruto de una terrible experiencia: la muerte que está delante de él, como fatalidad del mundo, como poder contra el que ha sido enviado. Surgen las dudas de Marta y Jesús le replica: *¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?*, Jn 11, 40. Jesús es el único que tiene vida y conoce a la muerte: *Gritó con fuerte voz: ¡Lázaro, sal fuera!*, Jn 11, 43, como en su muerte: *Jesús, dando un fuerte grito, dijo: Padre, en tus manos pongo mi espíritu; y, dicho esto, expiró*, Pc 23, 46. Los dos gritos brotan del mismo corazón, de la misma misión y son una y la misma acción. En Lázaro no se trata sólo del milagro de la resurrección, se percibe una lucha en lo más profundo del espíritu. Cristo vence a la muerte venciendo a Satanás, que reina en la muerte, es el enemigo de la redención contra el que lucha Jesús. Su grito es una efusión de esa vida en un impulso de amor todopoderoso. Pag 177-178.

- ¿Qué ocurrió con su propia muerte? Si el pueblo se hubiera abierto a su palabra, se habría cumplido cuanto vaticinaron los profetas. La redención se habría cumplido por la aceptación de la Buena Nueva, acogida en actitud de fe. Y la historia habría cambiado. Mientras existe esa posibilidad, Jesús no habla de su propia muerte, sólo de manera vaga, fluctuante. Cuando los jefes de Israel se obstinan en su rechazo y el pueblo se amedrenta, Jesús, no sabemos en qué momento de profundo desamparo, toma el camino de la muerte para realizar la redención. Unos cuantos textos nos hacen llegar esta decisión: el intento de Pedro de evitarlo, Mt 16, 22-23; la parábola del grano de trigo, Jn 12, 24; y el bautismo de sangre, Pc 12, 50. La imagen de la muerte siempre va unida a la resurrección.

Jesús va a la muerte, no desde la debilidad de la vida, sino desde la plenitud y plena libertad: *Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre*, Jn 10, 18. Pag 179-180.

- A Jesús no le viene la muerte desde dentro como caducidad esencial, es incólume. Le sobreviene por la voluntad del Padre, que ha aceptado en su propia libertad. Lo que indica que la asume con más profundidad que los humanos. Nosotros la sufrimos a la fuerza, él en un gesto de amor. La muerte es tanto más difícil, terrible y fuerte cuanto más pura y delicada es la vida que

trunca. Nuestra vida está siempre a merced de la muerte, en realidad no sabemos lo que es vida. Jesús estaba tan exclusivamente vivo que podía decir: *Yo soy la vida*. Por eso mismo, saboreó la muerte hasta el fondo y la venció. La muerte no significa lo mismo antes que después de Cristo. La fe nos hace tomar parte en él.

Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, Rm 5, 12. El pecado no pertenece a la naturaleza del hombre, aunque trae la muerte porque aparta de Dios. La primera muerte, el pecado, rompe la comunión con la naturaleza divina: *por medio de las cuales nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia*, 2 P 1, 4. Jesús es la vida que vence a pecado y muerte. Pag 180-181.

11. Conciencia eterna

Jn 8, 19-20. Pag 181.

- No es posible una historia de Jesús en el mismo sentido que la de Francisco de Asís. La información que nos ha llegado de Jesús no tiene forma de relato histórico, sino de anuncio, mensaje. Los evangelistas no pretenden narrar acontecimiento tras acontecimiento en orden cronológico, sino acercar a los hombres a la figura, doctrina y redención de Jesús para que lleguen a la fe. Pag 181.

- Los fariseos quieren quitar de en medio a Jesús, que les acusa de oponerse al designio de Dios, la opinión pública se le vuelve hostil, Jesús se mantiene reservado y da un viraje a su enseñanza insistiendo en la interioridad oculta de la existencia cristiana. Consciente de que se encamina a la muerte, sube a Jerusalén para la fiesta de la Pascua, en la que su ministerio y su vida llegarán a su plena y perfecta consumación. Pag 182.

- El Padre está oculto en una luz inaccesible, no habla directamente al mundo y con él no se puede establecer relación directa. El Padre se revela sólo por el Hijo y el camino al Padre pasa exclusivamente por el Hijo. Nadie que esté lejos de Cristo puede decir que conoce al Padre, como nadie puede conocer a Cristo si su corazón no está dispuesto a obedecer al Padre y no ha sido llamado por el Padre. Jesús insiste en que no se le puede conocer desde fuera, es necesario entrar en una relación interior. *Querían, pues, detenerle, pero nadie le echó mano, porque todavía, no había llegado su hora*, Jn 7, 30. Hora determinada por el Padre, en la que Jesús se pondrá en manos de los pecadores. Jesús da testimonio de sí mismo, está ya en el mismo principio originario, es el nuevo comienzo de la historia desde la perspectiva de Dios. Pag 183-185.

- Disputa con los judíos en torno a la libertad, Jn 8, 32-48. Los judíos se consideran libres por ser hijos de Abrahán. Jesús les replica que quien peca es esclavo del pecado y sólo cuando sean liberados más allá de toda esclavitud por el Hijo del señor del mundo, serán libres. Sois hijos de Abrahán en cuanto a la carne, no en cuanto al espíritu. Vuestro padre es otro. Los judíos acentúan

su cerrazón, odio y deseos de matarle. Se aferran a Abrahán: es nuestro Padre. Jesús les pone contra la pared: si Abrahán fuera vuestro padre, tendríais fe como él. Pero ardéis en deseos de matar al que dice la verdad. Vuestro padre es Satanás, que es homicida desde el principio porque odia la verdad. Por eso me odiáis. Yo conozco bien al Padre y si le negara, sería un embustero como vosotros, Jn 8, 51-55, y da un paso más: Abrahán ardía en deseos de ver mi día. Antes de que naciera Abrahán soy el que soy. Los judíos cogieron piedras para apedrearle, pero Jesús se escapó, Jn 8, 55-59. Aquí estalla en palabras la profundidad más íntima de la conciencia de Jesús, la conciencia eterna del Hijo de Dios. Pag 185-187.

- ¿Cómo se pueden entender las diferencias entre los evangelios sinópticos y el de Juan? Por la fe, pues sólo la fe procede del mismo Padre, que ha pronunciado la palabra que hay que creer. La fe siempre ha entendido que el Jesús de los cuatro evangelios es uno y el mismo.

Las narraciones sinópticas parten de la experiencia histórica inmediata. Ven a Jesús como lo podría ver cualquier creyente. Juan escribe su evangelio en su ancianidad, después de los tres sinópticos, y había visto con sus ojos y tocado con sus manos al Señor, la palabra de la vida. La imagen que nos da de Cristo brota de una historia personalmente vivida. Imagen que se va haciendo más profunda, gracias a una larga vida de experiencia cristiana, oración, predicación y lucha. Los diversos estratos de la realidad sagrada emergen uno tras otro y se va desvelando misterio tras misterio, para desplegar, partiendo de una larga experiencia apostólica y apocalíptica, la totalidad del misterio de Cristo en toda su plenitud: *cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad*, Ef 3, 18. El Cristo de los evangelios sinópticos y el de Juan es el mismo. Cuanto más se profundiza, tan más claro se ve que Juan dice la última palabra al respecto, pero los sinópticos ya han preparado esa palabra en su presentación. Pag 187-188.

12. El nuevo nacimiento del agua y del Espíritu

Jn 3, 1-13. Pag 189.

- Nicodemo está ansioso por entrevistarse con el Maestro. El hecho de que el magistrado no se atreva a visitarlo de día revela la repulsa a la persona y actividad de Jesús, Jn 3, 3-5. Jesús le revela que el hombre es *mundo* y no puede ver el reino de Dios. A lo sumo, luchando con toda su fuerza moral, llegará a ver lo que es bueno para el mundo, permaneciendo siempre cautivo. El hombre tiene que nacer a una nueva existencia para poder entrar en el reino de Dios. A pesar de la extrañeza Jesús mantiene que debe producirse un auténtico nuevo nacimiento, un segundo nacimiento del espíritu. Según la Sagrada Escritura, el hombre y cuanto hace es carne. El Espíritu es el que viene de arriba, enviado por el Padre: Es Espíritu Santo, el Πνευμα. Es el tercer rostro sagrado de la propia vida de Dios, por cuya acción se ha hecho hombre, cuya fuerza descendió sobre Jesús en su bautismo y por cuyo poder subsiste la vida del Dios-hombre. A partir de él deberá producirse también nuestro nacimiento. Pag 189-191.

- ¿Qué produce el Espíritu?

Te invadirá entonces el espíritu de Yahveh, entrarás en trance con ellos y quedarás cambiado en otro hombre, 1 S 10, 6.

De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse, Hch 2, 2-4.

Así pues, ya que aspiráis a los dones espirituales, procurad abundar en ellos para la edificación de la asamblea. Por tanto, el que habla en lengua, pida el don de interpretar. Porque si oro en lengua, mi espíritu ora, pero mi mente queda sin fruto, 1 Co 14, 12-14.

A partir de estos y otros textos se puede entender y experimentar esa realidad sagrada, misteriosa y potente del Espíritu, en el que la Palabra eterna crea el mundo para que exista y en el que el amor redentor transforma lo ya existente, víctima del pecado. Pag 191.

- Imaginemos un hombre con su compleja realidad de alma y cuerpo, su origen y destino, su situación, propiedades y actos, es decir, su *propia personalidad*. En él fluye la vida, desde su origen más íntimo emergen continuas oleadas de nuevo ser y se manifiestan estratos de su personalidad hasta ahora ocultos. El ser se realiza siempre de nuevo, sólo existe en continuo devenir. Pero todo ello permanece vinculado a las posibilidades inscritas en su nacimiento. Cuanto más viejo se hace el hombre, mejor se ven los límites de su punto de partida inicial, que se va consolidando y solidificando en él.

El Espíritu Santo es creador, puede poner en movimiento lo que ya existe. Lo libera de la cautividad del primer nacimiento y lo convierte en materia de una nueva creación. Permite rebasar los límites del propio ser inicial y orientarse hacia algo nuevo. Dice la liturgia de Pentecostés: *Envía tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra*. Pag 191.

- Pero el misterio es aún más profundo. Entre el hombre y Dios existe una barrera, el pecado. Dios es santo. Pero el Espíritu Santo derriba el pecado. La vida divina del hombre brota del corazón de Dios, es el mismo corazón de Dios, que lo devuelve al principio. No se mezcla con el hombre, sino que surge un nuevo ser, en una *intimidad* inimaginable, sólo creíble desde la palabra de Dios, en una vivencia inefable, en virtud de la cual la criatura entra en comunión de vida con el corazón de Dios.

En la existencia humana hay un símbolo de esa misma realidad, el amor. Si entre personas existe amor, las barreras del *tú* y *yo*, de *lo mío* y *lo tuyo*, desaparecen, ya no les hace falta una bondad especial para situarse en el otro lado de la relación, *lo uno* pertenece *al otro* y *lo otro*, *al uno*. Ha surgido una nueva unidad, que ha elaborado el milagro.

Algo similar ocurre con el amor de Dios, el Espíritu Santo. Crea una nueva existencia, en la que el hombre vive de lo divino y Dios hace suyo lo humano. El fundamento es Cristo, en quien por el Espíritu Santo, el Hijo de Dios se hace hombre. Pero por la fe, mediante la participación en la existencia del redentor, todo hijo de Dios participa de ello. Es el nuevo nacimiento y la nueva vida que nace de él. Pag 191-192.

- Desde tiempos inmemoriales el agua ha sido símbolo de vida y muerte a la vez. Jesús toma este símbolo del seno materno y de la tumba y lo vincula al misterio de la acción del Espíritu. Así nació el bautismo cristiano. En la fe y el bautismo nace el hombre nuevo. En el bautismo somos sepultados con Cristo y su muerte se realiza espiritualmente en nosotros. Pero también resucitamos con él y nos hace partícipes de su vida. Surge una nueva existencia, el segundo nacimiento, del que no se puede volver atrás, como tampoco se puede volver atrás del nacimiento biológico. Todo lo demás vendrá después. El nuevo nacimiento no viene de aquí, ni es del mundo, sino de arriba, abierto a las infinitas posibilidades de la libertad y plenitud de los hijos de Dios: *Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu*, Jn 3, 6-8. Pag 192-193.

- Lo que aquí sucede es un misterio. Desde fuera no se puede comprender. Es como si una persona con el corazón yerto observara a dos amantes, cómo se comportan, piensan, las razones de sus por qué y para qué, qué les parece importante o baladí, qué les anima o desanima ... No entendería absolutamente nada, todo le parecería extraño e insensato. Ese observador no está en el ámbito del comienzo que ahí se abre, lo ve con sus ojos, pero no comprende de dónde viene, ni a dónde va.

¿Cómo puedo salir de mí mismo, pasar al otro lado y participar de lo que es, del misterio? Jesús nos dice que no desde nosotros mismos. Con nuestras fuerzas llegaremos a pensar, reconocer, progresar, intuir que lo que Jesús dice es verdad y podremos adherirnos a él. Pero lo habríamos convertido en uno de nuestros criterios, permaneciendo en nosotros mismos, no habríamos pasado al otro lado, al misterio. Es obra del Espíritu Santo, al que debemos pedirselo: *¡Señor, ayúdame! Envía tu Espíritu para que me transforme. Dame un corazón nuevo modelado por tu amor*. Pag 193-194.

- Tenemos que desasirnos de nosotros mismos. La certeza de la propia intuición, la bondad de los propios actos, la pureza de la disposición, la tenacidad del carácter, la solidez del pasado humano y cultural han tenido su importancia en cuanto preparación.

Pero Cristo es la única garantía. Ser cristiano significa acercarse a Cristo con fe en su palabra, confiar en él sin más garantía que la que él mismo representa. En el proceso siempre se percibirá algo de enigma, irracional. Es *el escándalo y la locura*, que pertenece a la esencia del desasimiento: *Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles*, 1 Co 1, 23.

Pero a todos los que la (la Palabra) recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios, Jn 1, 12-13. No es lo mismo nacer de un segundo nacimiento que ser hijos de Dios en sentido pleno, como tampoco es lo mismo haber salido del seno materno y haber alcanzado la plenitud humana. Nacer de Dios es un comienzo, que ha de irse realizando a través de toda la vida. Cuando *nacemos del agua y del Espíritu Santo* nos convertimos en *criaturas* de Dios; sin embargo, tenemos que hacernos *hijos* de Dios. Del seno del bautismo salimos como niños de Dios, pero hijos de Dios, hijos del Padre

tenemos que llegar a serlo, para lo cual tenemos ya la capacidad: *Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre*, Jn 1, 12. Pag 194-195.

Tercera parte. La decisión

1. Los ciegos y los que ven

Mt 13, 14-15. Pag 197.

- El choque de Jesús con los fariseos es tan fuerte, que envían guardias para detenerle, pero regresan con las manos vacías. Los fariseos preguntan por qué no le han traído y: *Respondieron los guardias: Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre*, Jn 7, 46. Entonces los fariseos descubren su ceguera: *Los fariseos les respondieron: ¿Vosotros también os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la Ley son unos malditos*, Jn 7, 47-49.

Por una parte estaban los magistrados y fariseos, concededores de la Ley, y por otra, la gente, los malditos, que no conocen la Ley, se acercaban y abrían su corazón a Jesús, en cuya circunstancia percibimos la plenitud de su bienaventuranza: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos*, Mt 5, 3, y las contradicciones que crea en ambas partes:

Y dijo Jesús: Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos, Jn 9, 39. Pag 197-198.

- *Ciego* es quien reconoce que, a pesar de ver y sabiduría mundana, está en tinieblas ante Dios y no puede ver lo auténtico. A quien se reconoce *ciego* ante Dios le llega *la luz del mundo* y libera en él la fuerza de la visión sagrada. Quienes *ven* son los que ante Dios siguen aferrados a su inteligencia, juicio y sabiduría mundanas y juzgan a Dios desde ellas. Ver es algo diferente de lo que hace el espejo, es asimilar las cosas, someterse a su influencia, ser captado por ellas. En la mirada actúa la elección de querer ver. Conocer a una persona significa aceptar su influencia. Mirar es una acción al servicio de la voluntad de vivir. Cuanto más profundamente está arraigado el temor o la antipatía, más se empeña el ojo en no ver. Para que las cosas cambien tienen que cambiar los sentimientos. La mente tiene que abrirse a la justicia, el corazón tiene que liberarse. Entonces, la mirada se abre y comienza a ver. A medida que brilla el objeto se robustece la fuerza visual. Así, progresivamente, se recobra la vista para la verdad.

La revelación no es una actitud que haya que conocer, en ella aparece una verdad, que acapara la sensibilidad del hombre y exige ser aceptada, que el hombre renuncie a sí mismo y confíe en lo que viene de Dios. La parábola de Jesús al respecto es clara: *La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo está sano, también todo tu cuerpo está luminoso; pero cuando está malo, también tu cuerpo está a oscuras. Mira, pues, que la luz que hay en ti no sea oscuridad. Si, pues, tu cuerpo está enteramente luminoso, no teniendo parte alguna oscura, estará tan enteramente luminoso, como cuando la lámpara te ilumina con su fulgor*, Lc 11, 34-36. *La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!*, Mt 6, 22-23. Pag 199-202.

2. El Hijo del hombre

Jn 10, 1-15. Pag 204.

- Parábola del buen pastor, Jn 10, 7-15:

Clave: *Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí*, Jn 10, 14.

Palabras más profundas: *como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre*, Jn 10, 15.

Compenetración entre Padre e Hijo: *En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios*, Jn 1, 1. Entre ambos existe algo incomprensible, absoluta identidad de vida, mutuo conocimiento y unión en suprema unidad. Jesús nos dice que nos conoce como conoce al Padre, en lo que se intuye lo que significa la redención. *Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*, Mt 11, 27. El Hijo conoce a los hombres como al Padre, desde las raíces mismas de la humanidad y nadie es tan soberanamente hombre como el Hijo del hombre. Pag 205-206.

- Jesús es el buen pastor, puerta y entrada al redil. Sólo él es el acceso a la autenticidad de la vida humana. Quien quiera acceder en la persona a donde se toman las auténticas decisiones, tiene que pasar por Cristo. Pero tiene que hablar Cristo no su propio yo. Entonces responderá el fondo del alma, que *conoce* a Cristo y escucha su voz.

Las siguientes palabras de Jesús nos abren la inteligencia de que sabiduría, bondad, inteligencia, pedagogía y misericordia del mundo son humanas, no llevan la verdad en sus entrañas, no están a la altura de las divinas, ni comportan la redención: *Todos los que han venido delante de mí son ladrones y salteadores; pero las ovejas no les escucharon*, Jn 10, 8. Sólo Cristo habla desde la pura verdad, auténtico amor y plena donación.

Ser redentor, apostar por el hombre desde el fundamento primordial de la vida divina y, a la vez, desde las raíces de la existencia humana, significa estar dispuesto al sacrificio supremo: *Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre*, Jn 10, 17-18.

Es un don del Padre que nos llame y nos dé oídos para escuchar su voz, y en nuestras manos está escuchar o no su voz. La existencia misma está *abandonada*, alejada de Dios, hundida en el vacío. A este abandono no llega ninguna mano humana, sólo Cristo. Pag 206-209.

3. La ley

Lc 14, 1-6; Mc 7, 1-23; Lc 11, 37-54. Pag 209.

- La grandeza de Abrahán es la grandeza de su fe. Sigue a Dios hasta las tinieblas de lo incomprensible y persevera en la oscuridad de la prueba. Gracias a su fe es justificado por Dios. En la seguridad y bienestar: *En la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos!*, Ex 16, 3, Israel endureció su corazón, perdió la disposición para escuchar a Dios y servirle sólo a él: *Y dijo Yahveh a Moisés: Ya veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz*, Ex 32, 9, reciben con

bronca a Moisés, enviado de Dios. Entonces comienza un nuevo capítulo de la historia sagrada. La voluntad de Dios de llevarlos a la salvación permanece, pero opera una nueva manera de actuar: Yahvé les da la Ley, Ex 20. Establece con ellos una nueva alianza por medio de Moisés y les promete que la historia sagrada, la gracia y la redención serán indestructibles, ya no en la libertad de la fe, sino en la observancia de la Ley. Pag 213.

- Decía Pablo: sin la ley el pecado duerme. Mientras surge un *debes*, un *no te es lícito*, no se advierte el mal que hay dentro del hombre. Pero la redención presupone el deseo de ser redimido y éste, la conciencia de qué ha de ser redimido. La Ley no podía cumplirse porque era demasiado difícil, pero procedía de Dios, y se sentía la necesidad de cumplirla. Lo que supuso acumular una transgresión tras otra, una culpa tras otra, y el pueblo experimentó con aflicción el fracaso ante Dios. Nadie cumplía la Ley que Dios exigía, pasando a una situación general de perdición. Con el fracaso de la Ley, el pueblo mesiánico comprendió el fracaso humano general, madurando hasta la plenitud de los tiempos con la venida del Mesías. Pag 215-216.

- La Ley tuvo una historia enigmática. Después de Salomón se perdió, se olvidó y se recuperó en el VII AC en el reinado de Josías, 2 R 22, 10ss. Al mismo tiempo se produjo una extraña perversión. La Ley debía transformar al pueblo en posesión de Dios. Dios quería poseerlo por cada uno de sus mandamientos. Pero en realidad fue el pueblo quien se apoderó de la Ley e hizo el armazón de su existencia mundana. De la Ley extrajo una pretensión de grandeza y dominio e incorporó a Dios, con su promesa, a esa pretensión. El legalismo de sacerdotes y letrados se oponía a la libertad de Dios. En los profetas habló esa libertad e hizo historia según el designio divino. Pero los representantes de la Ley se rebelaron contra ellos e intentaron imponerles comportamientos. Tras un breve período de apogeo durante los Macabeos, la voz de los profetas enmudeció. Los representantes de la Ley habían ganado, convirtiendo a Dios y su voluntad en garantes de su excelencia legalista. La alianza, que se basaba en la fe y la gracia, implicaba mutua fidelidad: a la entrega del corazón correspondía la gracia de Dios, se convirtió en un contrato escrito con derechos y pretensiones.

A lo que se suma la hipocresía de la que habla Jesús: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña e intemperancia!*, Mt 23, 25; Mt 15, 7; 22, 19; 23, 13-35. Pag 216-217.

- Jesús choca con esta mentalidad. Su palabra, que trae la libertad de Dios, choca con conceptos fosilizados. Se produce en Israel una terrible perversión de lo divino: *Los judíos le replicaron: Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios*, Jn 19, 7. La Ley dada por Dios se ha pervertido de forma tan diabólica que según ella el Hijo de Dios debe morir.

La experiencia de Pablo es terrible. Lucha con celo por la Ley, Hch 22, 3-5. Asume la responsabilidad de la lapidación de Esteban, Hch, 7, 58. Pide autorización para perseguir a los cristianos de Damasco, Hch, 9, 2. Se atormenta y esclaviza para cumplir la Ley y encontrar su salvación Y tiene que

experimentar su impotencia violenta de conseguirlo para que la luz le derribe y libere de sus ataduras, Hch, 9, 3-9. Pag 217.

- Entonces se le abren los ojos. Reconoce el error de la actitud farisea, cómo cualquier voluntarismo y esfuerzo en ese sentido acaba siendo pernicioso. Reconoce la imposibilidad de obtener por sí mismo la salvación mediante el cumplimiento de la Ley y, al abandonar esa pretensión, se libera de su peso. Experimenta que la salvación sólo se puede obtener creyendo por gracia y que quien así la acoge renace al auténtico ser propio. Se convierte, así, en el defensor de la libertad cristiana contra todo cuanto significa Ley. La ortodoxia, que cree que, conservar la recta doctrina, es ya la salvación, atenta contra la dignidad de la conciencia, y surge del peligro de pensar que su realización exacta es ya la santidad a los ojos de Dios.

El peligro que Cristo reprocha a los fariseos es la confusión de lo exterior con lo interior, la contradicción entre lo que se siente y se dice, la manipulación de la libertad de Dios desde la ley y el derecho.

La historia de la Ley contiene una gran advertencia. Lo santo que venía de Dios se convirtió con ella en instrumento de condenación. Tan pronto como se cree en una revelación expresa, en una ordenación posible de la existencia de Dios, esa posibilidad surge de nuevo. En la segunda alianza queda preservado el destino de la primera. Pag 217-218.

4. Jesús y los paganos

Mt 8, 5-13; Mc 7, 24-30. Pag 219.

- En nuestras meditaciones no importa lo nuevo, sino lo eterno. Queremos abrir los ojos para ver mejor: *Lo que existía desde el principio*, 1 Jn 1, 1. Para lo cual debemos eliminar rutinas de ideas heredadas, formas de pensar, sentir y actuar que no hayan sido cribadas. A pesar de la contundencia de Jesús a los de Emaús: *¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?*, Lc 24, 26, la redención pudo suceder de otra manera. Cuando Dios se hace hombre se vislumbra que en Jesús lo santo por excelencia viene, quiere darse y es destruido por una incomprensible mezquindad. Una misteriosa procedencia de lo *alto* y, a la vez, un ser arrojado al incomprensible abismo de lo demasiado humano. La ley de la vida de Jesús no emanaba de la *naturaleza de las cosas*, ni de la *estructura de su personalidad*, sino de la voluntad de Dios, de la misión en sentido estricto.

Lo que en él viene de Dios no conoce distinciones, excepciones, limitaciones, reservas, sino que viene en la libre plenitud de la magnanimidad. Es la plenitud del amor de Dios, que se derrama. Es la osadía de Dios, que se da a sí mismo y exige a cambio el corazón del hombre. Pag 219-223.

- La palabra de Dios no es mera proposición, interpela y crea un destino. No viene para que se la pueda oír cuando se quiera, determina el tiempo en que quiere ser oída y si no encuentra oído se retira. La hora de ofrecer la palabra al pueblo de la alianza pasa y se anunciará a otros. Actúa de manera que quien no quiera oír, ya no pueda oír: *En ellos se cumple la profecía de Isaías: Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos*

han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane, Mt 13, 14-15.

La palabra de Dios es un mandato vivo, trae la posibilidad de cumplirlo y determina la hora de la decisión. Si no es acogida, pasa su hora y lleva a la perdición. Si la palabra no encuentra disposición activa, el tiempo pasa, se sustrae a los oídos, éstos perderán la disposición de oír, desaparece del corazón, lo endurece y el hombre se acomoda en el mundo. La paciencia de Dios es un gran misterio. Él es el Señor. Él mismo es la justicia. Pag 224-225.

5. Codicia y desprendimiento

Mt 15, 12-14; Lc 12, 4-21; Lc 16, 1-9. Pag 225.

- *Providencia* no es el orden de la naturaleza en sí, sino la que el Padre asigna a la persona, que se entrega en la fe. En la medida en que el hombre reconoce a Dios como Padre, se confía a él y antepone su Reino a cualquier otra cosa, en esa misma medida se forma a su alrededor un nuevo orden de la existencia en el que: *sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio, Rm 8, 28.* Pero sólo realiza la voluntad del Padre quien se adhiere a Jesús. La decisión con que uno se adhiere a Jesús tiene lugar en la fugacidad del momento, pero inaugura la eternidad. Pag 227.

6. “No paz, sino espada”

Lc 9, 57-58 y 61-62; Lc 14, 26-32; Pag 232

- Debemos entrar en acción donde nos encontremos. La acción producirá un nuevo conocimiento y éste una acción renovada más eficaz. Pag 239.

7. Los que Jesús amaba

Lc 10, 38-42; Jn 11, 1-6; Jn 12, 1-8; Pag 239.

Estas palabras de Jesús: *Hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada, Jn 10, 42,* se han convertido en imagen entrañable del corazón cristiano contemplativo.

En general, en la vida lo interior tiene preeminencia sobre lo exterior. Si las raíces enferman, el árbol puede seguir vivo durante algún tiempo, pero terminará muriendo. El corazón cristiano siempre ha sido consciente de la preeminencia de la vida silenciosa, que busca la verdad interior y la profundidad del amor, sobre la acción externa. Siempre ha antepuesto el silencio a la palabra, la rectitud al éxito, la generosidad del amor a los resultados de la acción. Han de darse las dos cosas, porque donde sólo hay una no hay preeminencia. La vida, privada de la tensión interior hacia lo exterior, fracasaría. Si se desfolia un árbol, sus raíces no impedirán que se asfixie. Si se destruyen flores y frutos, las raíces son estériles. Ambas cosas pertenecen a la vida, pero con la primacía de lo interior.

La acción externa de Jesús está totalmente inserta en su interior silencioso, que rige en toda vida de fe: *De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro,*

se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración, Mc 1, 35; Después de despedirse de ellos, se fue al monte a orar, Mc 6, 46.

En la hora del juicio llegará la gran transformación. Las cosas se pondrán en su sitio. Lo que ahora calla, se manifestará como realmente fuerte. Lo oculto, como decisivo. La intención será más importante que la acción, el ser pesará más que el éxito. Entonces, interior y exterior serán una misma cosa. Lo exterior será real en la medida, en que sea justificado por lo interior. Y lo que no está también dentro se desmoronará. En la nueva y eterna creación sólo entrará lo que esté arraigado por dentro y sea verdadero. Pag 245-247.

8. Señales

Mt 14, 13-22 y 23-31. Pag 247.

- Para el hombre, sobre el que viene el Espíritu, rigen medidas distintas que para los hombres normales. La fuerza del Espíritu surge prodigiosamente en Jesús, sobre quien no sólo ha venido el Espíritu, sino que el *Πνεῦμα* es su espíritu. Lo que para todo hombre normal es un milagro inaudito, para él es pura expresión de su ser. Pag 247-250.

- La vida de fe significa reconstruir la conciencia de la realidad. Para nuestro sentir, dominado por el mundo, el cuerpo es más real que el espíritu, la electricidad más que la idea, el poder más que el amor, la utilidad más que la verdad. Y todo ello junto, *el mundo*, más real que Dios. Incluso en la oración qué difícil es sentir a Dios como real. En la meditación qué difícil es, y qué pocas veces se nos concede, percibir a Cristo como real, más real y poderoso que las realidades de la existencia. Qué difícil resulta cada día levantarse, vivir entre los hombres, dedicarse a los asuntos diarios, experimentar las fuerzas del entorno, de la vida pública y seguir diciendo que Dios, que Cristo, es más fuerte que todo eso.

La vida en la fe, el trabajo en la fe, la práctica en la fe, tienen que transformar nuestro modo de percibir la realidad. Los momentos, en los que los ojos están clavados en el Señor, son pocos. La mayor parte de las veces la tormenta puede más en la conciencia que la pálida imagen de Cristo. Lo natural es que parezca que no se puede caminar sobre las aguas y que las palabras de Cristo, que dice que es posible, se oigan como piadoso simbolismo, Mt 14, 23-31. Pag 251-252.

9. El pan de vida

Jn 6, 53-56. Pag 252.

- La nueva relación con Dios se llama fe: *La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado*, Jn 6, 29. Es el nuevo maná, el pan del cielo: *Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo*, Jn 6, 32-33. Pag 254.

10. Voluntad y decisión

Mt 28, 19-20; Mt 11, 20-24; Lc 14, 16-24. Pag 260.

- Jesús lleva el reino de Dios en primer lugar al pueblo de Israel, representado por sus autoridades, al pueblo con raíces en Abrahán, con quien pactó una alianza, portador de la promesa, a ese pueblo se dirige Jesús, en quien todo llega a su cumplimiento absoluto. Si el pueblo reconoce y acepta su mensaje, si sigue el camino que él indica, se cumplirán las profecías y la promesa, que un día hizo a Abrahán. El reino de Dios llegará en toda su plenitud. La existencia humana entrará en un nuevo estado de luz, que iluminará la humanidad entera. Mas el pueblo se cierra y su decisión implicará a todos los hombres. Pag 261.

- La pretensión del hombre que se cierra en sí mismo es un sacrilegio. El hombre es un ser social. En la vida histórica es siempre un individuo, quien determina el principio y final del curso de los acontecimientos. Lo que él hace, de algún modo lo hacen todos con él. Cuánto más cuando se trata del padre y cabeza del género humano. Si Abrahán hubiera fallado, las promesas vinculadas a su fe habrían dejado de tener vigencia. Lo cual no quiere decir que la salvación se hubiera malogrado, sino que el curso de la historia salvífica habría quedado determinado hasta en lo más profundo por su decisión. Pag 261-262.

- La salvación de la humanidad no se realiza en el plano de la naturaleza, en un ámbito ideal o en una persona aislada, sino en el contexto de la historia y de manera histórica. La realización de la salvación del mundo querida por Dios quedó encuadrada en el contexto histórico, en que se sitúa Jesús. La redención prevista, profetizada y rechazada por Israel, tiene que llevarse a cabo de otra manera. Ya no mediante la llegada espectacular del reino y renacimiento de la historia. La voluntad del Padre exige ahora a Jesús el sacrificio supremo, en quien late su inmolación. La primera posibilidad, infinita, se ha malogrado. Ahora la redención toma el camino del sacrificio. Pag 262-263.

- A causa del pecado de Adán, vino el Redentor. Porque aquel pecó, el amor de Dios empezó a mostrar su cara más divina. Al pueblo de Israel se le ofreció la alianza en la fe, pero la abandonó. En el nuevo camino de la redención a la fe sucedió la Ley, que debía educar al pueblo. La Ley mejoró su existencia, convirtiéndole en un pueblo único en la historia. Pero esa misma Ley le endureció y cuando vino aquel, para cuyo advenimiento esa misma Ley debía haberle educado, no la aceptó.

Jesús trajo el reino. Habría llegado en todo su esplendor si el pueblo lo hubiera acogido, pero no quiso. Ahora la redención toma otro camino, el del sacrificio. ¿Cómo podía revelarse del modo más auténtico e infinito quién es Dios y su amor, sino por ese camino? No debía haber sido necesario que Jesús lo recorriera y sin embargo ... el pueblo falla y pierde la primacía que le hubiera correspondido en el nuevo orden de cosas. Ahora, a la promesa acceden otros, agraciados en cierta medida por su caída. Los cristianos procedentes del paganismo son injertados: *algunas ramas fueron desgajadas, mientras tú, olivo silvestre, fuiste injertado entre ellas, hecho partícipe con ellas de la raíz y de la savia del olivo*, Rm 11, 17.

Ellos ahora son los elegidos, aunque el sello de antes permanece. En la medida en que los nuevos elegidos comprendan el camino de su salvación,

crecerá su amor y se hará fecundo. Así se cumple la condición necesaria para que al antiguo pueblo se le dé una oportunidad. Pero si toman la elección como derecho, se endurecen y resquebrajan.

La redención es, pues, un destino entretejido de decisiones del cielo y la tierra, de libertad y necesidad, de voluntad humana y gracia. El reino de Dios está llegando, no en una época concreta, sino en cada momento y persona, Rm 11, 33-36. Pag 270-271.

Cuarta parte: Camino de Jerusalén

1. El mesías

Lc 9, 51; Mc 16, 13-20. Pag 273.274

- *El se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén, Lc 9, 51. Es el viaje decisivo que desde el punto de vista humano, terminará en una tremenda catástrofe. Jesús vino para redimir a su pueblo, al mundo entero, pero el objetivo se frustró. El objetivo del Padre permaneció firme, aunque cambió de forma. Lo que sobrevino a consecuencia del rechazo, el amargo destino de la muerte, se convirtió en una nueva forma de redención. Pag 273.*

- A la pregunta de Jesús Pedro responde: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Mt 16, 16. ¿Quiénes fueron los ungidos en la historia religiosa?*

Aarón fue el primer ungido con óleo sagrado en la historia del Antiguo Testamento, después fueron ungidos los sacerdotes sucesores: *Vestirás así a tu hermano Aarón y a sus hijos; los ungirás, los investirás y los consagrarás para que ejerzan mi sacerdocio, Ex 28, 41.*

Posteriormente serán ungidos Saúl, David y Salomón y reyes sucesores: *Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl, y después le besó diciendo: ¿No es Yahveh quien te ha ungido como jefe de su pueblo Israel? Tú regirás al pueblo de Yahveh y le librarás de la mano de los enemigos que le rodean. Y ésta será para ti la señal de que Yahveh te ha ungido como caudillo de su heredad, 1 S 10, 1.*

La unción significa que Dios ha puesto una mano sobre ese hombre para que exprese entre los hombres la majestad de Dios. El ministerio es sagrado y en el ungido está presente Dios, lo cual expresa David cuando tiene a Saúl a su merced: *Yahveh me libre de hacer tal cosa a mi señor y de alzar mi mano contra él, porque es el ungido de Yahveh, 1 S 24, 7. Pag 273.*

- De la palabra de los profetas surge otro tipo de ungido: los enviados para comunicar la voluntad de Dios. El profeta apela a un futuro rey, misteriosamente perfecto, en el que la esencia de la realeza, y algo más grande, llegará a su plenitud. De su palabra surge la figura del Ungido por excelencia, rey, sacerdote, profeta, ejecutor de su voluntad de redención y juicio, portador del reino, maestro de verdad, dispensador de vida divina y lleno del Espíritu: el Mesías.

Jesús sabe que es el Mesías, el Ungido por excelencia, el Rey, cuyo reino es el conjunto de corazones sometidos a Dios, Sacerdote que eleva hacia el Padre el corazón del hombre en entrega de amor, purificación de penitencia, santificación de vida, y le ofrece la gracia de Dios para que su existencia se convierta en misterio de Dios. Pero de una manera muy específica, con el poder del amor y la verdad: *Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad, Jn 4, 24.*

La figura del Mesías tiene un significado infinito, no es la palabra que dice, es lo es. En él viven el cielo y la tierra, la voluntad del hombre se dirige a Dios. Él es el punto de encuentro de estos dos mundos, el mediador. La existencia del mediador es *por vosotros, es sacrificio, entrega.* Del camino que tome la historia depende cómo se efectúe ese sacrificio. La decisión del hombre y la

voluntad del Padre, indisolublemente entrelazadas, lo determinan. El sacrificio podrá acontecer mediante amor, si los hombres creen, o someterse a la muerte si los hombres se cierran. La unción, prefigurada en la plenitud del óleo, es el *Πνεῦμα*, el Espíritu Santo. Por obra suya concibió la Virgen al Hijo de Dios. En él vive, actúa y habla el Mesías. Al Mesías sólo se le puede conocer por el Espíritu Santo: *Díceles él: Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Simón Pedro contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Replicando Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos*, Mt 16, 15-17. Los primeros que conocen a Jesús son los demonios, a quienes manda callar. Pag 275-277.

- El Mesías ha llegado, pero la forma de desarrollar su misión dependerá de la actitud de los hombres. La cerrazón del mundo no le permite ser el Príncipe de la paz profetizado. El Mesías se convierte en quien se inmola, el sacrificio, que le es inherente, se convierte en sacrificio de muerte. Por eso la solemne revelación de su esencia se vincula con el sombrío anuncio de la pasión: *Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día*, Mt 16, 21. Al sumo sacerdote mesiánico no se le permite llevar ante Dios toda la creación en misterio de sagrada transformación.

En la última cena se da a sí mismo a los suyos: *Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío. De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros*, Lc 22, 19-20.

Su realeza no puede convertirse en radiante manifestación del poder divino, que reina porque es amor y verdad. La conquista del mundo no puede realizarse por penetración de luz y fuego divinos en los corazones, tendrá que pasar por el triunfo del odio. Sin embargo, el designio de Dios permanece inalterable. ¿Habría venido por el camino, que nunca debió rechazar el pueblo, la revelación definitiva del amor de Dios y la plenitud de la gloria mesiánica? El mismo Jesús nos dice camino de Emaús: *¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?*, Lc 24, 26. ¿Quién puede entender la libertad de esa necesidad divina? Pag 277-278.

2. La subida a Jerusalén

Mt 12, 39-42; Mt 16, 2-4; Lc 12, 50; Mt 16, 21; Mt 17, 22-23; Mt 20, 17-19. Pag 278-281.

- ¿Qué es el hombre?, respuesta que encontramos en Jesús: *porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*, Jn 3, 16.

¿Qué me importan Anás y Caifás? Pues sí, los hombres tenemos una responsabilidad compartida, que nos vincula a todos los hombres. Incluso en el contexto natural de la historia, cada hombre representa a todos y todos tienen que cargar con el peso de lo que cada uno hace. Existe solidaridad en la culpa y en la redención. Aún la Escritura añade una tercera respuesta: el hombre es

un ser que ahora vive del destino de Cristo, en quien ahora como antes late el amor de Dios y la responsabilidad de que ese amor tenga que recorrer el camino de la muerte. En su relación con los hombres aparece clara la posibilidad, incluso la necesidad, de la muerte: *Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!*, Lc 12, 50.

Pero llega un momento en que desea la muerte, la acoge y le da un sentido infinito, que procede de su misión, el ser la forma en que se realiza el designio redentor de Dios. Pag 278-279.

- En Mt 20, 17-19 Jesús expresa la voluntad inquebrantable, que brota de lo más profundo de su ser. Cuanto sucedería, ¡y sucedió!, tuvo lugar en la realidad infinita de su condición divina. La voluntad de Dios puede tomar caminos diferentes, pero no puede abolirse. Lo que nos comunica Jesús magistralmente en la parábola de la viña en conexión con la contundencia de la piedra angular profetizada, Mt 21, 33-46. La humanidad regenerada debía rematar su arco con la piedra de cierre (el reino de Dios), que rechaza en uso de su libertad. Piedra desechada, que se convierte en angular y nuevo cimiento abriendo posibilidades infinitas al futuro de la humanidad. Pag 281-283.

- La inteligencia humana no logra penetrar el misterio de la voluntad divina. La sabiduría eterna de Dios y nuestra libertad, lo que no debe suceder, pero sucederá, se entrelaza en un misterio que nos resulta impenetrable. Sucede al mismo tiempo libertad y necesidad, don de Dios y responsabilidad de los hombres.

Sin embargo, las palabras de la Escritura, por ejemplo: *el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas; le condenarán a muerte*, Mt 20, 18, me las dice a mí, porque soy yo quien se la impongo a Jesús con mi indiferencia, rechazo y fracaso que le produzco, todo lo cual tiene que experimentar por mí. Pag 288.

3. La transfiguración

Lc 24, 5-8. Pag 289.

- De la vida del Señor se deduce que su camino le lleva a la muerte y ésta a la resurrección. Jesús sólo habló de su muerte en relación con su resurrección. Pag 289-290.

- El acontecimiento de la transfiguración es una revelación de su ser, en la que se pone de manifiesto cuanto hay y vive en él más allá de lo viviente humano. El camino de Jesús se adentra cada vez más en la oscuridad hasta: *esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*, Lc 22, 53.

En la transfiguración se manifiesta la luz que ha venido al mundo: *La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, Jn 1, 9. En el camino hacia la muerte irrumpe, como llamarada, la gloria que sólo puede revelarse más allá de la muerte. Muerte y resurrección aparecen aquí en figura visible.

La vida aparece más allá de la vida y la muerte. Vida del cuerpo, pero desde el espíritu. Vida del Espíritu, pero desde el Λογος. Vida del hombre Jesús, pero desde el Hijo de Dios.

La transfiguración es el relámpago de la futura resurrección del Señor y la primicia de nuestra propia resurrección. Redención quiere decir participar en la vida de Cristo. También nosotros hemos de resucitar: Dios transfigurará nuestro espíritu y éste nuestro cuerpo, 1 Co 15. La vida eterna consiste en participar en la vida misma de Dios. Vida recibe de Dios su carácter definitivo, su auténtica dimensión, la eternidad. Vida eterna que empieza aquí. Pag 295-296.

4. La Iglesia

Mt 16, 13-18. Pag 297.

- La primera manifestación de Iglesia es ésta: *Díceles él: Y vosotros ¿quién decís que soy yo? Simón Pedro contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Replicando Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos,* Mt 16, 15-19.

Cuando Jesús declara por primera vez su condición de Mesías, habla explícitamente de su muerte y de la Iglesia. A partir de cuyo momento aparecen inseparables la misión mesiánica de Jesús, su muerte y la Iglesia. Jesús funda la Iglesia a partir de su poder mesiánico. Reinan poderes malignos y la Iglesia será atacada por ellos, pero será como roca. Lo cual va unido de manera inseparable. Pag 297.

- Misión quiere decir transmisión de poderes: *Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado,* Lc 10, 16. Jesús no manda a hombres ilustrados, que lleguen al corazón de los hombres, sino a mandatarios con plenos poderes, que representan más que su talante humano y plenitud religiosa, el ministerio de que son portadores. Esto es ya Iglesia. Pag 298.

- En otra ocasión Jesús habla de obligaciones con el hermano que va por mal camino: *Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos. Si les desoye a ellos, díselo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil y el publicano,* Mt 18, 15-17. Pag 298.

- El sacramento de la eucaristía es sacrificio y sacramento a la vez, misterio de la nueva comunidad, misterio central de la nueva alianza, Mt 26, 26-29, en torno al cual se construye la Iglesia. Su actualización es el nuevo latido de la Iglesia, Hch 2, 46. Pag 298.

- Jesús manda a Pedro a confirmar y pastorear a la Iglesia: *Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos,* Lc 22, 32, *apacienta mis ovejas,* Jn 21, 15-23. Las palabras de Jesús en Cesárea e Filipino fundaron la Iglesia, pero no nació hasta Pentecostés con el Espíritu Santo, constituyendo en unidad a todos los

creyentes de Cristo. Ya no eran individuos unidos por la adhesión al Maestro, sino cuerpo, unidad de una conciencia suprapersonal, perfecta comunión, en la que Cristo vive en ellos y ellos en Cristo, 1 Co 12, 13ss. Lo cual es obra del Espíritu Santo, como todo lo que viene de Dios. El discurso de Pentecostés contiene las primeras palabras de la Iglesia. Pag 298-299.

- ¿Qué sentido da Jesús a la Iglesia? En un momento determinado de su vida el Señor tomó una auténtica decisión. Su mensaje no fue acogido y la eterna voluntad redentora de Dios eligió el camino de la pasión. ¿Habría habido Iglesia si el pueblo se hubiera abierto al mensaje de Jesús? Pag 299.

- El primero y principal mandamiento, Mt 22, 27-39, exige al cristiano amar a Dios con todas sus fuerzas y al prójimo como a sí mismo. Las dos exigencias constituyen una unidad. No es posible amar a Dios y no amar al prójimo. El amor es una corriente unitaria que viene de Dios a mí, va de mí al prójimo y del prójimo a Dios. En cuya relación no hay individualismos, sino relación viva. Jesús exhorta a renunciar al ansia de dominio, nadie debe dejarse llamar *padre* o *maestro*, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo y uno solo es vuestro Maestro, Cristo. Somos todos hermanos, Mt 23, 8-12, en Cristo, nuestro primogénito: *Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos*, Rm 8, 29, palabras que encuentran su sentido en el sermón de la montaña y Padrenuestro. Juan, que tan bien conoció la Iglesia naciente, habla en su primera carta de esta comunión de vida con palabras del Espíritu de Cristo. Pag 299-300.

- La nueva alianza debe basarse en el Espíritu y no en la historia. Por eso surge el *nuevo Israel* según el Espíritu, Ga 4, 21-26, *nación santa y sacerdocio real*, 1 P 2, 9. El nuevo principio creador debe abarcar el universo entero y transformarlo. Pablo en Efesios y Corintios habla de este misterio. Iglesia habría sido la humanidad transformada, viviendo en un mundo transformado, la nueva creación nacida del Espíritu.

Pablo, al mencionar la verdadera Iglesia habla de pluralidad de miembros en un solo cuerpo, multiplicidad de carismas en un único Espíritu, diversidad de manifestaciones y unidad orgánica del conjunto, 1 Co 12-14. La misma idea que aparece en la vid y muchos sarmientos, Jn 15, 1-8 y en la profecía del reino mesiánico, la nueva Jerusalén, Is 65, 17, en cuya idea abunda Pablo en Ga 4, 21-26 y brilla con especial esplendor en Juan, Ap 21, 9-27, apareciendo la Iglesia como comunidad ya constituida, unidad de vida ordenada, figura históricamente poderosa, adquiriendo el concepto de fuerza última y definitiva. Pag 300-301.

- La Iglesia, tal y como la conocemos hoy, ¿es la misma que habría existido, si el reino de Dios hubiera venido abiertamente? Tenía que haber Iglesia, Jesús no quiso una religiosidad individualista, sino que brillaran la confianza, libertad y amor. Sin embargo, se produjo el segundo pecado original, la oposición contra el Hijo de Dios. Desde entonces subyace en la Iglesia el peligro de no entender correctamente el orden sagrado, interpretándolo como *ley* y abusando de él para esclavizar.

Entonces, ¿Qué es hoy la Iglesia? La plenitud de la gracia operante en la historia, el misterio de la unidad hacia la que Dios atrae a la creación por medio de Cristo, la familia de los hijos de Dios, el comienzo del nuevo pueblo santo, la ciudad santa que ha sido fundada y que se manifestará en su día. Aunque también subyace en ella el peligro de la esclavitud, de la *ley*. Cuando hablamos de la Iglesia no deberíamos hacerlo como si fuera normal que Cristo hubiera sido rechazado y tuviera que morir. La redención no tenía que suceder así. El hecho de que ocurriera así es culpa de la perversidad de los hombres, cuyas consecuencias han entrado a formar parte de la existencia cristiana. No tenemos la Iglesia que podría haber habido, ni la que será en su día, sino la que lleva en sí las consecuencias de la decisión tomada.

Aun así la Iglesia es el misterio de la nueva creación, la madre que engendra la vida eclesial. Entre la Iglesia y Cristo hay un misterio de amor infinito: *Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia*, Ef 5, 32. La Iglesia es el pueblo santo de los hombres, de los hijos de Dios reunidos en torno al hermano primogénito, la ciudad santa, de cuya manifestación habla el Apocalipsis. Su misterio de suprema belleza y amor se ilumina cuando súbitamente la ciudad resplandeciente en lo alto del cielo se convierte en esposa que desciende al encuentro de su esposo.

Todo lo cual es Iglesia, también las durezas, defectos y abusos, que debemos aceptar en conjunto. La Iglesia es misterio de fe, que sólo puede vivirse en el amor. Pag 301-302.

5. Moisés y Elías

- Son dos personajes clave. Moisés, libertador y legislador de la antigua alianza. Elías, profeta arrebatado al cielo al final de su vida y en la apocalíptica del judaísmo tardío, la esperanza de su regreso antes de la venida del Mesías. ¿Por qué Moisés y no Abrahán, Elías y no Isaías?

Si el acontecimiento hubiera tenido lugar en el entorno del sermón de la montaña, cabría la posibilidad de Abrahán, porque seguiría abierta la posibilidad de la promesa. Moisés, en cambio, cargó a sus espaldas, a la vez, el peso de Dios y del pueblo, intercedió por el pueblo ciego y rebelde. En su función de mediador recibió golpes de ambos frentes, pero aguantó impertérrito. Falló su fe en el momento de la prueba y no entraría en la tierra prometida (¿hasta después de la muerte?). El juicio de Dios expresa la dura cerviz del pueblo, ninguno de los adultos del éxodo de Egipto verá la tierra prometida, no sirven para el asentamiento del pueblo nuevo. Sólo servirán los niños, Dt 1, 34ss. Moisés, siendo amigo de Dios, termina su vida en lo alto de un monte, desde el que se ve la tierra prometida, Dt 32, 48-52; 34, 1-6.

Aparece con Jesús Moisés, que tuvo que soportar el peso del pueblo hasta el final y la culpa de cuyo pueblo no le permitió entrar vivo en la nueva tierra de promisión de Dios. Él, también tenía que morir *en un monte*, aunque no por culpa suya, sino por la de todos nosotros, antes de que aquella tierra se abriera.

Elías fue el más grande de los profetas y hunde profundamente sus raíces en el misterio de Dios. Ninguna existencia profética tuvo que pasar por los trances que él. Debió ocultarse durante años. Fue enviado por Dios para luchar contra las tinieblas infernales, aquella muralla de obstinada incredulidad, sacrilegio,

violencia y espíritu sanguinario, que reinaba en tiempos de Ajab. El espíritu del Señor reinó sobre él, le elevó por encima de lo humano, le dio una fuerza sobrenatural y cuando llega su hora y, exhausto, desea la muerte, el ángel le toca de nuevo proporcionándole refrigerio divino para caminar cuarenta días hasta el monte Horeb, donde en la hora fijada un carro de fuego le arrebató hacia lo desconocido, 1 R 19, 4-9. Pag 302-306.

- *Y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías; los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén, Lc 9, 30-31. Moisés y Elías hablaban con Jesús de su muerte.*

Moisés tuvo que experimentar la inutilidad de su esfuerzo para liberar al pueblo de la cautividad de su corazón. Elías tuvo que luchar con el espíritu y la espada contra las tinieblas satánicas. Parece como el lastre de milenio y medio de historia sagrada se cargara sobre el Señor. Cuanto se opuso a Dios, la herencia de una obstinación y ceguera milenarias se carga sobre sus espaldas y deberá llevarlo a término. Pag 306.

- Dos pasajes de aquellos días revelan la determinación y soledad de Jesús.

Cuando entraron en Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los que cobraban el didracma y le dijeron: ¿No paga vuestro Maestro el didracma? Dice él: Sí. Y cuando llegó a casa, se anticipó Jesús a decirle: ¿Qué te parece, Simón?; los reyes de la tierra, ¿de quién cobran tasas o tributo, de sus hijos o de los extraños? Al contestar él: De los extraños, Jesús le dijo: Por tanto, libres están los hijos. Sin embargo, para que no les sirvamos de escándalo, vete al mar, echa el anzuelo, y el primer pez que salga, cógelo, ábrele la boca y encontrarás un estáter. Tómalo y dáselo por mí y por ti, Mt 17, 24-27.

En aquel mismo momento se acercaron algunos fariseos, y le dijeron: Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte. Y él les dijo: Id a decir a ese zorro: Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado. Pero conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén, Lc 13, 31-33.

Ser profeta significa conocer el sentido de las cosas, interpretar los acontecimientos desde la perspectiva de Dios. En Jesús se consuma el profetismo. Es el heredero que ha vivido en sí mismo la historia humana, el que sabe, el que lleva todo en su corazón, lo acoge en su voluntad y lo da cumplimiento. Se le ha confiado llevar a término el destino humano con su culpa y miseria, conocer los límites que emanan de la libertad del hombre, que ni Dios omnipotente puede eliminar porque quiere la libertad, destruir lo malo y terrible que emana de esa libertad y no debiera existir, pero que cuando se hace realidad, exige inevitablemente cargar con todas las consecuencias. Pag 307-308.

6. Revelación y misterio

Lc 16, 19-31. Pag 309.

- Parábola del rico Epulón y Lázaro, Lc 16, 19-31. La eternidad, el reino de Dios, se prepara ya en el tiempo, en los días de nuestra existencia. Lázaro y el rico despiadado viven eternamente, su existencia se ha convertido en lo que realmente es a los ojos de Dios, una existencia definitiva y perdurable.

¿Cómo se manifiesta en nosotros la realidad de Dios? ¿Por qué Dios no nos habla directamente? ¿Por qué tenemos que depender de la palabra hablada y escrita, de predicadores? ¿Por qué no ilumina mi conciencia con su voluntad para que conozca en qué situación me encuentro respecto a él?

La revelación expresa de la realidad y voluntad de Dios sólo nos llega a través de hombres. Es su designio inescrutable, Dios llama a un individuo concreto y le habla abiertamente. El elegido escucha la palabra de Dios y la transmite a los demás. No es conforme al ser humano tener una relación directa con Dios. Dios es santo y habla a través de sus mensajeros. Dios ha cimentado sobre la fe la naturaleza del hombre y su salvación. En Cristo es el propio Dios vivo quien está entre nosotros y nos habla. Pag 309-312.

- La fe cristiana se enciende en la conmoción, certeza y amor con que la verdad vivía en el espíritu de Jesús. Esta vida de la palabra de Dios en el espíritu y corazón de Jesús es diferente de la conmoción de los profetas. Si se quisiera desligar una palabra suya del ser viviente de Jesús y tomarla sola, ya no diría lo que Dios quiere decir. Cristo es *Mensajero* y *Palabra* en la que creemos, es lo que dice y quien lo dice. Lo dicho es lo que es, porque él lo dice. Él, el que habla, se revela a sí mismo al anunciar el mensaje. Pag 312-313.

- ¿Por qué no podemos oír directamente esa palabra? En tiempos de Jesús creyeron sólo un pequeño grupo ¿Por qué no creyeron sus contemporáneos? Sería un error pensar que el encuentro directo con Jesús tenía que suscitar por necesidad la fe. Es probable que así quedara anulada la realidad que se exige: obediencia y responsabilidad de la fe, que no es fruto de un entusiasmo inmediato. Cuando se quiere conseguir la fe por el camino fácil existe el peligro de liquidar la seriedad de la fe y sumisión, para refugiarse en el entusiasmo inmediato de la *vivencia*. Es probable que no haya entendido correctamente la luz que viene del propio Dios. Se la ha entendido a la medida del hombre, como sentimiento irresistible, se ha producido un deslizamiento del ámbito de la *fe* al de lo *religioso*. Si pensamos que el encuentro directo con Jesús nos habría ahorrado el esfuerzo y riesgo de la fe, hemos entendido mal a Cristo. Él nunca habría hecho eso. Si alguien se hubiera adherido a él por entusiasmo, seguro que más pronto o más tarde le habría sobrevenido la crisis, teniendo que renunciar a la *experiencia inmediata con Jesús* y convertirse a la *fe en Jesucristo*. Pag 313-314.

-¿Qué significa encarnación? En ella se consume la revelación, el Dios desconocido y lejano se nos manifiesta y entra de improviso en nuestra historia. Lo divino se traslada al interior del espacio humano. Dios entra en la corporeidad de este momento, en la historicidad de este destino: *El que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado*, Jn 12, 45.

Crear significa aceptar lo que se manifiesta en la palabra hablada, en la figura histórica a través de su envoltura de siglos. En el primer momento la revelación debió tener una fuerza maravillosa, pero también incredulidad, *¿quién es éste?* Después desapareció el primer obstáculo, la contemporaneidad. La imagen se interpretó retrospectivamente, los apóstoles la experimentaron espiritualmente, transmitiéndola a la interioridad cristiana y actuando la fuerza iluminadora y vivificadora del Espíritu Santo. A lo cual se añadió la humanidad, la aportación

cultural, de los mensajeros y lo que la historia ha influido en el mensaje. Pag 314-317.

- La fe en esencia sigue siendo la misma. Siempre está ahí lo que revela y oculta. El camino es el mismo, el oyente tiene que abandonar el contexto inmediato de su experiencia humana y trascenderla. Sigue siendo válida la antítesis evangélica: *El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará*, Mt 10, 39.

No se puede decir de antemano cómo sucede en cada caso, lo que importa es estar dispuesto a acoger la revelación, estar despierto y a la escucha, no encontrar en el mundo completa satisfacción, sino buscar en Dios. Puede suceder que una profunda disposición no diga nada, mientras una simple advertencia o la generosidad traigan la luz. Puede suceder en un momento o sufrir años de oscuridad. Lo importante es esperar con sinceridad. Es mejor seguir soportando la incertidumbre que imponerse una decisión sin consistencia. La primera y auténtica disposición contiene ya la fe.

Las dudas no son en sí indicios de que fe empiece a quebrarse. Mientras la fe no se haya transformado en visión se verá acosada y forzada a defenderse. A veces a la fe le faltan la claridad de la visión, el calor de la experiencia y debe perseverar sólo con las fuerzas de la fidelidad. Hay problemas profundos, que se resuelven satisfactoriamente, vuelven y vuelven, cuya solución no es que se resuelvan, sino que se vivan purificando la fe de quien se los plantea. Pag 317-318.

7. Justicia y su superación

Mt 13, 13-15. Pag 319.

- El lenguaje de las parábolas no transmiten un sentido unívoco a la manera de la enseñanza conceptual, sino complejo como la vida misma. La verdad de la vida se expresa en una polifonía de voces con temas primarios y secundarios, siempre en movimiento, a veces destacan unas voces u otras. Por lo que las parábolas se sumergen en el misterio. Si la ocasión no es propicia permanecen mudas, de cuyo misterio hablaba Jesús: *Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías: Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis*, Mt 13, 13-14. Pag 318-319.

- Parábola del hijo pródigo, Lc 15, 11-32.

La justicia es el fundamento de la existencia, pero la apertura del corazón en la bondad está por encima. La justicia es clara, pero pronto se vuelve fría. En cambio, la auténtica bondad del corazón, la que imprime carácter, reanima y libera. La justicia da satisfacción a lo que existe, la bondad crea algo nuevo. En la justicia percibe el espíritu la satisfacción del orden establecido, pero de la bondad brota el gozo de la vida creativa: *habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión*, Lc 15, 7. La bondad, por encima de comportamientos necios y perversos, abre un espacio ancho, claro y libre. Cuando la justicia reclama sus pretensiones resulta odiosa, como resuena en el tono ligeramente despectivo

de ese montón de justos, tan ordenado y eficiente, y, sin embargo, tan pequeño comparado con una sola conversión, por la que los ángeles cantan de alegría. Analicemos con detenimiento, la protesta de la justicia ¿no se dirige en realidad contra el hecho mismo de la conversión? El hombre que se aferra a la justicia, ¿está de acuerdo con que el pecador se convierta? ¿No tendrá la sensación de así se sustrae al orden establecido? ¿No le parecería mucho más correcto que quien comete la injusticia quedara encerrado en ella y se viera obligado a pagar sus consecuencias? ¿No será un truco que el corazón hace a la justicia, para que un sinvergüenza después de hacerla, se vuelva virtuoso y quede impune? Efectivamente, en la auténtica conversión el hombre se sustrae a los cánones de la justicia, pero aquí hay un principio creador de Dios porque el pecador no puede convertirse solo, la ayuda, la gracia, viene de Dios. En la lógica del mal todo agravio produce obcecación, convirtiéndose en nuevo agravio, que ciega más y más. El pecado produce oscuridad y muerte. Sin embargo, quien se convierte rompe esta cadena, dando paso a la gracia, al don de Dios. La conversión es un escándalo para la justicia, que tiene el peligro de no ver que por encima de ella están la libertad y el amor, que son la fuerza originaria del corazón y la gracia. La auténtica justicia es dar a cada uno lo suyo, no en igualdad genérica, sino vital, según la diversidad de personas y cosas. Para saber lo que a cada uno corresponde hay que percibirlo en su peculiaridad personal, lo cual sólo se puede hacer con los ojos del amor, sólo en el espacio que abre la mirada del amor la persona adquiere la libertad de mostrarse plenamente. La justicia no puede realizarse por sus propias fuerzas, *summum ius, summa iniuria*. Sólo el amor garantiza que se realice plenamente. La mera justicia ahogará la libertad de espíritu y corazón. Sólo si comprendemos las palabras de perdón y conversión del padre de la parábola en toda su dimensión podremos entrar en el reino de la libertad creadora, que está por encima de la justicia. Pag 319-323.

- Parábola del propietario y jornaleros de la viña, Mt 20, 1-15.

Los jornaleros, que reciben lo convenido, no tienen razón ante la ley, pero sí ante la justicia. También elevamos nuestra pretensión de justicia frente a Dios. La enseñanza bíblica de Job es similar. Job sólo percibe injusticia personal en su destino. Sus amigos se convierten en abogados de la justicia. Pero al final de los diálogos Dios los reduce al silencio. Sin embargo, ante Job Dios se eleva en un misterio viviente, desvaneciendo cualquier contradicción. ¿Cuál es la enseñanza? Sólo apelamos a la justicia de Dios contra su poder, sólo nos negamos a reconocer como justo algo que Dios quiere, cuando no hemos descubierto quién es Él. En cuanto Dios asoma, aunque sea poco, en la esencia de su ser sagrado, la apelación se vacía de sentido, porque todo comienza en Dios. La *justicia* no está por encima de Dios, Dios mismo es la justicia. El hombre no puede hacer valer la justicia frente a Dios, sino situarse en ella en el ámbito de Dios, permitiendo que Él, que es más que justicia, le enseñe el valor de la ésta. La justicia comienza en la voluntad de Dios, siendo expresión de su belleza, y sólo se puede descubrir en la medida en que se encuentra a Dios.

La justicia de Dios constituye un misterio de bondad. La libertad de Dios, su decisión soberana, que se sustrae a todo juicio, ya que por encima de Él nadie puede apelar, expresa bondad y amor. El Nuevo Testamento lo denomina *gracia*. Se exhorta al hombre a no cerrarse en la justicia, sino abrirse al pensar

y obrar divinos, que es bondad y amor, a entregarse a la gracia, que es más que justicia, para así llegar a ser libre.

Quien apela la justicia es un *envidioso*. En la Sagrada Escritura la justicia con frecuencia es una máscara bajo la que se ocultan otras razones. La justicia humana es muy problemática. Hay que tender hacia la justicia, pero no pararse en ella. La verdadera justicia no está al principio, sino al final. La justicia, que se convierte en apasionado fundamento de moralidad puede acabar en realidad ambigua. La verdadera justicia procede de la bondad. Sólo es capaz de ser justo el hombre cuando en la escuela de amor de Dios aprende a ver al otro como en realidad es y, por consiguiente, también a sí mismo. Para ser justo es necesario amar. Pag 323-325.

8. Si no os hacéis como niños

Mt 18, 1-6 y 10; Mc 9, 33-37; Mt 20, 20-28. Pag 325-326.

- La pregunta de fondo es ¿quién es el más grande en el Reino de Dios? Los criterios de Dios no son nuestros criterios. Nuestros valores y ordenamientos sufrirán un vuelco. En el Reino de Dios no habrá dominadores y súbditos, oportunistas y listos, hábiles y torpes, lentos y sencillos ... triunfadores y fracasados. La situación se invertirá como lo expresa Jesús con júbilo al Padre: *Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito*, Mt 11, 25-26. Concepto que repite Pablo: *Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios ... a fin de que, como dice la Escritura: El que se gloríe, gloríese en el Señor*, 1 Co 1, 27-31. Pag 326-328.

- Las palabras de Jesús sobre los niños, que expresan tres ideas diferentes, se han puesto como criterio cristiano.

1ª idea. *Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe*, Mt 18, 5. Por instinto, el hombre acoge lo que puede legitimarse, produce rendimiento, utilidad, importancia. El niño no es capaz de eso, aún no ha producido nada, no representa nada, es puro inicio. El niño es esperanza. Las auténticas personas son las mayores, el niño aún no está maduro. Parece como si Jesús estuviese diciendo: donde haya algo que no pueda imponerse por sí mismo, allí estaré yo, respondiendo de ello. Así, el niño adquiere un significado totalmente nuevo. Del *amor al niño* Jesús extrae lo esencialmente válido: el futuro cristiano. Por eso Jesús remarca la idea: cuando te encuentras con un niño, conmigo te encuentras.

2ª idea. *Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar*, Mt 18, 6. Nosotros no vemos en el niño más que a un ser indefenso, que no puede defenderse contra las agresiones. Pero Jesús nos alerta que en el niño reside un misterio divino inviolable y sagrado. A quien se atreva a manipular o tergiversar ese misterio más le valdría ...

Por otra parte, es uno de los pocos textos de la Escritura, en que Jesús nos habla del ángel custodio, asignado a cada persona, para que guarde lo santo que mora en ella: *Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos*, Mt 18, 10. El ángel es la primera criatura de Dios, dotada de poder irresistible, que produce miedo en el hombre. Sus primeras palabras suelen ser *no temas*, Lc, 1, 30. En el niño está su ángel, está Dios. Por tanto la acogida del niño nos llevará al Dios escondido.

3ª idea. *Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos*, Mt 18, 3. El adulto quiere asegurarse la vida, por lo que se vuelve taimado y duro, el miedo le envilece. El niño todavía no tiene ese instinto de conservación tan acentuado, es más tranquilidad y confianza. Lo cual es producto de su ignorancia, un valor en cierta medida puro e inconsciente de sí mismo frente a la existencia. El adulto tiene metas, busca medios para alcanzarlas y los utiliza. Ve las cosas en función de su utilidad y uso, todo lo esclaviza. Tiene pretensiones, intenciones. Nada cambia tanto la existencia para peor como la intención que determina las actitudes y falsea las cosas. El niño no tiene intenciones viciadas, tiene miedo. Lo que importa a Jesús es que el niño está en el puro encuentro con el ser de las cosas, los acontecimientos pueden desarrollarse libremente y las cosas pueden ser lo que son.

El adulto posee grandes dosis de artificialidad, no deja que la existencia sea como es, sino que la modifica. A ese fenómeno lo llamamos cultura, que encierra grandes valores, a costa de falta de naturalidad y artificio. El niño todavía no es artificial, está anclado en lo inmediato, simplemente es él mismo. La educación consiste en buena parte en ocultar los propios sentimientos. El discurso y comportamiento del adulto contienen mucha falsedad y fraudulencia. El niño es sencillo y sincero, no siente las inhibiciones, que impiden al adulto ser auténtico. Su veracidad aún no se ha puesto a prueba, está ahí y constituye un vivo reproche. El adulto se ve a sí mismo en su mirada, se siente en su propio ser consciente, lo que le cierra el camino hacia las cosas, hacia las personas y el mundo. Pag 328-332.

El niño no reflexiona. Los movimientos de su vida van de él mismo a lo que existe fuera de él, está abierto. En esta actitud del niño reside su humildad, su postura de *tenerse en poco*, como dice el Señor, no se da importancia a su propio yo. En su conciencia están las cosas, los acontecimientos y las personas, no su propia personalidad. Por lo cual, en su mundo puede aparecer lo auténtico, lo que es e importa. El mundo del adulto está lleno de hipocresía, signos y sucedáneos, de medios para conseguir otros medios, apariencias y nimiedades, que se toman demasiado en serio. En el mundo del niño están las cosas en sí mismas, lo auténtico no le causa asombro. Le asombra y le inquieta el endurecimiento y limitaciones de los adultos. El niño no es artificial, no tiene pretensiones, ni la angustia de afirmar su propio yo, sino que está abierto y predispuesto para esa gran subversión de la existencia que Jesús anuncia y expresa con el *Reino de Dios*. El adulto está cerrado en su mundo intelectual, teme que se le venga abajo, no se da por aludido. Sus ojos están ciegos, sus oídos sordos, su corazón embotado. Es *demasiado mayor*. Pag 332-333.

- El pueblo judío, fariseos y letrados *qué mayores son*. Al observarlos de cerca aparece toda su obstinación, perversión y herencia del pecado. Su memoria se remonta a casi dos milenios atrás con Abrahán. Tienen conciencia histórica. Su sabiduría surge de un don de Dios y de una dilatada experiencia humana, que es saber, prudencia, corrección. Es gente que investiga, sopesa, distingue, medita y, sin embargo, cuando viene el Ungido, en quien se cumple la profecía, y la historia llega a su último sentido, se aferra al pasado, se apega a sus tradiciones humanas, se atrinchera en el templo y la Ley. Se vuelve taimado, duro, ciego y se le pasa la hora, provocando, ¡terribles paradojas!, que el Mesías muera a manos de los custodios de la Ley de Dios y esperando aun hoy día al Ungido que ya ha venido.

El niño tiene la simplicidad de la mirada y del corazón. Cuando viene lo nuevo, lo grande y lo que redime, lo ve, se acerca y entra en ello. Esa simplicidad, *naturalis christianitas*, es la actitud del niño a que se refiere la parábola. Jesús se refiere a la simplicidad de la mirada, a la capacidad de contemplar el horizonte, percibir lo auténtico y acogerlo sin pretensiones. Ser niño significa lo mismo que *ser creyente*, una actitud, en la que la fe es algo natural y donde lo que venga de Dios puede actuar libremente. Hacerse como niños quiere decir superar *lo adulto*, convertirse y cambiar radicalmente.

La infancia a la que se refiere Jesús es apertura a la paternidad de Dios. Para el niño todo tiene relación con su *padre y su madre*, todo pasa por ellos, están en todas partes, son origen, norma y orden. Para el adulto cuando *padre y madre* desaparecen, todo es mundo incoherente, hostil, complicado, huérfano. Para el niño surge un alguien paternal en todas partes, el Padre del cielo, *Padre nuestro, y del Señor Jesucristo*, 1 Co 1, 3. La infancia espiritual es la actitud que ve en toda circunstancia al Padre del cielo. Mas para llegar a esta infancia hay que transformar cuanto nos ocurre en la vida: del mero aherrojamiento en la existencia, ha de surgir sabiduría; del azar, amor. Cuestión difícil, porque es vencer al mundo: *pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe*, 1 Jn 5, 4.

Hacerse niño en el sentido que dice Jesús es alcanzar la madurez cristiana. Pag 333-334.

9. Matrimonio cristiano, virginidad

Mt 19, 1-12. Pag 335.

- En la historia de la Iglesia ha habido personalidades religiosas para todos los gustos. Unas han visto las relaciones sexuales como algo malo, han cambiado el instinto sexual o han intentado extirparlo. Otros lo han integrado en la religión, incluso han hecho culminar lo religioso en ese instinto. Para algunos no parece existir lo sexual, lo han erradicado e ignorado. Otros están en lucha con ello hasta el fin de sus días ...

¿Qué importancia tuvieron para Jesús matrimonio, virginidad y mujer? En sus deseos personales y conducta la sexualidad no tuvo especial significado. Jesús no tuvo miedo a la sexualidad, ni la odió, despreció o combatió. El ser de Jesús estuvo impregnado de profundo ardor, todo estaba muy vivo en él, despierto y lleno de energía creadora. ¡Con cuánto interés se relaciona con la gente! Su

amor a los hombres no procede del deber o querer, brota por sí, es la energía fundamental de su ser.

Sus relaciones y amor son expresiones de una libertad limpia y cálida. En la figura de Jesús todo es rico y vivo, pero todas sus energías están recogidas en su corazón, convertidas en fuerzas interiores que se dirigen a Dios y fluyen hacia él en incesante movimiento. Continuamente atrae a sí como *comida* y *bebida* de su ser más íntimo la exigencia de amor y la donación al Padre para convertirlas en acción y creación de amor: *Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis ... Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra*, Jn 4, 32-34. Lo incomprensible de la figura de Jesús es que la plenitud de esas energías se dirijan sin ningún tipo de violencia, doblez o engaño a Dios y vuelvan de Dios a los hombres, que todo sea tan puro y transparente. De él, que tan poco habló de la sexualidad, emana como de ningún otro una inimaginable capacidad de apaciguamiento, purificación y dominio de esa energía. Ninguna fuente humana puede determinar en qué consiste el ordenamiento cristiano de la sexualidad, sino en función de la figura de Jesús, que está por encima de todos: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí*, Jn 4, 6. Pag 335-337.

- El matrimonio ha sido transmitido por Dios: *¿No habéis leído que el Creador, desde el comienzo, los hizo varón y hembra, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre*, Mt 19, 4-6. Moisés dio tantas prescripciones sobre el acta de divorcio porque el pueblo carecía del amor y fidelidad que brota del amor, eran egoístas, sensuales, porque si no se les hubieran hecho concesiones se hubieran rebelado. La Ley no era expresión de la voluntad inicial de Dios, como ésta se revela en Abrahán, en el paraíso y en el proyecto de la creación, sino testimonio de una traición por parte el pueblo. La Ley fue un ordenamiento que Dios promulgó, después de que se hubiera abandonado el orden propio de la libertad y de la gracia. Ante la queja de sus discípulos sobre la dureza del matrimonio sin repudio Jesús les aclara: *No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos*, Mt 19, 11-12. Pag 338-339.

- Matrimonio y virginidad proceden de una misma raíz, encierran un misterio respecto a la naturaleza pura, implican algo más grande de lo que los hombres pueden entender. No pueden derivar del instinto, de la sociedad humana o del corazón, sino que se conocen por revelación, se aceptan en la fe y se viven mediante la gracia.

Se dice que el matrimonio cristiano es conforme a la naturaleza del hombre, pero tal como era cuando portaba dentro de sí la impronta de la voluntad divina, estaba ordenada a Dios y penetrada por la gracia. Para el hombre del paraíso habría sido *natural* que el matrimonio, contraído en la libertad y el amor de su corazón obediente a Dios, tuviera que ser único e indisoluble.

Pero *naturaleza* es instinto, que se ha convertido en algo rebelde, contradictorio, mendaz respecto de la conciencia, ciego y violento, inconstante y voluble. Y lo que se construye sobre él, la relación entre las personas, tiene el

mismo carácter. También la inclinación del corazón es *naturaleza*. Pag 339-340.

- El matrimonio implica más que un compromiso incondicional de la libertad moral, porque surge *algo nuevo* que viene de Dios: una forma de unidad y santificación no sólo *firme y buena*, sino *eterna y sagrada*, que *No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido*, Mt 19, 11.

Por tanto, el matrimonio indisoluble, a pesar de sufrimientos y desgarros, es conforme al sentido más profundo de la naturaleza. Aunque al afirmar que es conforme a la naturaleza se corre el riesgo de convertirlo en una institución ética o social. En cambio, cuando se comprende desde la fe y se vive desde la gracia surge *ese algo verdaderamente natural* en sentido más elevado, distinto de nuestro ser más inmediato, fruto de la gracia y producto de la fe, similar a la infancia espiritual. Habrá de construirse como la virginidad con la fuerza de abnegación del creyente. El matrimonio cristiano nace del sacrificio. Significa la realización vital de ambos cónyuges en la fecundidad y perfección de su ser, que rebasa las posibilidades de cada uno de ellos. Realización no en el gozar y conseguir lo que a uno se le antoje, sino mediante las renunciaciones que la volubilidad del instinto, la inconstancia del corazón, las decepciones que genera el otro, las crisis de fuerza moral, las exigencias de la vida en común y cambio de las circunstancias externas hacen necesarias. Pag 340-341.

- El matrimonio es la realización del amor inmediato, que une a hombre y mujer, y su lenta transformación a medida que adquieren experiencia de la realidad. El primer amor no ve aún esa realidad. La fogosidad de corazón y sentidos la enmascaran y envuelven en un sueño de fantasía e infinito. Aparece poco a poco, a medida que los cónyuges van descubriendo en el otro la vida cotidiana, deficiencias y fallos. Entonces, si ante Dios y con su ayuda, tomamos al otro tal como es, siempre de nuevo y a pesar de las decepciones, compartimos alegrías y penas de la vida cotidiana y las grandes vivencias, surge poco a poco el segundo amor, el auténtico misterio del matrimonio. Amor, que está por encima del primero, como el adulto sobre el joven o la madurez del corazón curtido en la brega sobre el que simplemente se abre y se da. Nace *ese algo grande* a costa de mucho sacrificio y superación. Se necesitan gran fuerza, profunda fidelidad y corazón bien curtido para no sucumbir al engaño de la pasión, cobardía, egoísmo y violencia. Pag 341-342.

- Ahora comprenderemos que Jesús se refiera indistintamente al don de Dios del matrimonio y virginidad. El carácter antinatural que late en el matrimonio se manifiesta abiertamente en la virginidad, en cuyo estado hay que renunciar no por debilidad, apatía de vivir o filosofía, sino con entera libertad, *por el Reino de Dios. Quien pueda entender, que entienda*, Mt 19, 12. La virginidad cristiana implica que no puede erigirse desde el hombre, desde el instinto o el espíritu, sino desde la revelación. Dios puede ser amado con plenitud vital, convertirse en lo único y todo para el hombre. Pag 342-343.

- Matrimonio y virginidad se erigen desde la fuerza de Cristo, no desde perspectivas sociológicas, fuerzas éticas o personales, religiosidad inmediata, que pueden ayudar o alejar de lo esencial. Tampoco se erigen a partir de una

gracia en general o predisposición humano-religiosa, pureza natural o cosas por el estilo. Se erigen de la fuerza que reside en Cristo. El matrimonio cristiano sólo es posible con la presencia de Cristo, *donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*, Mt 18, 20. Jesús está entre los dos cónyuges con su presencia viva, su capacidad de sufrir, soportar, amar, superar, perdonar, *no ... hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*, Mt 18, 22.

Ésa es la fuerza, ningún *reino de los cielos* abstracto hace posible la virginidad. Tampoco Dios, sin más, sino Cristo., lo que irradia de él, de su persona, de su actitud, de su obra, de su destino, lo santo, inefable, lo que ilumina, toca y llena el corazón. Desaparecería si intentáramos expresarlo en conceptos. Jesucristo, el Hijo de Dios e Hijo del hombre, la vida y el amor mismos. Matrimonio cristiano y virginidad se convierten en algo incomprensible tan pronto como él ya no es lo esencial, norma y realidad en ellos. Pag 343-344.

10. Poseer cristianamente, ser pobre

Mc 10, 17-27. Pag 344-345.

- Estas palabras del Señor siguen ejerciendo profunda influencia en la historia. Están en estrecha relación con matrimonio y virginidad. Unas en relación con el ordenamiento de la vida sexual, otras con la riqueza.

¿Qué relación personal tuvo Jesús con la riqueza? ¿Qué eran para él los bienes de la tierra? Su familia era pobre. Sus padres ofrecieron por su nacimiento en el templo la ofrenda de los pobres: *un par de tórtolas o dos pichones*, Lc 2, 24. Jesús mismo dirá a uno que quería seguirle: *Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza*, Lc 9, 58 y Mt 8, 20.

Sin embargo, en su vida pública parece que su subsistencia estaba asegurada, pues le acompañaban una mujeres ricas: *Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes*, Lc 8, 3, y disponían de una bolsa común, que gestionaba Judas Iscariote: *tenía la bolsa*, Jn 12, 6. Tal vez el ayuno de Jesús en el desierto haya que interpretarlo más que como ascesis, que lo fue, como sumergirse en la soledad extrema ante Dios. Jesús se alimenta normalmente, toma lo que necesita. Cuando se le invita participa en la comida como los demás. A los invitados de la boda de Caná les deleita con un excelente vino: *Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora*, Jn 2, 10. A la muchedumbre hambrienta no le pide que soporte el ayuno, la sacia abundantemente y se preocupa de recoger las sobras, Mt 14, 15-21. Cuando María de Betania le unge con un perfume de nardo muy caro y escucha las murmuraciones de Judas, elogia a María, cuyo gesto le complace profundamente, como elogia a lirios y pájaros, Mt 6, 26ss. La belleza del mundo debió seducir a Jesús, por lo que Satanás le tentó mostrándole su esplendor en el desierto, Mt 4, 8. Jesús respeta la actitud ascética de Juan, pero no vive como él. Por el contrario, le acusan los dirigentes e intelectuales judíos de comilón y juntarse con pecadores y prostitutas, Mt 11, 18-19. Pag 345-346.

- Lo singular de Cristo no es que renuncie a las delicias del mundo y se imponga privaciones, sino la libertad soberana, perfecta y pura con que actúa. Es libre de todo afán, inquietud por la riqueza o sustento. Libre de oposición a las cosas, de tensión en la renuncia, de resentimiento, de reclamos de lo que no disfruta. Su libertad es tan natural que pasa inadvertida. Su mirada se posa serenamente en las cosas cuando repara en ellas, considera hermoso lo que es hermoso, toma los bienes de la vida como lo que son. Toda su capacidad de valorar y amar se dirige a Dios. Naturalidad que procede de su unión con Dios. Por eso Cristo tiene una fuerza tan grande para ordenar en el hombre, que se le abre, el afán de poseer los bienes del mundo. Pag 346-347.

- El joven que se acerca a Jesús con la intención de seguirle es evidente que se ha esforzado en el cumplimiento de los mandamientos y desea algo más elevado. Jesús no le propone vender sus bienes y dáselos a sus familiares o amigos, sino a los pobres. Lo cual quiere decir aléjate radicalmente de ellos, despídete de todo y vente conmigo: *Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme*, Mt 19, 21. En el encuentro de Jesús con el joven se ponen de manifiesto dos maneras cristianas de relacionarse con la riqueza: La común a todos los cristianos de guardar los preceptos, ser honestos, justos ... y la busca de la perfección mediante la libertad del corazón, liberándose de cuanto no somos nosotros. Sus cuantiosos bienes ataron al joven, se necesitaba un sacrificio muy grande. Pag 347-348.

- Se ponen de manifiesto dos órdenes. Uno, la regla que vale para todos, a todos obliga, y ha de cumplirse en obediencia y fidelidad. Dos, el consejo que desde la libertad de Dios al individuo, no a la colectividad, y se sigue desde la decisión voluntaria del corazón. Segunda opción que de alguna manera obliga, porque si se rehúsa se malogra la realización de la propia vocación. Aquí está la causa de la tristeza del joven: *Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: Una cosa te falta: anda, cuanto tienes véndelo y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme. Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes*, Mc 10, 21-22. De la mutua implicación de llamada y libertad, de obligación y generosidad surge el orden del consejo cristiano extraordinario, concerniente al individuo. Se cumple desde la disponibilidad no a la ley, sino a la llamada. Llamada y libre voluntad que constituyen la *ley individual* y comprometen tan profundamente como el primer orden.

¿Qué relación tienen estos órdenes entre sí? Ambos son buenos y válidos desde Cristo, proceden de la misma voluntad de gracia de Dios, no de la mera naturaleza, se realizan no en virtud de su propia capacidad, sino de la fuerza que viene de arriba: *Jesús, mirándolos fijamente, dice: Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios*, Mc 10, 27. Pag 348-349.

- Jesús habla de *los ricos* en el sentido de la *confianza en la riqueza*. El rico que aquí se pone en tela de juicio no significa tener mucho, sino cualquier posesión, el hecho de poseer. Sólo desde la fuerza de Dios, desde el amor que libera y derrocha generosidad se puede dejar todo y siendo rico, convertirse en pobre. Poseer de manera correcta, según la justicia y amor al prójimo, tener

algo sin ser *rico* en el sentido de la Escritura, sólo es posible en virtud de la misma fuerza divina que capacita para dejarlo todo. Tener encadena el corazón de por sí, se trate de un pequeño huerto o una gran finca.

Poseer cristianamente sólo es posible merced a la misma fuerza con la que se vive la pobreza cristiana. Poseer ha de ser en libertad, como lo proclamaba Pablo: *Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa. Yo os quisiera libres de preocupaciones*, 1 Co 7, 29-32. Lo cual sólo es posible desde Dios. Pag 349-350.

- Cristianamente, ¿sólo la riqueza es un peligro? También lo es la pobreza, que puede generar hombres altaneros, fariseos ... De la misma manera que hay personas que renuncian al matrimonio pero se marchitan por dentro, puede haber personas que renunciando a la riqueza, también se marchitan. Los dos órdenes se sustentan mutuamente. Sólo cuando matrimonio y posesiones se ven en su justo valor y se desarrollan en todas sus energías, virginidad y pobreza alcanzan su forma genuina, pura. Sólo si la virginidad y la pobreza operan como fuerza viva en la conciencia general, matrimonio y riqueza que se pueda poseer están protegidos del peligro de perderse en el mundo. Pag 350-352.

11. La bendición

Mc 10, 113-16. Pag 352.

- *Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, ... Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos*, Mc 10, 13-16.

En los evangelios hay acciones cargadas de gran significado: la bendición de los niños, del pan y vino y de los mensajeros en su partida.

En la historia sagrada la bendición aparece al principio y final.

En el quinto día de la creación Dios bendice a los seres vivos de aguas y mares: *y bendíjolos Dios diciendo: sed fecundos y multiplicaos, y henchid las aguas en los mares, y las aves crezcan en la tierra*, Gn 1, 22.

En el sexto día después de haber creado al hombre a su imagen y semejanza, como macho y hembra: *Y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra*, Gn 1, 28.

Cuando concluyó la creación se congratuló: *Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó; porque en él cesó Dios de toda la obra creadora que Dios había hecho*, Gn 2, 3.

Después la bendición se quiebra y Dios pronuncia la maldición, Gn 3, 16-19.

Y al final de los tiempos aparece de nuevo la bendición eterna y la maldición eterna, Mt 25, 34 y 41.

En la larga historia de la humanidad aparece no la bendición primera, que se interrumpió, sino la segunda.

Comienza con Noé, cuando Dios establece con él, después del diluvio, una misteriosa alianza, Gn 9, 1-17.

La generosa bendición de Abrahán en su promesa, Gn 12, 1-3.

Esta bendición llega a ser plena y madura en el Mesías. Pag 353-354.

- Las cosas inanimadas tienen medida fija, siguen siendo lo que son. La bendición se dirige a los seres vivos, que tienen una fuente en sí, en el que late el misterio del principio, creciente y fecundo, sobre el que actúa la bendición, se trate de cuerpo, alma, trabajo, acción. Remueve y libera la profundidad interior, abre la fuente, hace elevarse, crecer, ser más. La maldición, por el contrario, es esterilidad, hiela y cierra, asemeja la vida a los seres inanimados: el seno no da luz, el campo no da frutos, al cantor no le sale canto del corazón, ...

Bendición de Jacob, a punto de morir, a sus hijos, Gn 49, 1-27. Pag 354.

- Hay otra bendición sobre la acción del hombre que trae suerte: el ojo ve bien, la palabra encuentra su camino, la obra tiene éxito. Esta bendición desciende sobre Jacob, al que todo le sale bien; sobre José, entre cuyas manos todo prospera; sobre David, cuyas armas son garantía de victoria, en contraposición a Esaú y Saúl, que Yahvé no les ha bendecido. Pag 354.

- Bendición de la plenitud: cuando el seno da a luz, la cosecha se logra, la obra florece. La existencia, cuyas fuerzas siguen direcciones opuestas, no favorece la plenitud. Por tanto, se puede hablar de caos y orden. No hay garantía de que las formas que han nacido lleguen a la plenitud y la obra iniciada madure. Cuando esto se logra es porque actúa una bendición desde lo alto. Es habitual que las formas se trunquen, las promesas se marchiten, la fuerza se desvanezca y aparezca el enemigo.

La bendición es un poder, que se dirige a la vida, libera su fecundidad y le prodiga plenitud, que sólo la tiene el Creador. La máxima *hemos bendecir en vez de orar*, pretende destronar a Dios. El poder de la bendición sólo se manifiesta en Cristo, *el bendito del Señor*, al que *ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*, Mt 28, 18, el poder de la salvación en persona y del que fluye a raudales la bendición.

La bendición inaugura una fecundidad que no viene del mundo, sino del amor redentor del Hijo de Dios. Aquí nace comida y bebida para la nueva vida, para las fatigas de la jornada cristiana, su trabajo y lucha. Pag 354-355.

- Jesús bendice a sus discípulos cuando parten a llevar el evangelio a los hombres. Se pone de manifiesto en Pentecostés, cuando la realiza el Espíritu Santo. Cristo es el Hijo de Dios vivo, su bendición emana de que *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*, Mt 28, 18, poder de sembrar vida santa, fecundidad y crecimiento; poder de custodiar, dirigir y llevar a plenitud; poder de juzgar ... ; de liberar de la maldición. Maldición, que no es poder autónomo contra Dios, sino el castigo que él ha impuesto al corazón alejado de él. De este castigo redime Cristo.

Con la máxima *hemos de bendecir en vez de orar* se pretende pasar de criaturas a creadores, arrebatarse a Dios su poder creador, se rechaza a Dios y Cristo y se desprecia la redención, con lo cual el hombre se cierra a la fecundidad que brota de la bendición santa. El sol sale, llega la primavera y las semillas se hinchan, pero tiene la marca de la esterilidad eterna. Pag 355-356.

12. Fe y seguimiento

Mt 10, 24-29 y 16, 24-27. Pag 357

- El mensaje de Jesús es de salvación, anuncia el amor del Padre y la llegada del reino. Invita a la paz y a la conformidad con la voluntad del Padre. Su palabra produce separación. El apego a esta vida, lleva implícita la pérdida de la verdadera vida. La liberación de esta vida por su causa lleva al encuentro esencial con la vida por encima de toda medida terrena, como yo eterno con parte en Cristo. Es el misterio de la cruz. Cristianismo y cruz son inseparables. Pag 357-358.

- La separación no se produce entre individuos, sino entre el hombre dispuesto a creer y lo demás, entre yo y el mundo, entre yo y yo mismo. El corazón de hombre está inquieto en su lucha por el bien, valores, lo más elevado y noble. *Nos has hecho para Ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti, decía San Agustín.* La existencia humana en conjunto está alejada de Dios y Cristo no vino para renovar algo de la naturaleza. Vino para abrir los ojos al hombre y proporcionarle un nuevo punto de partida para una nueva relación con todo y con uno mismo, empezar de nuevo desde Dios. Pag 358-359.

- Cristo no es filósofo, ni ético, ni fundador religioso. Simplemente nos dice que nuestra existencia lejos de Dios va a la ruina y nos proporciona los medios para reorientar la existencia a Dios. Pag 359.

- Creer es ver y confesar que Cristo es la verdad. Creer significa aprender de Cristo con pensamiento, corazón y sentimiento de lo correcto e incorrecto en cuanto significa la existencia humana. Si nuestro barco lleva rumbo equivocado de nada sirve pasarse a izquierda o derecha, sustituir un aparato por otro. Es necesario cambiar el rumbo. Pag 360.

- Mi relación con el vecino cambia cuando se convierte en prójimo y pasa a ser hermano en Dios. El cristiano acepta el destino, que garantiza la providencia y el amor: *sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquellos que han sido llamados según su designio*, Rm 8, 28. Mientras el hombre no tome este rumbo no tendrá paz. Pag 362-363.

- Ser cristiano es una actitud permanente. La fe no está en nosotros como un trozo de realidad caída del cielo y acabada, sino quien cree soy yo. La fe está hecha de fuerzas vitales de mi corazón y espíritu. Estoy en mi fe con todo lo que soy y la fe tiene que realizarse en la realidad del mundo, en mi ser viviente. Lo cual tiende permanentemente a desviar de su rumbo a la propia fe, lejos de Dios, y a hacer de la fe un seguro protector de mi existencia mundana, que se afirma en sí misma, siempre en guardia, pues: *el que crea estar en pie, mire no caiga*, 1 Co 10, 12. Ser cristiano no es una posición, concesión o título, sino un movimiento, que si Dios me lo concede estoy en camino de serlo. El peligro de extraviarse es permanente. El peligro más grave no es que mi voluntad falle, sino que deje de ser cristiana. Lo que es un grave peligro cuando la voluntad se

creo segura de sí misma. Nada se me ha dado a modo de seguridad. Todo se me ha dado como punto de partida, camino, desarrollo, confianza, esperanza y súplica. Pag 363-364.

13. El perdón

Mt 6,12 y 14-15; 18, 13 y 21-22; 18, 23-35; Mc 11, 25. Pag 364-365.

- El perdón no debe ser algo ocasional, excepcional, sino componente estable de la existencia, actitud permanente, que determine la relación de unos con otros, Mt 18, 21-22. Es ilustrativa la parábola del rey, que quiso ajustar cuentas, Mt 18, 23-35.

Se da el caso de quien ha sido injusto con nosotros, lo reconoce y quiere enmendar el fallo. Y se da el caso de quien no ve su culpa o no quiere reconocerla. De este último debemos preocuparnos. No debemos dejar pasar el hecho de que nos haya ofendido guardándole rencor y consolándonos con el sentimiento de superioridad moral, sino que hemos de ir hacia él y hacer todo lo posible para que caiga en la cuenta y se aclare el asunto. Si nos comportamos como alguien moralmente superior, como quien condesciende graciosamente, somos *levadura de fariseos*, Mt 16, 6, y el otro sólo percibirá arrogancia. Su resistencia a nuestras exigencias se atrincherará tras el agravio que nuestra actitud le produce y al final será peor que al comienzo, Mt 12, 45. Es necesario superar el rencor y la voluntad de hacer valer nuestro derecho para ser realmente libre. Debemos perdonar de todo corazón y entrar en sintonía con del verdadero yo del otro, que está oprimido por su corazón en rebeldía. Entonces nos escuchará, se liberará y habremos ganado a un hermano, Mt 18, 15. Esta es la doctrina de Jesús sobre el perdón, que él tan enérgicamente cumplió y convirtió en uno de los componentes fundamentales de su enseñanza. Pag 365-366.

- ¿Qué debe superar en sí mismo un hombre para poder perdonar?

En lo más bajo de sí mismo, en el ámbito natural de la existencia, el sentimiento de que está ante el enemigo, que está presente también en el animal. Alcanza hasta donde llega la vulnerabilidad de la vida. Dada la índole de los seres vivos, la conservación de unos pone en peligro a otros. El pecado ha hecho descender no poco en este estado de lucha por la vida. El otro, que me ha ocasionado daños o me ha quitado algo valioso, es mi enemigo. Contra él se levantan los sentimientos elementales de desconfianza, temor y aversión. Procuero defenderme de él y la mejor manera es que el sentimiento de peligrosidad permanezca despierto en mí, que mi instinto desconfíe de él y esté siempre dispuesto al ataque.

Perdón significa que renunciemos a esa posición ofensiva del odio natural. Debemos superar el temor y arriesgarnos a quedar indefensos, sabiendo que lo auténtico nuestro no puede herirlo el enemigo. Perdonar supone una valentía, que brota de la más íntima seguridad, porque quien perdona es más fuerte que quien teme y odia. Pag 366.

- Más cerca del hombre está el sentimiento de venganza, que no responde a un peligro para la vida, sino a la propia posición en lo que a fuerza y honor se refiere. El deseo de venganza quiere restablecer el sentimiento de nuestra

propia dignidad humillando al enemigo. Perdón presupone que el sentimiento de nuestra propia dignidad se eleva por encima de la dependencia de la conducta del otro, porque puede vivir con la seguridad de un honor interior inviolable. Con lo cual estamos más seguros de nuestro amor en lo externo, pues esa libertad hace que la injuria pierda su sentido y desarma al enemigo desde el espíritu. Pag 366-367.

- Pero cerca de lo espiritual está el sentimiento de exigencia de justicia. El perdón conlleva renunciar a la exigencia de ejecutar por nosotros mismos el castigo. En la medida en que la exigencia de justicia se confía en los poderes del estado, del destino, de Dios, comenzamos a purificarnos. El paso decisivo lo da el perdón al renunciar por completo a que el otro sea castigado. Con lo cual se abandona el ámbito de la correspondencia y se entra en el de la libertad. Este paso requiere orden, mediante una superación creadora, que ensancha el corazón. De lo más íntimo brota magnanimidad y prodigalidad, presentimientos humanos de ese poder divino, que se llama gracia. El perdón da por libre al otro y le introduce en un nuevo derecho. Pag 367-368.

- Pero, ¿por qué debemos comportarnos así?

Porque quien se aferra a su derecho se coloca fuera de la comunidad humana, se convierte en juez. Y somos hombres entre los hombres con un destino común a todos. Hay que ensanchar el corazón y liberarse, lo que supone cierto altruismo natural, al que podrían estar unidos los riesgos de debilidad, dejadez, mentira, injusticia, incluso venganza y crueldad ...

El deseo de justicia es una esclavitud. Quien perdona se libera de la dependencia de la injusticia del otro. Lo que tiene el riesgo de situarse por encima de la dignidad y derecho de la persona.

El perdón en Cristo no tiene motivaciones sociales, éticas, intramundanas, sino que lo une con el perdón de Dios. Dios perdona primero y el hombre es hijo de Dios. Por eso su perdón nace del Padre del cielo. Pero va más allá; *y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas*, Mc 11,25. Es fuerte, el hermano no perdonado se interpone entre nosotros y el Padre. El perdón es gracia. Si negamos el perdón a nuestros hermanos, nos excluimos del perdón de Dios. Pag 368-369.

- El perdón constituye parte del amor. Es la forma, que el amor tiene cuando se le ha ofendido. Debemos perdonar porque debemos amar. El perdón es tan libre, es creador, porque brota del perdón divino. Quien perdona y ama a su enemigo se hace *hijo del Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos*, Mt 5, 44-48, habrá ganado a un hermano. De nuevo la fraternidad.

Cristo es en la vida la encarnación del perdón. No encontramos en él sentimientos que demoren el perdón, temor, venganza ... Su seguridad es inviolable y se expone al peligro sabiendo que Dios está con él, Jn 16, 32. No le afecta que le digan aliado de Satanás. A su relación consigo mismo no le afecta para nada el comportamiento del otro. Es enteramente libre. Todo el mal del hombre se dirigió contra él, Lc 2, 34, pero no se revolvió, sino que vio la injusticia contra él como contra Dios. Confirmó el perdón del Padre, que había venido a traer, perdonando él mismo y convirtiendo la injusticia que los

hombres le hacían en expiación del pecado del hombre, *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*, Lc 23, 34.

Lo más profundo del perdón de Dios sucedió como expiación. Canceló la deuda del pecado y restableció la *verdadera justicia*. Tomó sobre él lo que hubiera correspondido al deudor, esto es la redención cristiana. Lo cual significa que sucedió entonces, redundó en nuestro provecho y constituye la forma fundamental de la existencia cristiana. No estamos redimidos sin que sin que el espíritu de la redención sea efectivo en nosotros. No podemos disfrutar de la redención sin correalizarla, que se efectúa en el prójimo. El amor se convierte en perdón tan pronto como el prójimo se comporta con nosotros como nosotros con Dios, tan pronto como ha ofendido. Pag 369-370.

14. Cristo, el principio

Mc 10, 1; Lc 12, 49-50; Flp 3, 8. Pag 370-371.

- El conocimiento del que habla Pablo no resulta del análisis histórico o psicológico, sino que brota de fe y amor: cuando el hombre con sus entrañas toca las entrañas del Señor se le descubre Cristo. Pag 371.

- Decepción, arrogancia, odio, miedo, placeres egoísmo, poder, violencia ... juegan su papel en los hombres, pueden ser buenos y malos, pero su libertad está dentro de la prisión del mundo, en el ámbito del mal.

¿Qué sentimientos tenía Cristo? La pureza de sus sentimientos no nace de una lucha moral contra el mal, de la superación del temor, de la pureza natural del instinto, de la nobleza innata del espíritu, de la entrega creadora del amor, sino que vive los sentimientos de Dios. El amor de Dios se ha hecho hombre en Jesús.

En ciertos asuntos, quizás tuviera Cristo tres precursores: Juan Bautista, el último de los profetas, Sócrates en el corazón de la cultura clásica y Buda en el saber y religiosidad orientales. Pero la libertad de Cristo es superior, procede del hecho de hallarse enteramente en el ámbito del amor de Dios y su actitud es la voluntad divinamente firme de salvar al mundo. Pag 371-372.

- ¿Qué efectos tiene esta actitud de Cristo? Cuando Jesús entra en la existencia se inicia en el mundo antiguo el comienzo de algo nuevo. Habla en él una conciencia de más allá de este mundo: *Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre*, Jn 16, 28; *Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo*, Jn 16, 33.

En Jesús es imposible toda psicología, porque no hay evolución. Su vida interior constituye la ratificación de que es a la vez Hijo del hombre e Hijo del Padre.

El gran conocimiento cristiano significa reconocer que las cosas comienzan con él, que la medida es Cristo y sólo Cristo: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí*, Jn 14, 6. Pag 372-373.

- Lo que Cristo hace en el mundo no tiene parangón terreno. Sólo un acontecimiento se asemeja a la encarnación, la creación del mundo. Mas la encarnación sobrepasa a la creación tanto cuanto el amor que reveló en la encarnación y cruz supera al de la creación del mundo, a lo que se refiere en:

He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!, Lc 12, 49. Es el fuego del nuevo nacimiento en verdad y amor, el fuego de la nueva creación. *Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!*, Lc 12, 50. Bautismo es el misterio de la profundidad creadora: tumba y seno a la vez, muerte y nacimiento. A través de lo cual pasa Cristo porque la dureza del hombre no le permite otro camino. ¡Tan abajo y a través de tan terrible aniquilación tiene que buscar Cristo en la profundidad de la creatividad divina, de la que debe emerger la nueva creación! Pag 373-374.

- Al otro lado no aguarda simplemente una meta, una tarea, sino el ser viviente. Quiere que yo le conozca, que esté de acuerdo con su amor, está en camino hacia mí y me pide que vaya a su encuentro. Con semejante confianza hay que pensar en él, con inteligencia y corazón. Debo esperarle, concentrarme, escucharle, invocarle y estar dispuesto para él, saber lo que es Cristo por mí mismo desde él. Descubrirás que ese tú al que se refiere tu yo más profundo, es él. Lo más íntimo que hay en ti, porque es el amor creador. Es el único desde el que la auténtica verdad viene a tu espíritu y la medida de todas las cosas. Pag 374.

- Es el conocimiento que supera a todo. Salta como una chispa de aquel fuego, del que Cristo habla, surge como una ola de aquel bautismo, al que él se sometió. Conocer a Cristo lleva consigo aceptar su voluntad como norma, a cuyo principio sólo llegamos si nos identificamos con su voluntad. Cuando la intuimos, nuestro interior retrocede porque ahí está la cruz.

Es mejor reconocer nuestra debilidad e impotencia y pedirle que nos instruya que creernos con entrega y sacrificio. Es un camino, que puede implicar sufrimiento, una gran tarea o la carga de la vida cotidiana. Puede tener su sentido genuino en sí mismo como la conversión, lo cual depende de él. Lo importante es mantener actitud duradera. Sigamos a Pablo: *Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro*, Rm 8, 37-39. Pag 375.

Quinta parte: Los últimos días

1. Entrada triunfal en Jerusalén

Is, 62, 11; Za 9, 9; Mt 21, 1-17. Pag 377-378.

- Los habitantes de Jerusalén tenían costumbre de salir al encuentro de sus peregrinos y entrar con ellos en la ciudad en procesión festiva. Por tanto, no es extraordinario el hecho de que quienes se encontraban junto a la puerta de la ciudad salieran a recibir al rabino, que se acercaba con su grupo de discípulos y le acompañaran al templo. A lo que habría que añadir que la gente conocía que había resucitado a Lázaro. Los discípulos, la gente del pueblo y la chiquillería no cesaban de vitorear al Hijo de David. Y cuando las autoridades se acercaron al Maestro para preguntarle si era consciente de lo que gritaba el gentío, si le parecía bien y estaba de acuerdo con aquella monstruosidad de aclamarle *Mesías*, Jesús respondió que por la boca de los niños, de los ingenuos, de los que no significan nada para el mundo, habla la verdad. Lucas añade el requerimiento que los fariseos plantean a Jesús: Algunos de los fariseos, que estaban entre la gente, le dijeron: *Maestro, reprende a tus discípulos. Respondió: Os digo que si éstos callan gritarán las piedras*, Lc 19. 39-40. ¡Hasta las piedras se conmovieron de la maravilla que presencian! Pag 378-379.

- El momento está lleno del poder del Espíritu. Sucede en estos últimos días como si Jesús sacara de su propia interioridad las fuerzas más poderosas y las proyectara al exterior. Hacía poco que había resucitado a Lázaro de entre los muertos. Jesús se acerca a Jerusalén y toda su actividad va a ser auténtica revelación, por cuanto en él se cumplen las palabras proféticas sobre la futura llegada del Mesías. Hasta este momento Jesús ha rechazado el título de Mesías y Rey, pero ahora se presenta como tal. La marcha de Jesús por la ciudad camino del templo entre los incesantes vítores del pueblo y el griterío atronador de los niños es irresistible. Expulsa sin contemplaciones a vendedores, compradores, traficantes y cambistas y a cuantos profanaban la santidad del templo. Cura a *ciegos y cojos* en los atrios del templo. Sus adversarios le preguntan con qué autoridad actúa así y se quedan sin respuesta ante la indignación de su respuesta.

La actuación de Jesús es un verdadero acontecimiento profético. Apagaron con el asesinato de Juan la fuerte voz del profeta y resurge la voz de Jesús con una fuerza más inmensa. Incluso resurge la voz de la profecía en el pueblo, que poseído por el Espíritu profetiza, es decir, contempla, interpreta y actúa.

La experiencia profética rompe los límites en los que la condición histórica tiene encerrado al hombre. Aquí, no allí, vivimos la misma realidad histórica; comprendemos lo presente, no lo lejano. En el ámbito de la profecía, el Espíritu Santo rompe esa limitación. En el Espíritu, el profeta ve lo lejano y lo presente; desde fuera de los límites contempla la globalidad de lo real ... Al vivir dentro de la historia nos movemos en el momento actual, sabemos lo que sucede en este momento; sobre el futuro sólo podemos intuir, adivinar, vislumbrar. Lo cual tiene que ser así, porque si conociéramos el futuro no podríamos actuar. Nuestra ignorancia nos da la libertad de acción en este mundo.

Para el profeta lo interior ya está patente; su vista penetra en los demás. Por el Espíritu se encuentra en ese punto desde el cual la interioridad se abre al exterior ... Al vivir en la historia sólo vemos la apariencia, el sentido se resiste a nuestra percepción. El sentido de lo que ocurre es como un relámpago, hay que adivinarlo en el momento, porque enseguida vuelve a ocultarse. Por tanto, vivimos en un enigma, de esperanza ... Pero al profeta se le revela el sentido. Lo oculto y manifiesto coinciden, por el Espíritu el enigma se le hace patente. Pag 379-381.

- Los fenómenos naturales no son profecía. Nadie se convierte en profeta por una cualidad personal, sino por la acción del Espíritu de Dios, que le llama a ser instrumento de su actuación salvífica. El verdadero profeta depende de esa voluntad divina, de su actuación y de la historia que surge de esa misma actuación. No es la visión del futuro lo que constituye profeta al individuo, sino su capacidad para interpretar la historia con referencia a la voluntad salvífica de Dios. El significado de Dios se revela en el acontecimiento concreto, lo que contemplan los ojos se vuelve diáfano para el espíritu. Quienes alcanzan ese conocimiento no son los inteligentes y superdotados, los genios, sino el simple ser humano. Porque ese poder de penetración no es una mera capacidad del hombre, sino el Espíritu venido de Dios y quienes mejor pueden recibirlo son los *pequeños*, porque carecen de toda posibilidad de confundir ese Espíritu con los méritos del espíritu humano, Mt 11, 25; Mc 10, 14.

En aquella última hora ¿podrán los destinatarios del Reino de Dios comprender a Jesús? Parece que más bien es lo contrario, según manifestaba Pablo: *nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, 1 Co 1, 23*. Éste es el panorama cuando Dios viene al encuentro del hombre. Todo parece una locura, una sinrazón tan escandalosa que quienes se consideran a sí mismos justos y fieles a la ley, piensan en un proceso condenatorio. Ni una sola vez se presenta el auténtico rostro de la pobreza. ¡Qué difícil es reconocer la manifestación de Dios! Pag 381-383.

2. Endurecimiento

Mt 21, 23-27; 22, 15-40; Mc 12, 32-34. Pag 383-391.

- Jesús entró solemnemente en Jerusalén y reveló de palabra y obra su intención de ser reconocido como Mesías. Mantiene intactas sus pretensiones hasta el final y cuenta siempre con la posibilidad de ser escuchado. El Reino todavía puede implantarse. Los jefes del judaísmo aún pueden aceptar su mensaje y el pueblo todavía puede acudir a él. Al mismo tiempo percibe que la decisión ya se ha tomado y su camino conduce a la muerte. Jesús no lucha por poner al pueblo de su lado, ni por ganarse a los jefes. Tampoco busca refugio en la fácil disponibilidad. Jesús lleva a cumplimiento el encargo recibido. Dice incansablemente lo que hay que decir, repite una y mil veces su testimonio y pone siempre ante los ojos la exigencia de Dios. No tiene un plan prefijado, se deja llevar por lo que dicta cada momento. No evita la confrontación, pero tampoco toma la iniciativa. No renuncia a la victoria, pero no la persigue a toda costa. Sencillamente, Jesús lleva a cabo su misión, que lo expresará con

dominio soberano en la hora decisiva de su muerte: *todo está cumplido*, Jn 19, 30. Pag 383-384.

- En la dialéctica de esos momentos se plantean cuatro preguntas: ¿quién pregunta?, ¿cómo se plantea la pregunta?, ¿qué respuesta se da? Y ¿qué resultado va a tener esa respuesta?, Mt 21, 23-27. Eran incapaces de admitir el nuevo orden de realidad proclamado por Juan y representado por Jesús.

Jesús se resiste a pronunciarse sobre asuntos terrenos, *¡Hombre! ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?*, Lc 12, 14. En la respuesta de Jesús, *pues lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios*. Mt 22, 21, la realidad de Dios, el Reino de Dios que está cerca, no se deja encuadrar en el marco de la mentalidad de los fariseos. Pag 384-387.

- En cuanto a la resurrección, Jesús les corrige. No existe ese más allá, en el que la pregunta pudiera tener sentido, ya que una resurrección y vida ultraterrena como la que presupone no sería más que una prolongación de la existencia en la que se mueven quienes plantean la cuestión. Por el contrario, más allá de la existencia puramente terrestre, se abre otro modo de existencia que es el auténtico. Desde esa perspectiva, desde el único punto de vista de la revelación, desde la potencia de Dios que es el Dios de la vida, se podrá entender la auténtica resurrección, como presencia de esa vida, que ya es una realidad vital en los heraldos de Dios y en los que creen en su palabra. Pero sus adversarios no se dan por aludidos, ni se abren a la comprensión. Pag 388-389.

- La figura de Jesús se alza como encarnación de la realidad mesiánica. Su palabra está poseída de la fuerza del Espíritu. Le envuelve la potencia de lo milagroso. Sus oyentes tendrán que abrirse para dar paso a la luz de la comprensión, tendrán que escuchar y tender sus manos para percibir la verdad. Pero lo rehúsan, mantienen su hermetismo y ahogan la voz de su interior. La respuesta de Jesús desvela lo auténtico y verdadero, que rebasa la raquítica percepción de sus adversarios. El resultado es desastroso. Están vencidos, pero su derrota ha sido sólo táctica. Como consecuencia exasperan más su orgullo, aumentan aún más su odio virulento y se refugian en la espera de una nueva oportunidad. Pag 390.

- El Mesías, que realiza la redención del mundo por medio de su propia muerte, no es un héroe trágico. El pueblo, que no conoce a su redentor y en ciego endurecimiento llega a destruirlo, tampoco es portador de un destino trágico. Como no fue un hecho trágico el pecado del primer hombre, ni lo será el juicio final. Todo es aquí realidad. El hombre, el pecado, su consiguiente destino fatídico, la consecuencia definitiva del pecado, que es la rebelión contra el salvador, todo es realidad. Y también lo es la redención en sí misma y el comienzo de la nueva época de gracia, que surge de esa redención. Pag 392.

3. Humildad de Dios

- ¿Cuáles son los rasgos verdaderamente auténticos de la figura y existencia de Jesús? ¿Cómo deberá ser la vida humana influida por esa persona

inigualable? Hoy son muchos los que se declaran contra una imagen del hombre, determinada por la persona de Cristo. Sólo si llegamos a penetrar el sentido más profundo de la persona de Jesús y la asimilamos en nuestra vida, podremos ser verdaderamente cristianos, por decisión de fidelidad y por convicción existencial.

Para conocer la concepción del ser humano en la Antigüedad hay que estudiar sus dioses, héroes, mitos y leyendas, donde se traza el arquetipo de la figura y destino del hombre. Sus figuras y azares tienen en común su desmesurada ambición de gloria, riqueza, poder y reputación. Es su escala de valores.

En la vida de Jesús, los acontecimientos no tienen nada que ver con la fantasía de *lo único válido*. La raza de la que proviene Jesús se ha degradado hasta lo más hondo, pero a él ni se le ocurre pensar en rehabilitarla. En Jesús no se puede hablar de la ambición de poder, ni de la grandeza del filósofo o de la fama del poeta. Jesús de Nazaret es pobre a secas. Jesús no es víctima del destino, no es un asceta de su tiempo, ni pretende auras de misterio. La pobreza de Jesús consiste simplemente en una vida sencilla, sin grandes pretensiones frente a las necesidades básicas del ser humano, que otros cuidan de cubrir. Los apóstoles y discípulos de Jesús no son *grandes figuras* humanas o religiosas, es más, no tienen que ver nada con la clase de la *grandeza*. Su autenticidad personal consiste en ser enviados por Dios para echar los cimientos de la futura historia salvífica.

En cuanto al destino propio de Jesús, cuanto hace o le hacen, lleva la marca de un desconcertante fracaso. Mientras tanto, sus amigos no mueven ni un dedo. Desde el punto de vista humano, la pasión y muerte de Jesús suponen un tormento insufrible y aterrador.

Sin embargo, la muerte de Jesús será el comienzo de una nueva existencia redimida. El misterio eucarístico se convertirá en el centro insustituible de la vida cristiana. Y la resurrección desplegará una irrefrenable potencia, capaz de transformar los últimos dos mil años de la historia. Pag 393-395.

- En la realidad de Cristo se abren las posibilidades de una nueva creación, enraizada en los comienzos mismos de la historia. Volvemos a apreciar la profunda transformación que ha experimentado la imagen del hombre desde la perspectiva de Cristo, precisamente cuando esa concepción ha dejado de ser admitida como mundialmente válida. Quizá no esté muy lejos el momento en que la concepción cristiana del hombre se abra paso en la conciencia con toda su irrastreadable plenitud. Pag 395-396.

- La existencia de Cristo ha transformado la concepción del hombre y nuestra concepción de Dios. En el creyente, el conocimiento de la naturaleza de Dios surge por la palabra y la realidad de Jesús. A la pregunta de Felipe: *Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Le dice Jesús: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo, no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre está en mí, Jn 14, 8-11.*

La acción de Jesús es la acción de Dios. Las vivencias de Jesús son vivencias de Dios. No hay nada en lo que Dios se mantenga al margen de la vida de Jesús. El yo que late en la actuación y en la experiencia de esa vida es el yo de

Dios. Cuanto se refiere a Jesús debemos referirlo a Dios, porque es ahí donde se revela. Su vinculación a esa existencia humana no termina jamás, ni siquiera con la muerte de Jesús. Lo cual manifiesta que Dios ya no se despoja nunca de la finitud, de lo humano. Desde ahora y por toda la eternidad, Dios es y seguirá siendo el Dios hecho hombre. Pag 396-397.

- ¿Cómo es el Dios que se revela, Padre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Cómo tendrá que ser Dios para asumir una existencia como esa? Dios es amor, el amor hace cosas incomprensibles. El amor es principio y creatividad. Cuando quien ama es Dios, ¿de qué no será capaz el amor? Por otra parte, Dios no es sólo el que ama, el verdadero amor, *Dios es Amor*, 1 Jn 4, 8. Lo que solemos llamar amor es sólo un reflejo desfigurado del Amor.

Si Dios es Amor, ¿por qué no derrama sin más su luz en el interior del hombre? ¿Por qué no irrumpe de una vez con su verdad, que sería su propia gloria y al mismo tiempo un don sublime y cautivador, capaz de infundir en el corazón humano un ansia ardiente de unión con ese mismo Dios? ¿Habría alguna razón para una existencia como la de Jesús? Si, el pecado. Pag 397-398.

- En Dios hay algo que la palabra *amor* es incapaz de transmitir, que sólo se puede expresar diciendo que *Dios es humilde*. La verdadera humildad no va de abajo arriba, sino de arriba abajo. No consiste en que el inferior reconozca la supremacía del superior, sino en que éste sepa inclinarse con respeto ante la inferioridad del otro. La humildad consiste ante todo en una actitud de la persona más importante que con profundo respeto se abaja hasta el nivel del inferior, del más débil. Precisamente al adoptar una actitud humilde uno se sentirá de un modo misterioso más seguro de su propio ser y tomará conciencia de que, con cuanta mayor audacia renuncia a sus cualidades personales, tanto mayor será la certeza de encontrarse a sí mismo.

¿Le deparará ese rebajamiento alguna recompensa? En su actitud de humillación descubrirá los tesoros que esconde el inferior, que tiene su propia valía y el valor en sí misma de la condición de inferioridad, que se revelará como un misterio insondable. El espíritu de Francisco de Asís, abierto a la iluminación de Dios, le impulsaba internamente a inclinarse ante la desgracia del pobre, como un misterio majestuoso, reproduciendo en su existencia el misterio mismo de Jesús. Es la realización de este misterio: *En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito*, Lc 10, 21, que revela que hasta la abyección humana más insignificante encierra tesoros de inestimable grandeza. Jesús lo expresó personalmente: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*, Mt 11, 29, y lavando los pies a sus discípulos para revelarles el misterio de la humildad, Jn 13, 4-ss. Pag 398-400.

- El eterno, excelso y todopoderoso se abaja hasta su criatura, una realidad ante él tan ínfima, que es prácticamente nada. Ya decía Dios: *Mis delicias están con los hijos de los hombres*, Pr 8, 31. Y Pablo descubre el misterio de humildad: *El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre;*

y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Flp 2,6-9. Esa es la humildad de Dios, su abajamiento ante lo que frente a él no es casi nada y la culminación de su gloria: ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?, Lc 24, 26. Pag 400-401.

- Dios ama desde la humildad. La humildad cristiana consiste en reproducir lo mejor posible esa actitud de Dios, asumiendo su condición no de señor, sino de criatura. Criatura pecadora en la presencia de ese Dios humilde. Es nuestra auténtica realidad. Cristo cargando con la cruz dice de sí mismo: *Y yo, gusano, que no hombre, vergüenza del vulgo, asco del pueblo, todos los que me ven de mí se mofan, tuercen los labios, menean la cabeza: Se confió a Yahveh, ¡pues que él le libre, que le salve, puesto que le ama!, Sal 22, 6-8.* Este es el fundamento más sólido de la humildad cristiana, que de aquí se extiende al resto de la creación. Humildad y amor no son virtudes degradantes. El hombre sólo puede ser humilde en la medida que logre descubrir su propia grandeza presente y futura, que le viene de la mano de Dios. Pag 401-402.

4. Destrucción de Jerusalén, fin del mundo

Mc 13, 1-8; 13, 14-37; Lc 19, 41-44; 21, 20-24. Pag 402-407.

- ¿Acaso no es la historia universal un *juicio* universal? Todos los acontecimientos de este mundo tienen sus propias consecuencias. Ningún impulso queda a medio realizar, todo discurre a su aire hasta las últimas consecuencias. Cuanto sucede es cumplimiento del pasado y, a la vez, preparación del futuro. Así que continuamente se está realizando una especie de *juicio*. Los efectos de determinadas acciones recaen más que en los auténticos responsables en la vida de generaciones futuras. La forma de ese *juicio* suele suponer una nueva injusticia, que revela el profundo desorden que caracteriza a la existencia humana. La historia es un interminable trenzado de causas, que son efectos de otras y efectos de nuevos desarrollos. Querer interpretarlo como juicio de Dios, supera la comprensión humana. La prosperidad de una época y su máximo esplendor pueden ser en realidad una verdadera catástrofe. Un infortunio, por el contrario, puede muy bien ser señal de predilección divina. Así ocurre en la vida del individuo, donde la enfermedad no tiene por qué ser castigo, ni la salud recompensa. Para interpretar el acontecer histórico desde los planes de Dios, él mismo tendrá que suscitar un profeta, que trasmita sus palabras. Pag 403-404.

- En la historia de la salvación surgen grandes figuras: Abrahán, Moisés, llamados por Dios, lo que supone una intervención de Dios en la historia. Se sanciona una alianza en la fe y promesa y más tarde en la ley y obediencia, que transcurren en eterna lucha entre el don de Dios y la infidelidad del pueblo, entre la revelación de Dios y la actitud del pueblo que la acepta o rechaza. Y cuando, por fin, llega el Mesías, al que toda la historia anterior hace referencia, el pueblo no entiende el significado de ese momento, *no comprende que le trae la salvación*, y lleva al colmo su desobediencia. Lo cual tendrá un castigo, la destrucción de Jerusalén. Pag 405-406.

- Jesús sabe que es el Mesías y trae la salvación. Es consciente de que sólo en él existe la posibilidad de visión religiosa y vivencia histórica alcancen su pleno cumplimiento. Sólo él puede hacer que las antiguas promesas sean realidad. Pero el pueblo se cierra y Jesús no puede, ni quiere imponer por la fuerza esa actitud, porque la apertura a la salvación debe nacer de la libertad. Por eso Jesús tiene que morir. Sólo después vendrá la reprobación del pueblo. Y así empieza la segunda parte de la historia de Israel: la diáspora con todas las calamidades que ha supuesto para Israel y otros pueblos. Pag 406.

- El *fin del mundo* del que habla Jesús no es efecto de causas naturales, igual que la destrucción de Jerusalén no obedece a una necesidad puramente histórica. Se concibe como castigo no inmanente al propio mundo, sino al *juicio* soberano de Dios. En el corazón de Dios se enciende la más terrible e inimaginable reacción contra el pecado, que las Escrituras definen como *cólera de Dios*. El arrepentimiento del pecado puede apagar esa cólera, Jon 3. Pero cuando se colme la medida de Dios, tendrá lugar el juicio. Pag 407-408.

- El mundo no es un simple dato, ni la auténtica realidad, existe únicamente por voluntad de su creador y puede desmoronarse cuando su creador lo desee. Su comienzo no fue un fenómeno natural, no se produjo a partir de materia eterna, de energía primordial, sino por acción libre de Dios. Es su creador y dueño. Eruditos y poderosos se reían cuando Dios les anunciaba por boca de sus profetas la desgracia que iba a caer sobre el pueblo y la ciudad. Se las daban de realistas e ilustrados, su razonamiento se basaba en los hechos y sus consecuencias. La palabra profética les parecía un desatino incómodo, peligroso, una extravagancia. Pero ese fin vendrá, no por causas naturales, sino por la intervención de Dios. Esa es la esencia de la fe. Pag 409-410.

- El *fin del mundo* llegará cuando el rechazo del Hijo de Dios traspase los límites establecidos, cuando se colme la medida de la cólera de Dios. La señal de esa catástrofe será el anuncio de la parusía, la proclamación de la segunda venida del Hijo del hombre. Él es la revelación, *el Primero y el Ultimo*, Ap 1, 17, en eso consiste la fe y es cuanto habrá que oponer a las pretensiones del mundo, aun sabiendo que la fe no puede justificarse a sí misma frente al mundo. La situación más dramática del cristiano es aceptar las pretensiones del mundo de suprimir las fórmulas y contenidos de la fe. Cada respuesta que dé la fe a una determinada cuestión tendrá su contrapartida en la respuesta del mundo. La fe no encontrará su plena justificación más que en el juicio. Por tanto el creyente sólo podrá reivindicar sus derechos frente al mundo después de la muerte. El cristiano deberá aceptar los sarcasmos contra la fe, que el mundo considera como consuelo de perdedores. Pag 410-411.

- Esa es la fe que tenemos que ejercitar junto con el temor de Dios. No deberíamos considerar el fin del mundo y el juicio de Dios como fenómenos lejanos, sino como posibilidad que no deja de acompañarnos en el camino de nuestra existencia terrena. No como mito lejano, sino amenaza siempre inminente del desbordamiento de la cólera de Dios. Vivimos abocados a la posibilidad de un juicio, como le ocurrió a Jerusalén y le sigue ocurriendo al mundo. Pag 411.

5. El juicio

Mt 25, 31-46. Pag 412.

- El hombre siempre ha sido consciente del profundo desorden, que marca su existencia: insensatez, injusticia, mendacidad, salvajismo. Paralelamente, siempre ha habido una sensación de que vendrá el día en que todo se ponga en orden y la existencia humana alcance su plenitud. Para algunos dicha clarificación vendrá de la propia historia humana, la humanidad por sí misma y por sus fuerzas intrínsecas se abrirá paso hacia una existencia de carácter divino. Pero la limpieza de miras sólo podrá venir de Dios y llegará precisamente cuando esta vida terrena llegue a su fin. Pag 413.

- No es corriente que la apariencia exterior de una persona revele el fondo de su personalidad. La mentira está instalada incluso en el interior del ser humano. En este caso, el juicio consiste en desvelar la mentira y sacar a la luz la auténtica realidad. El juicio podría significar la imposición de un equilibrio entre el razonamiento y el ser de modo que la realidad de cada persona correspondiera exactamente a los sentimientos, que alberga en su interior. El juicio podría suponer un ofrecimiento de ayuda contra los adversarios, la rehabilitación de un honor pisoteado, la liberación de las ataduras, la revitalización de las minusvalías, en una palabra, el pleno cumplimiento de las promesas divinas. El juicio significaría que la existencia ha llegado por fin a su plenitud, de modo que cada hombre pueda afirmar: *Ahora todo cobra sentido en mí. Todo resulta diáfano. En mí se ratifica todo lo positivo y se niega todo lo negativo. En mí todo ha llegado a su pleno cumplimiento.* Pag 413-415.

- Muchos textos de las Escrituras, sobre todo del Antiguo Testamento, apuntan en esta dirección. Pero no es eso lo que Jesús quiso decir. Para que se produzca ese juicio, lo único necesario es que la totalidad de lo real se abra plenamente a la presencia de Dios, es decir, que caigan todas las barreras de la existencia humana, que se corran todos los velos, que cesen todas las constricciones y todo quede invadido por la claridad de Dios. Entonces todo se pondrá en su sitio y llegará a su consumada perfección. Ese juicio no será una acción de la eterna providencia divina, sino un hecho de su intervención en la historia, el último del que tengamos noticia. Después vendrá la eternidad, donde no habrá más actuaciones, sino que todo será pura existencia y plenitud sin término. Y quien vendrá de esa manera será Cristo en persona. Pag 415.

- Al principio el pueblo aceptó a Jesús con enorme entusiasmo, pero se ha ido alejando poco a poco de él. Y la catástrofe se presenta a pasos agigantados. Jesús clama: un día volveré, vendré desde la eternidad, escudriñaré hasta lo más profundo del corazón del hombre, evaluaré sus méritos ante Dios y enviaré a todos a su destino por toda la eternidad. El rasero para medir será el amor a él en el pobre y desvalido. *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, nadie va al Padre, sino por Mí,* Jn 14, 6. Esta conciencia de Jesús escapa a nuestra comprensión, sus palabras son auténtica revelación que trastoca nuestras categorías humanas y se manifiesta Dios y su verdadero ser. Pag 415-416.

- La palabra de Jesús desvela un nuevo aspecto, que implica el tema de la salvación. En cada persona está él mismo, lo que hacemos a esa persona lo hacemos a Jesús. El Señor se convierte en nuestro hermano. Es más, llega al extremo de cargar con nuestros pecados, se hace defensor de cada uno de nosotros y hace suyas nuestras debilidades. Por tanto, lo que sucede a cada hombre no se queda en él mismo, sino que trasciende su debilidad y llega a Jesús, donde alcanza auténtico sentido. El bien que se hace a una persona redunda en Jesús y en él cobra valor de eternidad. Las Escrituras lo llaman *recompensa*. Y el mal hecho en una persona también redunda en Jesús, que determinará cómo habrá de ser expiado por toda la eternidad, si con perdón o castigo según la sanción justa de su sacrosanta verdad. Pablo expresó muy bien este misterio: *no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*, Ga 2, 20. En cada persona, en cada destino individual, siempre está Jesús para proporcionar a todos y cada uno dimensión de eternidad. Pag 416-417.

- Cuanto el hombre es y tiene será sometido a juicio. El baremo será la justicia y la verdad. La medida más exacta será en el amor: amor al prójimo, que en realidad es al propio Jesús. La fecha del juicio no la sabe nadie, está reservado al Padre y su designio soberano, pero vendrá de repente, en el sentido de pronto, no como inesperada catástrofe, ni como imprevisto en relación a previsible. El mundo no ofrecerá ningún indicio de su cercanía. La segunda venida de Cristo será la última intervención de Dios en este mundo, la cual desbordará todos sus cálculos. El mundo deberá estar siempre abierto a los ojos de Dios. Su venida será siempre una amenaza inminente. Pag 418-419.

6. Aquí estoy, Dios mío, para hacer tu voluntad

Hb 10, 9. Pag 418-419.

- Grupos político-religiosos en tiempos de Jesús.

Fariseos: El grupo más fuerte y de mayor iniciativa social, representantes de la conciencia histórica del judaísmo. Se dieron cuenta que la salvación que predicaba Jesús se oponía directamente a sus principios y ambiciosas pretensiones.

Saduceos. Cosmopolitas, que prescindían de cualquier tipo de vinculación histórica del judaísmo. De formación marcadamente helenista, tenían inquietudes intelectuales y amplia gama de intereses, con el solo fin de gozar de la vida. Su ideario político era de orientación internacional y carácter más bien conciliador. En lo intelectual eran racionalistas, incluso escépticos. Su enfrentamiento con Jesús fue tardío y a propósito de la resurrección.

Pueblo. Su postura respecto de Jesús era similar a la de los fariseos. Es verdad que la gente le llevaba enfermos, le exponía sus angustias, escuchaba sus discursos, se entusiasmaba con sus milagros, pero nunca tomó partido por él, se mantuvo ambigua, se dejaba arrastrar por los influjos de la voz cantante de cada momento.

Herodes. Estaba abierto a cualquier fenómeno religioso, pero era un diplomático muy astuto, en tal sentido le califica Jesús: *Id a decir a ese zorro*, Lc 13, 32.

Roma. El verdadero poder que dominaba en Palestina era el del procurador romano, con el que no tuvo relación Jesús.

En este mundo proclama Jesús su mensaje, realiza los milagros, que le plantea la miseria humana y los que derivan de la exigencia del momento. Allí resuenan sus palabras exhortativas, su llamada a la conversión, sus denuncias. Quiere dejar claro que ya está en puertas de una realidad trascendente, despertar la conciencia de que ha llegado la hora. El reino de Dios ya está a las puertas de la historia y pugna por abrirse paso. Dios se ha puesto en pie, el fruto está maduro. ¡Abríos a la plenitud, entrad en una vida nueva, seguidme sin indecisiones! Pag 419-421.

- Jesús se empeña a fondo sin escatimar energías. Con su amor sin límites va al encuentro del hombre. Olvidado de sí mismo, no repara en sus gustos o comodidad personal, miedos, ni falsos respetos. Jesús se presenta incondicionalmente como el heraldo de la buena noticia, de la palabra absoluta de Dios en plena y perfecta unidad con ella. La palabra de Dios no le abruma, ni le aplasta. Él es esa palabra. Está ansioso por cumplir su misión: *he venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido! Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!*, Lc 12, 49-50. Refiere la misión, no como carga de mandato impuesto, sino desde la gozosa realización de su libertad personal. Tiene enemigos, pero no los considera tales. Jesús se enfrenta de veras con la situación del mundo y Satanás, que aviva esa situación de enemistad y enfrentamiento con Dios. Pag 421-422.

- El único modo de conocer más profundamente la personalidad del Señor es contemplar su actividad y conducta desde una perspectiva ajena a los parámetros de este mundo. Jesús desarrolla una frenética actividad de palabra y obra, estalla la crisis en Jerusalén y Galilea y se toma la decisión de acabar con él. Jesús, con la serenidad de una decisión puramente personal se pone en camino a Jerusalén. Lo cual, como él mismo no se cansa de repetir, equivale a afrontar su propia muerte. Los hechos *tuvieron que suceder* de ese modo. Pero la *necesidad* proviene de algo más profundo de lo que muestra la percepción de motivos y las causas permiten conocer. En realidad las cosas no deberían haber sucedido así. Pero el hecho de haberse producido de ese modo concreto obedece a una interacción de la culpabilidad humana y de la voluntad divina, que nosotros no podemos desenmarañar. Pag 422-423.

- Jesús proclama la verdad con toda fuerza y encarecimiento, pero nunca con la particular insistencia, que se podría esperar de él. Actúa de modo que carece de toda ambición, reviste una tonalidad apodíctica y hasta provocativa. Podría haber atacado el flanco débil de sus enemigos, enfrentando a unos con otros. No le faltaba capacidad para obrar de tal modo. Pero no actuó así porque contradecía sus objetivos. Jesús, al darse cuenta que no había solución humana, apostó fuerte por el *éxito del fracaso*, por la concepción mística de una plenitud operada en Dios, con la esperanza de que su muerte produciría una transformación de toda la realidad terrena. Pag 424-425.

- La actitud de Jesús es de una serenidad imperturbable. Dice lo que tiene que decir, con toda crudeza y absoluta objetividad. No de manera efectista, sino

como lo pide la necesidad intrínseca del momento. No ataca, pero tampoco huye la confrontación. No *espera* nada de lo que cabría esperar desde una perspectiva puramente humana. Por eso no conoce el miedo. Cuando leemos *y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, donde pasó la noche*, Mt 21, 17, con sus amigos, no se trata de una huida, sino de un mero aplazamiento del desenlace, porque es consciente de que aún no ha llegado su hora. En su espíritu Jesús no alberga ningún temor por valentía natural y porque el verdadero centro de su existencia está más allá de lo que puede ser objeto de temor. Por eso, tampoco se le puede llamar *audaz* en el sentido humano. Jesús es, sencillamente, una persona libre; totalmente libre para hacer lo que hay que hacer en cada momento. Pero lo decisivo es que Jesús lo hace con serenidad y dignidad extraordinarias. Pag 425-426.

- La voluntad de Dios se cumple, Jesús acepta esa voluntad. Pero la acción del hombre se alza contra la voluntad de Dios. Entonces surge el segundo pecado de la humanidad, el segundo pecado original. Un pecado que cometen todos los hombres aquí y ahora, que afecta solidariamente a toda la raza humana. Ahora bien, en el hecho mismo de producirse, este pecado configura la forma en que la voluntad salvífica del Padre llegará a pleno cumplimiento. Y la voluntad de Jesús coincide perfectamente con la de su Padre. Esa es la actitud que expresa Pablo: *He aquí que vengo a hacer tu voluntad*, Hb 10, 9. Pag 426.

7. Judas

Mt 26, 3-5 y 14; Jn 12, 1-6; 13, 21-30; 18, 1-3; Mt 26, 48-50; Lc 22, 48; Mt 26, 50; Mt 27, 1-8. Pag 427-429.

- Jamás debió suceder que el Señor fuera vendido por uno de los suyos. ¿Cómo pudo ocurrir semejante cosa? El proceso de Judas pudo tener varias alternativas.

En primer lugar, sintió realmente el llamamiento de Jesús al que reconoció como Mesías y quizás como Hijo de Dios. Pero no logró arrancarse de su corazón la semilla del mal, permaneció en su avidez y vendió a su Maestro por desmesurada avaricia.

En segundo lugar, Judas habría sido una persona muy sensible, bien conocedora de las profundidades de la existencia humana. Tenía fe en el Mesías y abrigaba la firme convicción de que restablecería el reino de Israel.

Hay que suponer que Judas se vinculó con Jesús con sincera disposición de creer en él y seguirle. En caso contrario, Jesús no le habría elegido y no hay indicio de que el Señor tuviera recelos o desconfianza con Judas. Pag 429-430.

- La tradición evangélica de Juan pone énfasis en su ambición de dinero. Sin embargo, en el corazón de Judas tuvo que existir por necesidad un poso de insondable vileza. Si no, ¿cómo hubiera podido llegar tan bajo, hasta el punto de consumir su traición con un beso, símbolo de paz? No sabemos cuándo empezó ese proceso de declive, quizás en Cafarnaúm, cuando a sus seguidores les resultó *intolerable* la promesa de la eucaristía, e incluso algunos discípulos le abandonaron, Jn 6. El hecho de que Judas no se retirara en aquel momento y permaneciera en el grupo de los Doce, fue el comienzo de su traición. ¿Por qué se quedó? Quizá con la esperanza de superar sus recelos o

por curiosidad por ver cómo cavarían las cosas. Poco después se celebró en Betania aquel banquete, en el que Judas expresó su indignación por el derroche del dispendio amoroso de María. Pag 431-432.

- En el caso de Judas, vivir al lado del Hijo de Dios puede ser una insensatez, incluso llegar a ser un demonio: *¿No os he elegido yo a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un diablo*, Jn 6, 70, porque Jesús, desde su nacimiento, como profetizó Simeón a María: *está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción*, Lc 2, 34. La situación anímica de Judas debió ser intolerable. Si ya es difícil aguantar dignamente, perdonar la superioridad de una persona cuando se es inferior, ¿cómo habrá de sentirse ante la superioridad de orden religioso, de una víctima divina como el Redentor? Si no existe una sincera disponibilidad de la fe y amor para reconocer en esa santidad extraordinaria el principio y medida de todo bien, todo resultará envenenado.

En el interior de esa persona toma forma una péfida agresividad contra la poderosa figura que se le presenta. Surge y va creciendo cada vez con más inquina una crítica mordaz a las palabras y acciones del personaje hasta acabar en verdadero odio. Su presencia resulta intolerable, sus gestos provocan profunda obcecación, hasta el tono de su voz chirría en sus oídos. Así, Judas progresivamente se convirtió en aliado natural de los enemigos de Jesús, hasta el punto de ver en su Maestro un auténtico peligro de Israel. Afloró una explosión de odio contra la insoportable dignidad de Jesús. La vieja tentación del dinero volvió a fascinarle. Pag 432-433.

- Los jefes del judaísmo pretendían capturar a Jesús con la mayor discreción posible. Judas, que estaba familiarizado con las costumbres de Jesús, podía indicarles el lugar más apropiado para prenderle sin tumulto. El *bocado*, que Jesús dio a Judas no fue la eucaristía, pues éste no estuvo presente en la institución del *misterio de la fe*. Este último detalle de Jesús fue la ruptura entre Maestro y discípulo y endureció definitivamente la actitud de Judas. Así es como entró en él Satanás.

A la acción depravada siguió el arrepentimiento. Judas se vio abrumado por todo lo que había perdido. Pero no fue el único que se movió en el ámbito de la traición. Pedro le negó tres veces muy conscientemente. Los demás discípulos se desbandaron, cumpliéndose las Escrituras: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño*, Mt 26, 31, (Za 13, 7). En la traición de Judas se hizo realidad con todo su dramatismo lo que siempre había bullido en torno a Jesús como posibilidad remota. Pag 434-435.

- La tentación de traicionar a Dios nos ronda a todos de un modo insidioso. Pero, ¿qué podría traicionar yo, sino lo que se ha confiado a mi lealtad? ¿Qué significa eso en relación con Dios? Dios no se ha revelado sólo en la enseñanza de unas verdades o en la imposición de ciertos mandatos con sus respectivas consecuencias, sino que se ha manifestado en persona. Su verdad y voluntad están en él mismo. Al que presta atención Dios le comunica su propia fuerza, de modo que el oyente no recibe sólo una palabra, sino a la persona misma del *Consagrado de Dios*. Escuchar a Dios es abrirse a él. Creer a Dios es *aceptarlo con lealtad*. El Dios en quien nosotros creemos es un Dios, que viene y entra en nuestro interior, se somete al dominio de nuestro espíritu y

corazón. Es un Dios que cuenta con la lealtad de nuestro corazón y la dignidad de nuestro espíritu. Dios viene al mundo indefenso sin palabra con paciencia infinita: *se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre*, Flp 2, 7

¿No es verdad que en nuestra vida hemos abandonado muchas veces a Dios por simples frivolidades, satisfacciones pasajeras, míseros beneficios, sensación de seguridad, explosiones de odio o venganzas premeditadas? Pongámoslo en la balanza con las treinta monedas de plata y la figura de Judas nos desenmascara a nosotros mismos. El endurecimiento en una actitud de traición se apodera absolutamente del corazón del hombre y no le deja ninguna vía de escape hacia el arrepentimiento, ¡eso es Judas! Pag 435-436.

8. La última convivencia

Lc 22, 7-13. Pag 437.

- Para los adversarios de Jesús, decididos a acabar con él a toda costa, ese tiempo tuvo que ser una tensión insoportable. Mientras que para el Señor, que sólo esperaba la hora fijada por su Padre, debió de tratarse de un período de profunda e inescrutable preparación interior. El viernes era el día solemne de la Preparación de la Pascua. Jesús consciente de que ya no celebraría la fiesta, adelanta su propia celebración al jueves. Antes se presentó *señor del sábado*, Mt 12, 8, y ahora *señor de la Pascua*, Lc 12, 27, 13.

La narración discurre en la misma tesitura profética que la entrada de Jerusalén. Todo sucede según las instrucciones recibidas. Se supone que la casa pertenecía a Marcos, futuro evangelista, lugar de reunión habitual tras la muerte del Maestro y donde recibieron el Espíritu Santo en Pentecostés. Al caer de la tarde Jesús llega a casa con los Doce, con quienes convivía plenamente. En la intimidad de dicha convivencia se fundían el aspecto humano, espiritual, personal y religioso. Pag 436-438.

- La actitud de Jesús con los suyos es la de quien conoce la realidad. Los discípulos parecen desconcertados, inmaduros, ausentes, no siguen la onda del Maestro y las razones por las que realiza de manera concreta cada ceremonia. Incluso la personalidad de Jesús les resulta un enigma indescifrable. Sólo Jesús entiende la realidad.

En Getsemaní Jesús pide una mínima comprensión, que no llega, *¿no habéis podido velar una hora conmigo?*, Mt 26, 40. Parece que no hay comunicación entre Maestro y discípulos. No están *con él*, sino *frente a él*, presos de una invencible perplejidad. Jesús está completamente sólo. Al final de la cena se esfuma literalmente todo su entorno, hasta el punto de que en esa espléndida difusión de su espíritu, la *oración sacerdotal*, Jn 17, Jesús habla con su Padre en total aislamiento de cuanto le rodea.

La postura de Jesús no encierra una fría y distante superioridad, desborda amor. Hace realidad lo que había prometido en Cafarnaúm y les muestra ese misterio de entrega y unidad, tan grande que entonces resultaba incomprensible. Es *su testamento, su mandato*, el mandato del amor, grabado una vez más en los corazones en esta hora suprema, Lc 22, 20; Jn 13, 15. Pag 438-439.

- El pan que Jesús ofrece a Judas no es la eucaristía. Es una muestra de deferencia con que el anfitrión solía obsequiar a alguno de los comensales, mojando en la salsa hierbas o pan, que luego ofrecía a su invitado: *en cuanto tomó Judas el bocado, salió. Era de noche.* Jn 13, 30. La eucaristía es la perpetua presencia de la muerte de Jesús para salvación de la humanidad. *Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos,* Jn 15, 13. Pag 440.

- Jesús es *uno de nosotros* en el sentido sobrenatural de *Hijo del hombre*. Es, al mismo tiempo, nuestro hermano y salvador, pero tiene sus raíces inaccesibles a los demás. De ahí que en la hora suprema del amor, en el momento de su despedida, proclame abiertamente su plena identidad con el Padre del cielo y el Espíritu, que él mismo va a enviar.

Jesús no fue un ser perfecto. Desde la perspectiva de su naturaleza humana no llegó a la perfección, es más, fue un fracasado. Tal es el misterio incomprensible de su destino de víctima sacrificial. Nada hay en su vida que haga referencia a la perfección. El *todo está cumplido*, Jn 19, 30, no implica perfección, sino que se ha cumplido plenamente la voluntad del Padre. Pag 443-444.

- En torno a Sócrates a punto de beber la cicuta flotaba un ambiente mágico, mezcla de dolor, alegría, despedida, la sensación de que algo se abría a la eternidad, la tristeza por la pérdida inevitable y la seguridad de una unión indestructible. El momento era sublime y se comprende perfectamente.

La muerte de Buda fue la culminación de un proceso de perfeccionamiento, la apertura de una puerta accesible a todo el que se sienta con ánimos de atravesarla.

El caso de Jesús es totalmente distinto. La inminencia de su muerte desata un potencial capaz de sostener y llevar a término cualquier empresa, porque ahí late un corazón, que ha decidido asumir la infinitud de la culpabilidad humana y la inmensidad del dolor universal.

9. El lavatorio de los pies

Jn 13, 1-19. Pag 447.

- Dios se hace presente en Jesús en el amor y en la humildad, que no brota del hombre, ya que sus caminos no van de abajo hacia arriba, sino que desciende de lo alto. La verdadera humildad se produce cuando el superior se inclina ante el inferior porque percibe en él una dignidad llena de misterio. La humildad nace en Dios y se proyecta hacia la criatura. ¡Ahí está el gran misterio! La encarnación de Jesús es la humildad más radical. Y sólo de ahí surge la humildad humana. Veamos su dimensión más profunda.

Encarnación, *Κενοσις*, vaciamiento, anonadamiento: *Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre,* Flp 2, 6-7.

Precio de la redención: *sabiendo que habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con*

una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo, 1 P 1, 18-19. Pag 449-451.

- La nada admite muchas variedades:

Dios creó el mundo *de la nada*. Dios era todo y fuera de Dios no había nada. Era la *pura no existencia* de cualquier cosa. Por tanto, la plena realización del hombre consiste en someterse libremente a la voluntad de Dios y obedecer sus preceptos. Cuando el hombre pecó, dejó de ser la misma criatura de antes. Fue *culpable* y puso en entredicho el fundamento de *su ser*. El sentido profundo de su existencia era vivir orientado a Dios, pero en lugar de ello se apartó de él. Desde entonces, su existencia se convirtió en un progresivo alejamiento de Dios, abocado irremediabilmente a la *nada*, pero no a la *nada del no existir*, sino a la *nada de su propia destrucción* por causa del mal. Pero esta destrucción nunca podrá ser total, porque el hombre no tiene capacidad para crearse a sí mismo o aniquilar su existencia de pecado. Además, ese aniquilamiento se convierte en una meta, a la que tiende incesantemente el movimiento de su ser.

La redención obligó a Dios a llegar hasta el extremo infinitamente lejano y espantoso del propio aniquilamiento. *Dios se vació y anonadó a sí mismo*. Su entrega al vacío de la nada, aunque no en su propia realidad ontológica: *el que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará*, Mt 10, 39, constituye la esencia del sacrificio. El hecho de que fuera el Hijo de Dios, hecho hombre, el que asumió el sacrificio, constituye el significado profundo de esta escena en la que Jesús, consciente de su condición de Maestro y Señor, realiza un servicio de esclavo, lavando los pies a sus discípulos. Esta es *la nada*, que supera y elimina el movimiento de degradación, que alejaba al hombre de Dios. De esa *nada* surge una *segunda creación*, la creación del hombre orientado a Dios, nuevo, renovado y santificado por la gracia. Por tanto, el sacrificio cristiano y la actitud de humildad no brotan de la capacidad humana, proceden de Dios. *La virtud divina* de sacrificio sirve de modelo al sacrificio cristiano. Pag 451-452.

- Todos los cristianos se verán ante la radicalidad de esta exigencia, deberán estar dispuesto a asumir la negación de sí mismos, que para el mundo es una locura, para el sentimiento un peso intolerable y para la razón un desatino. En el sufrimiento, deshonor, pérdida de seres queridos o fracasos de proyectos personales se decide realmente el ser cristiano de cada individuo, su inmersión en esas profundidades tenebrosas, que constituyen su auténtica participación en el misterio de Cristo.

Ser cristiano consiste en reproducir lo más fielmente posible la existencia misma de Cristo. Sólo de ahí brota la paz: *os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo*, Jn 14, 27. La verdadera paz resulta de vivir a fondo el compromiso cristiano, mientras que las medias tintas no producen más que desasosiego. Por lo cual, hay que frenar esa *continua tendencia a la nada*, que es fruto del pecado. En nuestra medida tendremos que sumergirnos en el profundo anonadamiento que marcó la entera vida de Cristo y que apuró hasta las heces, como rubrica en: *todo está cumplido*, Jn 19, 30. De ese incansable cumplimiento de la voluntad del Padre brota una infinita corriente de paz, que a través de Jesús, llega también a nuestros corazones mediante la inserción activa en la insondable profundidad de su misterio. Pag 452-453.

10. *Mysterium fidei*

Ex 12, 1-14; Lc 22, 15-20; Mt 26, 26-27; 1 Co 11, 23-26; Jn 15, 1-10. Pag 454-461.

- El banquete que conmemoraba la vieja alianza de Dios con Israel, le sirvió a Jesús para instaurar la Nueva Alianza, el misterio fundamental de la fe cristiana. Pero la instauración del tiempo nuevo apunta al futuro, al día enigmático en que Jesús celebrará con los suyos el verdadero banquete: *os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre*, Mt 26, 29.

En esta ocasión Jesús no se atuvo estrictamente a las prescripciones rituales. Anticipar al jueves la celebración del viernes suponía una ruptura con la tradición. Pero Jesús, que se presentó como *señor del sábado*, Lc 6, 5, se presenta ahora como *señor de la Pascua*. Y en efecto, durante la cena surgió algo de significado incomparablemente más profundo. Pag 454-456.

- Antes de preguntarnos por su significado, tendremos que determinar cómo interpretarlas: tal como suena, en su sentido más literal. El texto significa exactamente lo que dice. Cualquier intento de interpretarlo lo desvirtuaría. Cuando Jesús pronunció esas palabras y realizó esos gestos sabía muy bien que se trataba de una realidad de orden divino, su intención era que sus discípulos entendieran sus palabras y se expresó en términos acordes con esa voluntad. No tenía delante un auditorio de filósofos del siglo XIX o XX, sino un puñado de hombres de su tiempo, hombres de la antigüedad, cuya comprensión dependía de lo que les entraba por los sentidos. El ambiente cáltico, que invadía todo su mundo, les había acostumbrado a leer los símbolos y a percibir la verdad, que se encerraba en determinados gestos. Pag 457-458.

- El banquete familiar o comunitario era una celebración cáltica, que conmemoraba la acción expiatoria, que había tenido lugar en Egipto, cuando se inmoló un ser vivo, cuya sangre se convirtió en símbolo de la liberación del pueblo de Israel. En esta atmósfera se desarrolla la celebración de Jesús. *Tomad y comed. Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros*. Sobre esa mesa había estado la carne inmolada del cordero pascual, comida de la antigua alianza. Así que los presentes no podían menos de interpretar las palabras de Jesús en el mismo sentido, es decir, como una realidad cáltica y misteriosa, pero realidad. E igual que antes había bendecido y distribuido entre los suyos la copa de la antigua alianza, en la que el vino recordaba la sangre de la víctima sacrificial, Jesús dice ahora: *Bebed todos de ella, porque esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, derramada por vosotros*. Si el sello de la antigua alianza había sido la sangre del cordero pascual y la de los sacrificios inmolados en el Sinaí, ahora la Nueva Alianza queda sellada en la propia sangre de Jesús.

Los discípulos no entendieron lo que hacía su Maestro, pero no lo interpretaron como mero símbolo de comunión y entrega o recuerdo de una protección espiritual, sino que lo relacionaron con lo que en otro tiempo había sucedido en Egipto, con el cordero, que acababan de consumir en la cena común y con los sacrificios que diariamente se ofrecían en el templo. Pag 458-459.

- Cuando un hombre realiza una acción, ésta se inscribe en el campo de la historia. Toda acción humana es hija de su tiempo, de modo que cuando pasa, se convierte en patrimonio del pasado. Jesús era Hijo de Dios y su decisión no procedía sólo de su decisión humana, esclava del tiempo, sino también de su voluntad divina, transida de eternidad. Por tanto, su acción no estaba sometida a la caducidad de lo transitorio, pertenecía, a la vez, al ámbito de lo eterno.

Se había consumado la traición y Jesús se enfrentaba a la consumación de su trágico destino, al que se había entregado en lo más íntimo de su ser. Cuando Jesús pronuncia sus palabras sobre el pan y la copa, en su acción y palabra está él mismo, entregado por amor a la consumación de su destino. Lo cual ocurre en la cena pascual e inaugura e instaura un rito que habrá de tener continuidad en el futuro, porque es su voluntad: *haced esto en conmemoración mía*. Por tanto, cada vez que los comisionados realicen esta acción se hará presente el mismo misterio.

El acontecimiento de la Pasión de Cristo, con dimensión de eternidad, se hace presente en la celebración litúrgica de manera tan completa que hay que afirmar que *eso es su cuerpo, ésa es su sangre, es él mismo en su muerte con su inmenso valor expiatorio*. Toda celebración litúrgica es *conmemoración*, establecida por Dios. No se trata de una actualización sagrada de lo sucedido en otro tiempo y repetido ahora por la comunidad creyente, sino de una conmemoración de carácter divino, cuya relevancia se puede equiparar a la del único pasaje en el que se nos trasmite una realidad semejante: el conocimiento Creador del Padre, cuyo fruto eterno es la vida personal del Hijo, Jn 1, 1-2. Pag 459-460.

- ¿Qué es la eucaristía? Es el propio Cristo, que se os entrega en persona, la pasión y muerte del Señor en su desnuda y eterna realidad, que se nos muestra de tal forma y entrega de tal modo que sólo de ella puede vivir nuestra experiencia creyente, como nuestro cuerpo vive y se nutre de alimento y bebida materiales. La forma y medida de lo que pueda proceder de él como *plenitud de su amor*, sólo las fija el propio Dios. La institución de la eucaristía es también revelación. Manifiesta cómo debe ser la relación entre el creyente y la persona de Cristo: relación que no se agote en la mera presencia, sino que cree verdadera inmanencia. El cristiano no debe estar *ante* el Señor, sino *en él, en Cristo*. Así lo pide el mismo Jesús en su despedida con la parábola de la vid y los sarmientos, Jn 15, 1-10.

Algunos textos evangélicos *ad hoc*:

No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí, Ga 2, 20.

Jesús es la vida. En el Hombre Dios surge de la raíz misma de la divinidad la nueva vida, en la que habrán de participar cuantos crean en él. La vida, que en sentido estricto proviene de *nosotros*, está abocada a la muerte; desvinculada de Dios se precipita irremisiblemente a la nada. En cambio, la vida que brota de la eternidad de Dios y se eleva hacia esa misma eternidad es la vida de Cristo. Y a nosotros se nos ha concedido participar en ella por medio del pan y la palabra, por el hecho de comer el cuerpo de Cristo y creer en él: *Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás*, Jn 11, 25-26.

Así, como sarmientos que somos, participamos de la vid, crecemos por la virtud de su savia, que se hace nuestra, nos hace productivos, Jn 15, 1-6.

Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo. En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre, Jn 6, 51 y 53-58. Palabras, que pueden producir indignación cuando el corazón no se abre de par en par a la llamada de la fe. Pero cuando se abre a la fe, confesará con Pedro: *Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna,* Jn 6, 68, o con el padre del muchacho poseído: *¡Creo, ayuda a mi poca fe!,* Mc 9, 24. Pag 460-462.

- Pero la eucaristía también está en clave de futuro: *os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios,* Lc 22, 18, *pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga,* 1 Co 11, 26.

Se atisba la imagen de un banquete que el propio Jesús celebrará con los suyos cuando se manifieste en el Reino de Dios. Entonces el Señor beberá del fruto de la vid en compañía de los suyos. Se percibe aquí el mismo misterio que encierran aquellas palabras de Jesús: *si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él,* Jn 14, 23. Pag 462.

11. La oración sacerdotal

Jn 13, 33-38; 16, 25-32; 17, 1-26. Pag 463-467.

- *Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré,* Jn 16, 7. Irse significa morir. Ha habido muchos personajes ilustres, cuyo significado real sólo se ha comprendido en todo su valor después de la muerte, cuando caen los velos de la cercanía inmediata y se esfuman las miserias de la cotidianidad y las flaquezas demasiado humanas de la existencia.

Os conviene que yo me vaya no se explica desde la psicología humana, sino desde el misterio inefable de Jn 1, donde se insinúa que si no se reconoció a Jesús en vida, fue porque los hombres vivían en tinieblas. Las tinieblas dominaban también el corazón de los que deseaban abrirse a él. Los apóstoles estaban tan cegados que el Espíritu no podía venir directamente a ellos. Antes, por incomprensible necesidad, Jesús tenía que pasar por el trance de la muerte. Pag 464-465.

- En la celebración de la pascua, la cena empezó con la recitación de la primera parte del Gran Hallel, Sal 113-118. Pero Jesús, en vez de empezar con la segunda parte del Gran Hallel, alzando los ojos al cielo, dijo: *Padre, ha*

llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti ..., Jn 17. Los temas no siguen una estructura lógica de causalidad o consecuencia, sino que se entrelazan y mezclan espontáneamente. Surge una idea y desaparece, viene otra que, a su vez, se esfuma, para dar paso a la precedente. La motivación de los temas y su lógica vinculación unitaria no aparecen en la estructura textual de superficie, hay que buscarlas en las estructuras profundas del propio texto. Cuando surge la primera idea no adquiere un desarrollo coherente, ni se sacan todas sus consecuencias, sino que de pronto explota una especie de realidad esencial, una verdad, un tumulto de sensaciones arrebatadoras que pugnan por expresarse, pero que sucumben y vuelven a aflorar de nuevo. Es como el embate de un mar embravecido, flujo y reflujo de mareas. La verdadera raíz de donde brota ese despliegue y el punto hacia el que todo converge es la viviente unidad divino-humana del espíritu y corazón de Jesús. Detrás de cada idea hay que sumergirse en los sentimientos más inexpresables que laten en su interior y comprobar cómo resuenan en cada una de las consideraciones expuestas. Pidámoslo a Dios: *Abre mis ojos para que contemple las maravillas de tu ley*, Sal 119, 18. Pag 465-466.

- Jesús sabe que *ha llegado su hora*, su muerte, de modo que la gloria tendrá que manifestarse en su muerte. El hecho de que Jesús vaya a la muerte constituye la verdadera gloria, como también su resurrección de entre los muertos con el esplendor de un ser transfigurado. *En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron*, Jn 1, 10-11. Jesús era *la Palabra*, que hablaba por su propia personalidad y doctrina, pero su mensaje no encontró oídos abiertos a la escucha, por lo que quedó en el vacío. Quiso transmitir a los hombres una llamada a la unión con la vida divina para constituir ese inefable *nosotros*, que tantas veces resuena en la oración sacerdotal, pero los hombres se negaron a escucharlo. Por tanto, el heraldo del amor se vio abocado a una indescriptible soledad, a un pavoroso y mudo vacío. El reducido grupo de los suyos le abandona. Los hombres se vuelven contra él. Surge la confabulación del escándalo: Herodes, Pilato, fariseos, saduceos, autoridades y pueblo, judíos y romanos hacen frente común. El torbellino arrastra a Judas, uno de los suyos, y está a punto de engullir a los demás, si no fuera porque Jesús oró por ellos: *¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos*, Lc 22, 31-32. Pag 466-468.

- En ese abandono interior Jesús vuelve su mirada hacia el punto donde radica la unidad, que no conoce divisiones, el ámbito en el que el Padre manda y el Hijo obedece, en el que el Hijo *da de lo suyo* y el Espíritu lo toma y hace fructificar en el corazón humano, en el que reside ese *nosotros* de la divinidad, que llena todo el capítulo de Juan y manifiesta la unión de Jesús con el Padre en el Espíritu Santo. Ahí radica la seguridad de Jesús, esa es la fuente de su paz interior y de ahí brota la unidad y fuerza contra la que nadie puede atentar. Pag 468.

- Jesús dice al Padre que él ha cumplido plenamente su voluntad. Aquí, en la tierra ha glorificado al Padre llevando a cabo la obra que él mismo le había encomendado. Jesús está en lo cierto cuando dice que ha cumplido su misión,

lo dice aquí y en su último suspiro, Jn 19, 30. Sin embargo, humanamente todo ha sido un estrepitoso fracaso. Jesús ha vivido en perfecta obediencia al Padre, ha predicado la palabra, ha proclamado el mensaje, ha instaurado el Reino de Dios en el mundo. Esa era su obra, no importa cuál haya sido la respuesta de los hombres. El mensaje ha sido proclamado y sus ecos no se extinguirán jamás, hasta el día del juicio seguirá llamando al corazón del hombre. El Reino de Dios queda instaurado y *está* siempre cerca, un Reino siempre dispuesto a hacerse realidad en el tiempo, donde quiera que despunte una brizna de fe: *convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos*, Mt 3, 2. Jesús será siempre *el Camino, la Verdad y la Vida*, Jn 14, 6. Es irreversible que Cristo habitará permanentemente en este mundo. La misión se ha cumplido y el Padre ha sido glorificado.

Duras palabras: *por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos*, Jn 17, 9. Los que el Padre no confíe al Hijo se quedarán fuera. Tenemos que persuadirnos en lo más profundo de nuestro corazón que somos pecadores y perdidos. Pero nadie puede impedir que me dirija a Dios: *Señor, que sea voluntad tuya que yo salga elegido, yo, los míos y todos los hombres, mis hermanos, que pertenezcamos al grupo de los que tu Hijo no ha perdido*. Consideraciones y peticiones que no pertenecen al orden del mundo, sino al de la gracia y amor de Dios. Judas se perdió, Pedro le negó tres veces, todos los apóstoles se dispersaron y si no le abandonaron definitivamente fue por la gracia, que redundaba en gloria del Padre. Duras palabras, sí, que son un aviso de que hasta los más allegados pueden perderse. Pag 468-470.

- Cuanto Jesús les ha comunicado permanece en ellos como semilla, que no sabe lo que lleva dentro. Cuando después de la ascensión del Señor venga el Espíritu germinará esa semilla, crecerá y fructificará. Entonces, la voluntad y capacidad de comprensión de los apóstoles cobrará fuerza y crecerá a la par con esa chispa divina, que el Señor depositó en sus corazones y se identificarán con ella. Se encenderá su fe, darán testimonio, aun sin saber cómo han llegado a ser partícipes de esa gracia que les conducirá sanos y salvos sobre el horror de las tinieblas. Pag 471.

- Entonces se desvelará el misterio de la indescriptible unidad, ese sacrosanto *nosotros*, que expresa la unión del Padre con el Hijo y del Hijo con el Padre, unidos en el amor del Espíritu. Una vida, una verdad, un amor. Y en el interior de esa unidad serán introducidos quienes por la potencia de Jesús superaron el horror de la tiniebla. Y en torno a ese círculo de unidad se moverá la alienación del mundo, porque odia cuanto no es suyo: *si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero, como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo*, Juan 15, 19- Por eso mataron a Cristo.

El cristiano jamás podrá experimentar tranquilidad por la muerte en cruz de Jesús. Jamás deberá aceptar que fue justo y razonable que la redención tuviera que llevarse a cabo por la muerte de Cristo, porque eso cambiaría todo. Se introduciría así una rigidez inflexible, una deshumanización que lo destruye todo. La vida del Señor dejaría de ser una vida vivida con sus azares y vaivenes, acciones, deseos y su experiencia del destino. Y se difuminaría el

amor. Todo lo cual deberá experimentarlo por sí mismo quien contemple la vida del Señor con el deseo de penetrar en su realidad más auténtica. Pag 471-472.

12. Getsemaní

Jn 18, 1; Lc 22, 39; Mc 14, 32-40; Lc 22, 43-45; Mc 14, 41-42. Pag 473.

- Jesús se vio invadido por una terrible tristeza: *sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra*, Lc 22, 44. La psicología científica podría decir que después de una vida centrada en la religiosidad ocurre muchas veces que después de una experiencia espiritual en ámbitos como la contemplación, el amor o la entrega de sí, que requieren el mayor acopio de energía, suele venir un profundo desánimo, un desfallecimiento considerable y una progresiva pérdida de la agudeza sensorial.

El rechazo absoluto de autoridades y pueblo, las emotivas vivencias del viaje a Jerusalén, la entrada en la ciudad santa, la tensa espera de los últimos días, la traición de uno de los discípulos, la cena de Pascua, habrían creado en Jesús un estado de tensión intolerable y, en consecuencia, su derrumbamiento psicológico. Situación, que sería fácilmente comprensible en cualquier persona que hubiera tenido que luchar en condiciones extremas por una causa noble. Pero en Jesús cualquier intento de explicación psicológica está abocado al más estrepitoso fracaso. Sólo es indispensable la fe ilustrada por la revelación.

Sólo podremos comprender lo que aquí sucede desde la fe, pues en esos momentos nuestro pecado se vive a fondo y hasta sus últimas consecuencias. Sólo si logramos sumergirnos personalmente en la terrible agonía de *esa hora*, podremos entender qué es realmente el pecado. Para entender a Jesús hay que entender la naturaleza del pecado. Sólo llegaremos a ver con claridad en qué consiste nuestro pecado si compartimos con Jesús lo que vivió en la *hora* terrible de Getsemaní. Pag 474-476.

- El protagonista de tal acontecimiento es el Hijo de Dios. Por eso él puede comprender y aprehender la existencia en su más profunda y definitiva realidad. Mientras los demás parecen estar y están ciegos, él ve y conoce en su profundidad más radical el extravío del ser humano. Jesús ha vivido esa situación ajeno por naturaleza a ella. Si la conoce es por ser Dios. De ahí, la tremenda claridad de su percepción y también su infinita soledad. Jesús es quien verdaderamente ve en un mundo de ciegos; quien siente en un mundo de apáticos; el hombre libre y cabal en un mundo de desconcierto y confusión. El conocimiento de Jesús viene de fuera y abarca el mundo en su totalidad. Su punto de mira está por encima e incluso dentro de la realidad. Conoce como Dios conoce: la existencia en su totalidad, a través y desde el interior de la existencia. Pag 476-477.

- Ese conocimiento divino, ante el que todo se desnuda y aparece como es realmente, no es algo etéreo que se cierne sobre Jesús, es algo que se hace realidad en su vida. Con su mente humana conoce lo que se mueve a su alrededor, con su corazón humano siente la situación de extravío en la que vive el mundo. Y aunque todo eso no llegue a afectar a la sublime beatitud del Dios eterno, a Jesús le produce un inconcebible sufrimiento. De ahí brota la terrible

seriedad de su existencia, que no le deja ni un momento de respiro. ¿Habría ser humano con capacidad de comprensión y sufrimiento suficientes para entender esa figura del redentor, cargado con el destino del mundo? Todo hace pensar que Jesús siempre fue víctima del sufrimiento. Siempre habría conocido la realidad del pecado del mundo; siempre habría conocido, y nadie como él, la verdadera esencia de la santidad y del amor de Dios; habría entendido en su justa medida cuanto el pecado significa a los ojos de Dios, y al mismo tiempo, habría cargado con un peso extenuante en una soledad absolutamente incomprensible. Pag 477.

- La vida de Dios trasciende toda temporalidad y no conoce mutaciones. En Getsemaní había llegado *la hora* en que *todo debería cumplirse*. Ante palabras como: *alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: ¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?»*, esto es: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?*, Mt 27, 46, lo mejor es callar. Podríamos aventurarnos a decir que en esta ocasión el Padre hizo pasar a Jesús por la experiencia de sentirse como un hombre abandonado y rechazado por Dios. En esta *hora* Jesús debió paladear la amargura de sentirse identificado con nosotros de manera inefablemente misteriosa.

En aquella hora de Getsemaní el conocimiento de la culpabilidad y extravío del hombre se erigió en su crudeza más radical ante los ojos del Padre, que empezó a *abandonar* a Jesús. En esa *hora* la percepción de Jesús adquiere una terrible lucidez y le produce un sufrimiento intolerable, cuya señal más evidente es la angustia mortal, el profundo conocimiento, la oración *con más insistencia* y el sudor sanguinolento: *sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra*, Lc 22, 44. Ésta fue la hora de Getsemaní. El corazón y la mente de Jesús vivieron la experiencia suprema de cuanto significa el pecado a los ojos de un Dios justiciero y vengador. El Padre exigía a Jesús que hiciera suyo el pecado y lo cargara sobre sus hombros. Jesús vivió en ese momento cómo se cebaba en él la cólera de Dios, suscitada por el pecado, sintió que el Padre, el Dios santo, se alejaba de él y le *abandonaba*. Pag 478-479.

- Jesús aceptó la voluntad del Padre, renunciando a la suya. Voluntad que era el lógico estremecimiento de Jesús ante la condición del pecado, sin ser pecador, por una inexplicable identificación que nace del amor subsidiario. La aceptación de ese inenarrable misterio es el contenido más profundo de las palabras de Jesús: *¡Abbá, Padre!; todo es posible para tí; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú*, Mc 14, 36.

La *hora* de Getsemaní fue un tiempo de *agonía*, de lucha. Lo que sigue va a convertir esa *hora* en realidad vivida, fue un mero anticipo de lo que llevará a cumplimiento.

Nadie antes de Jesús, ni después de él, ha contemplado la existencia con tanta claridad como él la vio en ese momento. La mentira del mundo quedó desnuda ante sus ojos, como la experimentó en su más extrínseca realidad el corazón humano del redentor. Ahí brilló la verdad, pues *la verdad se realiza plenamente en el amor*. De ese modo, quedó establecido el principio por el que también nosotros podemos llegar a desenmascarar la mentira. Eso significa la redención: entrar en la perspectiva de Jesús y compartir con él esa mirada sobre el mundo y participar en su mismo horror ante el pecado. Pag 479.

13. El proceso

Mt 26; Mc 14; Lc 22; Jn 18. Pag 480.

- La detención de Jesús y su posterior condena a muerte se cuentan en los cuatro evangelios. Son narraciones escuetas y verosímiles. No se hace mención a fuerzas misteriosas, que pudieran servir de contrapeso al desgarrado horror de los acontecimientos, ni se exageran rasgos que pudieran redundar en glorificación del héroe. Jesús hablaba con sus discípulos sobre la inminencia de *la hora*, cuando se presenta Judas con un nutrido grupo de gente, enviada por el Gran Consejo judío. Juan describe el efecto que produce sobre los soldados la serena y sobrehumana majestad de Jesús que les hace retroceder y caer por tierra.

Jesús se preocupa de la seguridad de los suyos: *A quién buscáis? Le contestaron: A Jesús el Nazareno. Respondió Jesús: Ya os he dicho que yo soy; así que si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos*, Jn 18, 7-8. La chusma se abalanza sobre Jesús con intención de detenerle. Pedro, que no puede tolerar la afrenta, echa mano a la espada y empieza a repartir mandobles. Jesús le llama al orden, porque si quisiera protección, podría disponer de fuerzas más poderosas que las armas, pero *¿cómo iban a cumplirse las Escrituras?* Toca la oreja del herido y la cura.

Los discípulos despavoridos y desorientados se dan a la fuga. Habían mantenido la esperanza de que su Maestro reduciría al silencio a sus adversarios mediante una señal de que él era el enviado de Dios. Pero no haber sucedido así y estar en manos de sus enemigos ha sido para ellos una prueba de que no puede ser el invicto detentor de *todo poder en el cielo y en la tierra*, figura del Mesías en sus mentes. Pag 480-481.

- Jesús sabe que a nadie le interesa averiguar la verdad, que la condena ya está decidida y el interrogatorio es una farsa. Por eso calla o no da respuestas directas, salvo cuando atisba algún interés. Pedro jura y perjura y la presencia y mirada de Jesús, le devuelven al redil: *y Pedro ... saliendo fuera, rompió a llorar amargamente*, Mt 26, 75. *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*, Lc 22, 53. *Le insultaban de muchas maneras*, Lc 22, 64-65. Pag 482-483.

- Los ancianos del pueblo, maestros de la ley y sacerdotes han decidido que hay que declararle culpable de blasfemia, porque eso implica condena a muerte. Jesús no responde a ninguna acusación, no dice una palabra, todo el proceso es una farsa. Jesús no hace nada por detener los acontecimientos. En realidad no quiere detenerlos. Las maquinaciones que esos hombres endurecidos, embusteros, cobardes y obcecados tratan de urdir contra él, es una oscura acción de Satanás, es sólo la figura que reviste la voluntad del Padre. No hay en su actitud la más mínima sombra de desesperación, conformismo, pasividad; sólo inalterable tranquilidad y abierta disponibilidad para su entrega definitiva.

El sumo sacerdote cambia el rumbo del interrogatorio. Y sólo cuando se pone en entredicho su mesianidad, Jesús responde directo: *El Sumo Sacerdote le dijo: Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Dícele Jesús: Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora*

veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo. Entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestidos y dijo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Respondieron ellos diciendo: Es reo de muerte, Mt 26, 63-66. Se acabó el derecho, nada de investigación judicial, no se buscan las pruebas jurídicas.

En el tono entre Pilato y las autoridades judías, que le llevan a Jesús, se percibe irritación y desprecio por ambas partes. Los judíos han cambiado los cargos contra Jesús, no dicen ni una palabra sobre el cargo de blasfemia. Le acusan de sedición, amotinando a la nación y oponiéndose a pagar tributos al César. Jesús guarda silencio y Pilato se siente extrañado. Ya a solas, cuando Jesús ve algún interés en Pilato le contesta y pregunta. Pilato dice públicamente que no encuentra cargos contra Jesús. Pero los judíos acusan con más intensidad y Pilato se quita a Jesús de en medio enviándolo a Herodes. Éste se alegra porque hacía tiempo que quería verle. Pero Jesús guarda silencio, que acaba en el despecho de Herodes, mofándose con toda su corte de él. Y le devuelve a Pilatos. Lucas dice unas sencillas palabras a costa del sufrimiento de Jesús, que desnudan el corazón del hombre: *aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados, Lc 23, 12. Pag 483-487.*

- La falta de pruebas, sus creencias y los temores de su mujer: *Mientras él estaba sentado en el tribunal, le mandó a decir su mujer: No te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa, Mt 27, 19, fuerzan a Pilato a comunicar a Gran Consejo y pueblo que la acusación carece de fundamento. Entonces recurre a la estratagema de proponerles crucificar a Barrabás y soltar a Jesús. Pero ha calculado mal la reacción del pueblo, que le fuerza a crucificarle. Como último recurso recurre a azotarle. Pero el pueblo aumentaba su presión.*

El relato de Juan es tremendo, desenmascara la mentira de los judíos, que aborrecían a Roma: *Desde entonces Pilato trataba de librarle. Pero los judíos gritaron: Si sueltas a éste, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se enfrenta al César. Al oír Pilato estas palabras, hizo salir a Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado Enlosado, en hebreo Gabbatá. Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia la hora sexta. Dice Pilato a los judíos: Aquí tenéis a vuestro Rey. Ellos gritaron: ¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale! Les dice Pilato: ¿A vuestro Rey voy a crucificar? Replicaron los sumos sacerdotes: No tenemos más rey que el César, Jn 19, 12-15.*

Pilato insiste en que no puede condenar a Jesús y, lavándose las manos, se lo entrega para crucificarle. Pag 487-48.

- La narración con sobrecogedora veracidad de lo sagrado, jamás sucumbe al patetismo. No hay una sola palabra que revele los sentimientos íntimos de Jesús o del narrador. Son relatos de enorme credibilidad y ausencia total de pretensiones. La contemplación y la oración creyente han encontrado en estas páginas el *via crucis*. Pag 491.

- El mayor desasosiego de este acontecimiento es la unanimidad con que los enemigos de Jesús se alían contra él, como una especie de contraposición infernal con la paz que caracteriza al Reino de Dios. Y cuando Jesús esté en el

sepulcro volverán a enfrentarse. El drama es que un mundo dividido por el odio se aúna contra Jesús. Éste no se enfrenta a sus adversarios, no aporta pruebas a su favor, no refuta las acusaciones, no ataca a sus enemigos, no pleitea por su causa. Deja que los acontecimientos sigan su curso. Incluso en algunos momentos dice lo que esperan sus detractores, lo que necesitan para destruirle. Palabras y actitud de Jesús, que no responden a la lógica del proceso, ni a las exigencias de su propia defensa, obedecen a otros motivos. Pero su silencio no es señal de debilidad o desesperación. Es una realidad divina, disponibilidad total y absoluta. Su silencio abre el camino para que suceda lo que tiene que suceder. Pag 492-493.

- Hay una lucha tenebrosa que va contra la verdad. La verdad cobra tal relieve que da la impresión de que el proceso tiene el único objetivo de entenebrecer la verdad hasta que se consiga la ansiada condena y posibilitar el momento en que, sin dar oportunidad de más testimonios y sin peligro de que el horror les lleve a todos a desaparecer de la escena, se pronuncie la sentencia capital. No hay abogado defensor, ni siquiera el propio acusado asume la defensa. Es un proceso a *la verdad*, que está sola y desnuda ante los contendientes. En *esa hora de las tinieblas* sólo se pronunciará la condena cuando se haya pisoteado esa verdad hasta el punto que el corazón del hombre no tenga ya capacidad de percibirlo.

No hay ejemplo más clamoroso que el del mismo Pilato. Si hubiera sido simplemente un hombre sin escrúpulos, habría debido llevar este proceso o dejar seguir su curso de suerte que la sentencia, que condenaba a Jesús como alborotador del pueblo fuera ajustada al menos en apariencia al ordenamiento jurídico romano. Pero se comporta de manera distinta. Declara una y otra vez que no ha encontrado en Jesús delito punible, pero a renglón seguido, con pleno conocimiento de causa y contra toda justicia, pronuncia la condena de muerte y muerte humillante de cruz. A veces se intenta suavizar la actitud de Pilato o achacarlo a su debilidad, pero no. La única explicación de su postura radica en el oscuro *poder de las tinieblas*, que ha llevado al juez a tal grado de obcecación y error que ni se da cuenta del horrible e ignominioso disparate que acaba de cometer. Pag 493-494.

14. Muerte de Jesús

Mt 27; Mac 15; Lc 23; Jn 19. Pag 494.

- Jesús sufrió todo esto por él y por nosotros. Así penetraremos en el misterio con toda la fuerza del corazón. Jesús no muere o sucumbe ante la embestida de poderes sobrehumanos, ni es víctima de un destino alevoso, aunque todas esas realidades de alguna manera están presentes, pero no radica ahí el verdadero sentido de su muerte. Habrá que profundizar mucho más. El secreto está en las palabras que el mismo Jesús pronunció sobre el pan y el vino en la última cena: *Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío. De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros, Lc 22, 19-20.* El mismo mensaje resuena tantas veces en las cartas de Pablo y recorre el Apocalipsis: Jesús nos ha redimido con su muerte. Pag 494-495.

- Dios existía. Y el hecho de su existencia es suficiente. *Fuera* de él nada existe por necesidad. Él es *lo uno y el todo*. Lo *demás*: energía, materia, forma, finalidad, orden, cosas, acontecimientos, plantas, animales, hombres, ángeles ... todo viene de Dios. El hombre puede trabajar y configurar la realidad o crear imágenes en el espacio irreal de la fantasía. Pero dar ser a lo que no existe o crear de la nada una realidad le resulta absolutamente imposible. Para el ser humano la nada es un misterio insoluble, una pared infranqueable, lo absolutamente imposible. Sólo Dios puede tener una auténtica relación con la nada, porque sólo él puede dar ser y realidad a algo informe e indefinido. El ser humano sólo experimenta su total incapacidad de relacionarse con la nada. Por tanto, la única realidad es que Dios ha creado al hombre, que sólo puede vivir su vida orientado a Dios. Pero el hombre cometió pecado al pretender liberarse de esa realidad fundamental de su existencia y querer constituirse en ser autónomo. Actitud que le alejó de Dios con consecuencias espantosas. Quedó apartado de una existencia real y abocado a la nada. Aquella nada primitiva, *de la cual* Dios había sacado todas las cosas, era una nada positiva, buena, pura. Pero del pecado surgió la nada negativa, de destrucción, muerte, absurdo y vacío total. Y el hombre, lejos de la existencia de cara a Dios, se precipitó en esa nada, sin posibilidad de alcanzarla, pues supondría su completa aniquilación. Además, igual que no se ha creado a sí mismo, sería incapaz de aniquilar su propia existencia. Pag 495-496.

- Pero la inescrutable gracia de Dios no quiso abandonar al hombre en su ruina y decidió sacarlo de ella. Dios actuó únicamente por amor. Dios se empeñó en seguir al hombre hasta su descarrío en el ámbito de la vida maligna. Bajó él mismo en persona, Jn 1. Entró en la historia humana Jesús, Dios y hombre; puro como Dios y cargado de responsabilidad como hombre. Jesús vivió hasta el extremo la realidad misma de la culpa, de lo que no es capaz ningún hombre. Aunque es el hombre quien comete el pecado, jamás podrá integrarlo en su existencia, ni expiarlo mientras viva. El hombre se desconcierta, sobresalta y desespera ante el pecado, se ve impotente frente a él. Sólo desde Dios se podía hacer justicia al pecado. *Gracia* quiere decir que Dios ha hecho justicia. *Redimir al hombre* significa que Dios ha optado por amar. Dios liquidó completamente el pecado, esa fue la existencia de Jesús. Pag 496-497.

- Jesús vivió la caída del hombre en la nada, fruto de su rebelión contra Dios, causa de ruina y desesperación para la criatura. Su aniquilación es más radical cuanto más sublime es la víctima. En toda la historia nadie ha muerto como murió Jesús, pues él era la vida misma. Nadie ha recibido un castigo por el pecado como lo recibió él, porque era la personificación de la pureza. Nadie ha experimentado una caída en la nada negativa como Jesús, porque era Hijo de Dios. No le quedó nada, incluso ya no era nada, *gusano y no hombre*. En sentido inimaginable *bajó al infierno*, al reino de la nada negativa y no sólo como liberador de las cadenas.

Jesús, Hijo del Padre desde toda la eternidad y objeto de su amor infinito, llegó hasta las más oscuras profundidades, al insondable abismo del mal absoluto. Y se hundió en aquella nada, de la que brotaría la nueva creación, *recreatio*, de la que hablaban los antiguos. Esa nueva creación, que infundiría un nuevo ser en lo que ya existía por haber sido creado, pero que se había hundido en el

inexplicable absurdo de la nada: la creación de un hombre nuevo, cielos nuevos, tierra nueva. Pag 497.

- Nadie puede imaginar lo que significa el hecho de que Jesús, el Hijo de Dios, esté colgado de una cruz. En la medida en que un individuo vive como cristiano y aprende a amar al Señor, empieza a barruntar algo de ese misterio. Cuerpo, corazón y espíritu se ven envueltos en el fuego devorador de un infinito sufrimiento, que penetra hasta lo más íntimo del ser y se enfrentan a un juicio inexorable sobre una culpa asumida como propia, un juicio que sin solución de continuidad, desemboca irremediabilmente en la muerte. Fue entonces cuando Jesús tocó el fondo de ese abismo, del que la omnipotencia del amor hace brotar la nueva creación. Pag 497-498.

- Lo único que importaba a Jesús era el hombre, todos y cada uno de los hombres, con su destino personal. Le importaba el mundo, que recibe del hombre su más auténtico sentido. Y le importaba la existencia. Todo tal como es, en la dimensión de su insondable mentira, de su inextricable confusión, del alejamiento de Dios que determina su ser, de su profunda obstinación. Jesús tenía que regenerar esta hediondez para orientarla a Dios, asumiéndola como propia, penetrando su auténtico sentido, viviéndola en toda su intensidad y sufriendola en carne propia. Jesús tenía que padecer, ofrecerse en holocausto. Y de esa nada brotó la nueva creación. Pag 498.

- A partir de la muerte del Señor todo eso es realidad. Lo más seguro no es el hombre, la ciencia, la filosofía, la naturaleza ... ni siquiera el mismo Dios, en el que el pecado despierta su cólera, sino el amor de Cristo. Por Cristo sabemos que Dios nos ama, porque perdona nuestro pecado. La única seguridad radica en lo que se nos revelado en la cruz: en los sentimientos que de ella dimanar, en la fuerza que palpita en su corazón. ¡Qué gran verdad: Jesús principio y fin de todas las cosas! Cualquier otra realidad firmemente establecida en relación con la vida o la muerte eterna tiene su único y exclusivo fundamento en la cruz de Jesucristo. Pag 499.

Sexta parte: Resurrección, transfiguración

1. La resurrección

Mt 28, 1-4; Mc 16, 1-4; Lc 24, 3-9; Jn 20 4, 1-8. Pag 501-503.

- Los relatos de la resurrección se cortan de manera abrupta, se entrecruzan con otros, tienen un cúmulo de contrastes y contradicciones difíciles de explicar y parecen estar transidos de un halo portentoso, que supera todas las formas de experiencia humana. La vida resucitada de Jesús es real en cuerpo y alma, en carne y sangre. La vida arrancada, destruida y aniquilada en la cruz ha despertado y vuelve a latir de nuevo en una condición totalmente nueva y transformada. Pag 501-504.

- Pablo desentraña nuestra esperanza en Cristo: *Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: estáis todavía en vuestros pecados. Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres!*, 1 Co 15, 17 y 19. Jesús hizo referencia explícita a su muerte y a su resurrección al tercer día y tuvo una actitud peculiar frente a la muerte, que no tuvo el mismo significado que para nosotros. Jesús conoce una muerte que va seguida de resurrección inmediata, que se produce en nuestro tiempo histórico. La comprensión razonada de la vida de Jesús, la interpretación de su propia autoconsciencia es muy difícil. Es necesario sintonizar con la figura viviente de Jesús y comprobar cómo se muestra en todo momento, sin prescindir que la comprensión de esa humanidad deberá estar transida de algo no reductible a la categoría de genialidad o dinamismo de experiencia religiosa, sino que pertenece al ámbito de la propia santidad de Dios. Pag 506-507.

- La actitud de Jesús frente al mundo es muy distinta de la nuestra. Ante los hombres no se comporta como un hombre cualquiera. Ante Dios su actitud es la de un creyente. Ante la comprensión de sí mismo, de su existencia, ante la vida y la muerte no reacciona como nosotros. En todos estos aspectos actúa ya la resurrección. La figura de Jesús exige la fe. Su figura ha aparecido de este mundo para liberarnos de la fascinación del mundo. Con él da comienzo la nueva existencia, el cambio de rumbo que se llama *fe*, lo cual permitirá que pensemos desde el punto de vista de Jesús, prescindiendo de todo lo demás. La resurrección de Jesús es el fundamento radical de un mundo verdaderamente auténtico. Pag 507-508.

- En la resurrección de Jesús se revela todo lo que ya estaba latente en la persona de Jesús, Hijo del hombre e Hijo de Dios. En Jesús la esperanza es diferente. Por una parte, el arco de su existencia no empieza con su nacimiento, se curva en dirección regresiva hacia la eternidad, *antes de que Abraham existiera, Yo Soy*, Jn 8, 58, expresión directa de una vivencia íntima de Jesús. Por otra, dicho arco no se hunde con su muerte, *le matarán, y al tercer día resucitará*, Mt 17, 23. La percepción que Jesús tiene de su propia existencia y su actitud ante la muerte es infinitamente más amplia y profunda que la nuestra. La muerte para él no es más que un trámite de paso, *¿no era*

necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?, Lc 24, 26. La resurrección hace realidad lo que Jesús siempre ha llevado en su interior. Por tanto, negar la resurrección equivale a negar lo que este acontecimiento significa en la vida y conciencia de Jesús. Pag 508-509.

- A un profano *la resurrección podría parecerle una visión*. Pero una realidad superior invade esa experiencia. Vieron vivo al Señor, como realidad que estaba en el mundo, aunque no pertenecía al mundo, realidad encuadrada en los parámetros del mundo, pero dueña y señora de sus leyes. Contemplar a Jesús resucitado suponía una profunda conmoción, una experiencia que hacía saltar todas las vivencias cotidianas. La narración está llena de una nueva terminología. Jesús *aparece* y *desaparece*; *de repente* se encuentra en medio de la sala; uno se da la vuelta y ve a Jesús *a su lado*. El relato es abrupto, entrecortado, fluctuante, incluso contradictorio. Parece la mejor manera de dar forma a unos contenidos, que demandan una expresividad de nuevo cuño, porque han de saltar todos los viejos moldes. Pag 509-510.

2. El cuerpo transfigurado

Mc 16, 9 y 14; Lc 24, 31, 36 y 39; Jn 20, 24-29; 1 Jn 1, 1-3; Rm 8, 19-23. Pag 510-511.

- Jesús resucitado es distinto con relación al de antes de su muerte y a todos los hombres. La naturaleza de Jesús muestra rasgos extraños. Su cercanía causa impresión no exenta de miedo. Anteriormente Jesús *iba* y *venía*. Ahora *aparece* y *desaparece*. *Se le encuentra de repente para desaparecer de repente*. Su corporeidad no conoce obstáculos, ni barreras, ya no está sujeta a límites de espacio y tiempo y se desplaza con una libertad de movimientos imposible en este mundo. Los relatos insisten en que es el auténtico Jesús de Nazaret en persona. En el encuentro con Tomás muestra una densa corporeidad, metiendo dedos y mano en las llagas de Jesús, Jn 20, 24-29. Habla con sus discípulos, se les acerca en el lago de Genesaret, les prepara la comida y come con ellos, Jn 21, 1-14, y sus testimonios anuncian una poderosa experiencia de la realidad corpórea de Jesús, que vieron con sus ojos, tocaron con sus manos ... 1 Jn 1, 1-3. Pag 510-511.

- Se insiste en que El Señor ha sufrido una transformación, su vida es distinta de la precedente, misteriosa. Está dotada de una nueva potencia espiritual, que procede de la divinidad y retorna siempre a ella. Es una existencia corpórea, que contiene a Jesús entero, su modo de ser, su carácter, la vida que ha vivido, el destino que asumió, su pasión y muerte. Nada ha quedado suprimido, nada se ha reducido a *una nueva apariencia evanescente*. Todo en él es realidad perceptible, aunque transformada. Realidad de la que el misterioso acontecimiento de su último viaje a Jerusalén fue sólo un destello fulgurante, que transformó completamente su persona. La realidad de Jesús transfigurado no es reductible a una experiencia de los discípulos, tiene consistencia en sí misma. No es espiritualización aérea, sino actuación del Espíritu que invade la vida entera y el propio cuerpo. La existencia de Jesús resucitado constituye la plenitud más absoluta de la corporeidad, hasta tal punto que sólo llega a

plenitud por el Espíritu. El auténtico significado del cuerpo humano sólo se descubre plenamente en la transfiguración y resurrección. Pag 511-512.

- Entre los apóstoles, Juan es quien subraya con más viveza la corporeidad de Jesús resucitado, siendo, a su vez, quien presenta con más dinamismo su personalidad divina, proclamando que Jesús es el *Λογος*, el Hijo eterno del Padre. El Evangelio de Juan tenía frente a sí un poderoso enemigo: el espiritualismo pagano y seudocristiano de las religiones gnósticas, dominadas por la idea de que Dios es espíritu. Consideraban a Dios enemigo de la materia y lo material impuro a los ojos divinos. No podían admitir la idea de que un Dios verdadero se hubiera hecho hombre. Su idea era que el *Λογος* eterno descendió sobre el hombre Jesús para enseñarnos la verdad, indicarnos el camino de despojarnos de la carne, vestarnos de espíritu y que la muerte de Jesús se produjo porque el *Λογος* le abandonó. Juan insiste en que *el Λογος se hizo hombre*. Pag 512.

- El pensamiento moderno ha intentado obstinadamente suprimir la idea de resurrección, considerándola ilusoria, ha querido entender la naturaleza de Jesús como vivencia religiosa y la figura del Resucitado como creación de la religiosidad comunitaria, que le ha llevado a distinguir entre el Cristo de la fe y el Jesús de la realidad histórica. Lo cual equivale exactamente a lo que afirmaban en su tiempo las religiones gnósticas. Frente a estas ideas Juan establece dos pilares de capital importancia: Uno, *la Palabra se hizo carne*, Jn 1, 14, de modo que la figura de Jesús resultó ser simultáneamente divina y humana. Dos, *Jesús ha resucitado*, vive encarnado en una realidad divino-humana transformada, transfigurada. El Hijo de Dios que estaba con él no se desprendió de la naturaleza humana, sino que la introdujo consigo en la claridad eterna de su gloria, la nueva vida atestiguada por el Apocalipsis, por la visión de Esteban y las cartas de Pablo, *resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos*, Ef 1, 20. Pag 513.

- ¿Quién es Dios? El espíritu supremo, tanto que en su presencia *los ángeles son carne*. Dios es infinito, todopoderoso, eterno, incomprensible, en su realidad resume el universo entero. Dios es inmutable, vive por sí y se basta a sí. La encarnación resulta incomprensible. Si aceptamos y entendemos esa realidad, fruto de un amor infinito, ¿no bastaría con la vida y la muerte? ¿Por qué habrá que añadir a eso la fe en que esa brizna de creación puede ser incorporada a la eternidad de la existencia de Dios? ¿Qué papel jugará en el ámbito divino? ¿Por qué el *Λογος* no se sacude ese mísero polvo y retorna a la limpia claridad de su libre existencia divina? ¡Dios hace de modo misterioso que todo sea posible! Dios es como él mismo se nos ha manifestado en la resurrección. Tendremos que reflexionar y aprender que Dios es *el ser supremo* y, a la vez, *muy humano* y el hombre más que un *simple ser humano*, en el que la quintaesencia de su ser se remonta hasta rozar el mundo de lo desconocido y recibe su último y definitivo cumplimiento única y exclusivamente desde la perspectiva de la resurrección. Pag 513-515.

- Sólo la resurrección nos proporciona claridad total sobre el significado de la redención. Nos revela quién es Dios, quiénes somos nosotros y qué el pecado. Nos indica el camino hacia la nueva actividad de los hijos de Dios, nos da

fuerza para emprenderlo y completarlo, porque en ella se expía el pecado, de modo que el perdón hunde sus raíces en una superabundancia de amor y justicia. La redención significa que la potencia transformadora del amor de Dios invade nuestro cuerpo entero con su vitalidad. Es completamente real. La redención es el segundo comienzo de la actividad divina, la creación fue el primero. La redención es Jesús resucitado, existencia viva, humanidad transfigurada, mundo redimido. Por lo cual Cristo es *primogénito de toda criatura, la primicia, el principio*. En él la creación ha sido elevada a formar parte de la existencia eterna de Dios. Ahora él está en el mundo como principio inamovible, actúa como ascua incandescente, puerta abierta de par en par que atrae hacia sí, camino viviente que invita a seguirle. Todo tendrá que ser incorporado al resucitado para tomar parte en su transfiguración. Sólo el cristianismo se ha atrevido a situar el cuerpo en las profundidades más íntimas de la presencia de Dios, Rm 8, 19-23. Pag 515-516.

- La gloria de los Hijos de Dios es la obra de Cristo. La redención es la liberación de nuestro cuerpo y se refiere al ser del hombre en toda su compleja identidad. Pablo, a quien nadie podrá tildar de fanático del cuerpo, la define en relación con el cuerpo nuevo y su fundamento radica en la resurrección: *si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe*, 1 Co 15. Sólo desde esa perspectiva se puede entender el *sacramento*.

¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?, Jn 6, 52. La eucaristía se celebra en *conmemoración e Jesús*, pero ¿por qué comiendo su carne y bebiendo su sangre? Porque la carne y sangre del Señor, su cuerpo y humanidad transfigurados constituyen la redención, porque en la eucaristía se hace realidad tangible y siempre renovada la participación en la personalidad gloriosa y humano-divina de Jesús, porque la acción de comer su carne y beber su sangre es el *φάρμακον αθανασίας, fármaco de inmortalidad*, del que hablaban los Santos Padres griegos, en referencia a la inmortalidad de una vida no puramente *espiritual*, sino plenamente humana en cuerpo y alma, que como tal queda asumida en la absoluta plenitud de Dios.

Pag 516-517.

3. Entre el tiempo y la eternidad

Ap 1, 9-18; Col 1, 13-20; Mt 16, 13-19. Pag 518-521.

- En el Nuevo Testamento la figura de Jesús se presenta desde dos perspectivas. Una, *hijo del carpintero*, Mt 13, 55, sujeto a las contingencias terrenas, tiene que trabajar, luchar y es víctima del destino. Otra, cercana a la eternidad, sin limitación de lo terreno, en que es libre como Dios, se presenta como Señor y soberano, ya no hay nada accidental o pasajero, todo es esencial. *Jesús de Nazaret*, personaje histórico, se transforma en *Cristo, el Señor*, que vive por eternidad de eternidades.

Es la imagen que dibuja Juan en el Apocalipsis: *Yo, Juan, vuestro hermano y compañero de la tribulación, del reino y de la paciencia, en Jesús. Yo me encontraba en la isla llamada Patmos, por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús ... Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Él puso su mano derecha sobre mí diciendo: «No temas, soy yo, = el Primero y el Último,*

el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades, Ap 1, 9 y 17-18.

Y la de Pablo en: *Él nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados. Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos, Col 1, 13-20.*

En estas dos representaciones de la figura de Cristo desaparecen los detalles, no hay rasgos humanos. Todo resulta extraño y magnífico. Esos días nos proporcionan la respuesta. Los pocos días en los que Jesús está para pasar del tiempo a la eternidad nos aseguran que él es el mismo aquí y allí. Jesús de Nazaret *al entrar en la gloria, Lc 24, 26, llevó consigo su existencia terrena, de tal modo que vive por la eternidad asumida en la existencia de quien Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, Aquel que es, que era y que va a venir, el Todopoderoso, Ap 1, 8. Pag 517-519.*

- Las palabras de Jesús a María Magdalena indican el paso del tiempo a la eternidad: *No me toques, que todavía no he subido al Padre, Jn 20, 17.* En las palabras del anciano Juan: *Pedro, dice a Jesús: Señor, y éste, ¿qué? Jesús le respondió: Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú, sígueme. Corrió, pues, entre los hermanos la voz de que este discípulo no moriría. Pero Jesús no había dicho a Pedro: No morirá, sino: Si quiero que se quede hasta que yo venga, Jn 21, 21-23,* en las que no se desvela el misterio, late una intimidad cargada con cuidado y exactitud de lo eterno. Juan nos presenta la figura de Jesús mientras se movía en nuestro mundo. Es el mismo Juan que en el Apocalipsis forja las espléndidas imágenes de Cristo que ha entrado en la eternidad, Ap 4, 2; 6, 2; 5, 6-7. Pag 520-524.

- También aparece esta idea de paso a la eternidad en otros pasajes.

Emaús. A la vez que se conserva el pasado, se transforma y adquiere una nueva dimensión. Reconocen a Jesús por su gesto en el partir del pan y desaparece de su vista de repente, Lc 24, 29-31.

Orilla del lago de Genesaret. Los discípulos han pasado la noche faenando inútilmente. Jesús les dice que vuelvan a echar las redes y la pesca es tan abundante que apenas pueden arrastrar las redes a tierra, Lc 5, 4-7.

Ahora Jesús no les instruye, sino que les tranquiliza en la pacífica serenidad de la existencia eterna. Antes y ahora, incompreensión y rechazo, pero todo ha cambiado.

¿Qué pretendió Jesús con su misteriosa permanencia en la tierra después de la resurrección? Algo muy simple. Se recoge el fruto de los años precedentes, se ratifican los acontecimientos del pasado y las realidades de la vida anterior adquieren nuevo sentido, es el período de transición del tiempo a la eternidad. De lo cual tiene necesidad nuestra fe. Una de las grandes imágenes de Jesús en el Apocalipsis es: *Entonces vi, de pie, en medio del trono y de los cuatro*

Vivientes y de los Ancianos, un Cordero, como degollado ... el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, Ap 5, 6 y 1, 18. El destino terrestre ha entrado en la existencia eterna, estar muerto se ha transformado en estar vivo por toda la eternidad.

Esos días intermedios explican el enigma y desvelan el significado de la parábola. Todo lo ocurrido tiene su centro en la vida eterna de Jesús. Una palabra que pronunció en su época, cualquier acontecimiento de su vida terrena es una realidad que existe ahora y existirá para siempre. *El que está sentado en el trono* encierra en sí mismo todo el pasado como realidad presente y eterna. Pag 524-526.

4. Idas y venidas de Dios

Jn 14, 28; 15, 26-27; 16, 5-8 y 28; 17, 7-9, 11-13 y 20-24. Pag 527-533.

- Juan es quien con mayor profundidad presenta al Dios eterno, trascendente, infinito. Esencia de la revelación, que nos comunicó Jesús: Dios *viene, habla y actúa*, esencia que revisa y supera la imagen de Dios, que se ha forjado el hombre. El mensaje de la revelación consiste en presentarnos a este Dios como un ser que supera nuestra capacidad de reflexión y se nos revela en Cristo como el *viviente* por antonomasia. Ese Dios es un misterio y no nos queda otro camino que dejarnos llevar por la mentalidad de Cristo. El amor nos da acceso al espíritu y corazón del hombre. El que cree en Cristo piensa a través de él y presiente a ese Dios misterioso y muy íntimo para el hombre. Un Dios que transporta a la interioridad humana la simple idea del *ser supremo* y eleva al ámbito divino esa imagen. Si nos separamos de Cristo para pensar por nuestra propia cuenta se esfumará esa *gloria de Dios*, que sólo se hace patente en la persona de Jesús, en quien tenemos el camino abierto para pensar en Dios con categorías humanas. Pag 529-531.

- En el Nuevo Testamento se habla del Padre, a quien se debe amar con respeto y confianza de niño, como hijo. Se habla del hermano divino, con quien debe unirnos sinceridad de vínculos fraternales. Se habla de una misteriosa unión matrimonial con la divinidad. Y se habla de un amigo divino, un consolador, que *está con nosotros, a nuestro lado*. Existe *providencia del ser absoluto* en la actuación universal del ser que todo lo sabe y en sentido específico cuando el Dios, que es amor, actúa incesantemente en el acontecimiento histórico, lo conduce con mano poderosa y ordena todo al bien: *buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura*, Mt 6, 33. Pag 531-532.

- Ahora ya no se trata de parábolas, sino de realidades, que superan nuestra capacidad de comprensión. Tenemos que experimentar la inmanencia y trascendencia, comprender que la existencia cristiana no es mera evolución de un proceso cósmico, ni se debe a necesidad histórica, sino fruto de la libre actuación de Dios, que trasciende las leyes de la naturaleza e historia. Dios actúa sin más, cuya libertad de actuación debemos respetar y sostener. Será mejor pensar que estamos *humanizando* a Dios que encuadrarle en un determinismo universal. Las narraciones de la Escritura nos hacen vivir interiormente la procesión del Hijo del Padre, que vuelve a su seno, y que él a

su tiempo, en la mañana de Pentecostés, nos enviará el Espíritu Santo para que permanezca con nosotros hasta la consumación del tiempo. Debemos abrirnos con absoluta libertad a una experiencia interna de esas *idas y venidas* de Dios. Del abismo insondable de lo divino surge la *necesidad* de que Cristo vuelva al Padre: *os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré*, Jn 16, 7. Pag 532-533.

5. “Me voy y vuelvo a vosotros”

Hch 1, 11. Pag 534.

- Así se consuma la vida eterna de Jesús. Los relatos evangélicos nos lo presentan sujeto a las vicisitudes de la existencia humana con sus condicionamientos y limitaciones, siguiendo el acontecimiento central de la Pascua. Jesús pasó por el trance de la muerte, pero resucitó a una nueva vida, no sólo en la *indestructibilidad de su naturaleza*, sino en su humanidad específica. Jesús de Nazaret en persona, el Hijo de Dios hecho hombre, está de nuevo en nuestro mundo en su condición transfigurada. Durante un período está con los suyos de manera singular: *a estos mismos, después de su pasión, se les presentó ... apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca de lo referente al Reino de Dios*, Hch 1, 3. Aparece y desaparece del mismo modo, se les hace el enconradizo camino de Emaús, les abre los ojos en el partir del pan y desaparece. El Señor se mueve entre los límites del tiempo y la eternidad. Finalmente Jesús asciende misteriosamente al cielo. Sale de la historia para entrar en el ámbito de la consumación, donde ya no hay devenir, ni destino, sólo existencia eterna. Jesús se va, pero al mismo tiempo está aquí con una nueva presencia: *me voy y volveré a vosotros*, Jn 14, 28. Pag 534-535.

- De Cristo, presente en este mundo, Pablo dice que está sentado a la derecha del Padre y entre nosotros y nosotros en él. Jesús está en la eternidad, pero no deja de estar en el tiempo, en el seno del devenir histórico, con una nueva presencia. Y en los últimos confines de la historia cristiana tendrá lugar el acontecimiento decisivo, en que todo llegará a su plenitud y perfecto cumplimiento, la venida de Cristo como juez universal. Jesús estará otra vez de manera distinta: como presencia de eternidad. Éste es el tema central del Apocalipsis, todo será *cielo*. En la ascensión la *altura* espacial es sólo apreciación e nuestros sentidos. El cielo no está en el espacio infinito, ni en los límites de nuestro mundo. Tampoco es una dimensión que corresponda a nuestro lenguaje. Para entender su realidad deberemos centrarnos en lo esencial. El cielo es la exclusiva sacralidad de Dios, el modo en que Dios está a solas consigo mismo, inasequible a toda criatura. Pablo define a Dios: *el único que posee Inmortalidad, que habita en una luz inaccesible, a quien no ha visto ningún ser humano ni le puede ver*, 1 Tm 6, 16. Pag 535-536.

- Ámbitos personales y divinos. El hombre se retrae y refugia en su interior, en su ámbito personal, en cuyo mundo es impenetrable. Sólo saldrá al exterior porque el interesado abra la puerta. Así sucede en el amor si el otro lo acepta y se abre, cuyas dos intimidades se unen en una sola comunidad de existencia, abierta a los amantes y cerrada a terceros. Mundo interior tanto más

inaccesible cuanto más noble y profundo sea el hombre y más radicales sean las decisiones de las que dependa la plena realización de su existencia.

En el caso de Dios, que es in misterio inaccesible, naturaleza infinita, absoluta simplicidad, verdad y santidad sustanciales, esta intimidad no admite condicionamientos, es absoluta, impenetrable, transparente, porque es la verdad sustancial. Dios es todo luz, en él no hay la más mínima sombra de oscuridad. Dios es el Señor, libre, soberano, en plena posesión de existencia y dominio absoluto del ser. Pero siendo luz, resulta inaccesible; siendo verdad, está nimbado de misterio; siendo el Señor, es incomprensible su soberanía. Pag 536-537.

- La intimidad exclusiva de Dios está en el cielo, donde ha sido acogido Jesús, el Señor resucitado en plena realidad viviente. Pero si Dios es espíritu, ¿cómo una realidad corpórea puede entrar en la intimidad de Dios? Juan al hablar de *espíritu* piensa como Pablo en la realidad divino-espiritual, cuya concreción es el Espíritu Santo. Comparadas con el Espíritu Santo todas las realidades de cuerpo y alma, materia y espíritu, persona humana y cualquier otra cosa, son *carne*. Entre Dios vivo y todo lo demás está la distancia de lo infinito como entre creador y criatura; la distancia de la gracia como entre la vida de Dios y la de la naturaleza y la distancia de la contradicción entre Dios y pecado. Una quiebra que sólo puede salvar el amor de Dios. Ante esta realidad, toda diferencia entre cuerpo y espíritu a nivel humano, resulta insignificante. El amor redentor de Dios revierte sobre el *alma* y el cuerpo entero del hombre. El hombre nuevo, el hombre redimido, tiene su fundamento en la naturaleza divino-humana de Jesús, que iniciada en la anunciación se consumó plenamente en su ascensión. Sólo al entrar en el cielo, en la exclusiva intimidad del Padre, Cristo Jesús es plena e indisolublemente perfecto y consumado Hombre-Dios. Pag 537-538.

- Cristo ha entrado en la eternidad en el verdadero *aquí* y *ahora* en la realidad más absoluta. Ha entrado en una existencia, que es plenitud de amor, puesto que *Dios es Amor*, 1 Jn 4, 16. El modo de ser de Cristo es el amor, su ida hacia la consumación del amor significa que nos ama, está con nosotros y entre nosotros. Pablo, inspirado por el Espíritu Santo, nos transmitirá que *Cristo esta en nosotros*. El señor está sentado a la derecha de Dios Padre, más allá de todas las vicisitudes de la historia, esperando en la tranquilidad de su triunfo que se revele la victoria definitiva del juicio, cuya gloriosa manifestación sacudirá los cimientos del universo. Al mismo tiempo, está entre nosotros, en la raíz de todo acontecimiento, en el corazón de cada creyente, en el centro de la comunidad, como la figura que con su poder guía y da unidad a la Iglesia. Al abandonar Jesús el ámbito de la existencia visible e histórica, se forma en virtud del Espíritu Santo el nuevo ámbito cristiano: la vida interior de cada creyente y de la Iglesia, mutuamente vinculados y unidos. En ella se halla Cristo con nosotros: *yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*, Mt 28, 20. Pag 538-539.

6. En el Espíritu Santo

- Jesús se va y vuelve más poderoso y activo que nunca. Se abre el reino de la interioridad cristiana en el individuo y en toda la comunidad eclesial. Ahí está Jesús viviente y activo, como fundamento de una nueva existencia para el creyente, en la que el propio Jesús invade todo, dando forma y figura a esa nueva personalidad y dirigiendo su acción u destino. Jesús está en el interior del hombre y le atrae hacia sí. El hombre participa en la existencia de Cristo y recíprocamente Cristo es la vida de su vida por la acción del Espíritu Santo, imbricación que tiene su inicio en el acontecimiento de Pentecostés, de donde surge y por su impulso durará hasta el final de los tiempos. Se trata de una auténtica realidad.

¿Es verdad que una persona esté en otra?, ¿tiene sentido *ese hombre está en mí?* En el campo humano se puede sentir un amor tan entrañable a una persona que lleve a tenerla presente siempre, pero realmente sólo está en nosotros su imagen e influencia, no su persona. Siempre existirán las barreras del *yo* y *el otro* y ningún *nosotros* podrá suprimir la barrera del *yo*. Precisamente la dignidad y gloria del hombre consiste en su capacidad de afirmar su *yo*. Su actividad, responsabilidad y limitaciones nacen también de su *yo*. La afirmación de su *yo* le aísla necesariamente del *otro*, que también tiene necesidad de afirmar su *yo*. Porque cada persona es una entidad concreta con sus propios recursos y destino, diferente e impenetrable respecto de todos los demás.

Pero en Cristo no sucede así. La percepción de Cristo se funda en la realidad de un Dios vivo y único, que supera nuestra capacidad de comprensión. Es como si la unidad de Dios se refractara en múltiples aspectos. De Dios se dice que es *Padre*, que nos ama, y tiene un Hijo igual a sí mismo. La capacidad generativa de Dios se realiza dentro de su propia esencia, engendrándose a sí mismo en un *Tú* divino. Su infinita plenitud de ser se expresa en una Palabra sustancial, que se dirige a sí mismo. De Dios se dice que es *Hijo*, porque es la imagen viva y sustancial de un Padre, que le engendra creativamente. En él se revela el misterio de Dios Padre y se le presenta como imagen de sí mismo. Es la Palabra pronunciada por el creador, Palabra que en infinita plenitud de complacencia se dirige a su vez a quien la pronuncia. Dos aspectos de un solo Dios, dos personas distintas que, a pesar de su inexorable diferencia en cuanto a dignidad, son un único Dios. Pag 539-541.

- La criatura es incapaz de crear perfecta comunión con el otro. No puede entregarse hasta el extremo, porque tiene que afirmar su propio ser mediante el dualismo *yo/no tú*. Dios es distinto. Sus dos entidades divinas están abiertas una a otra tan plenamente que no existe más que una sola vida en la que ambas participan. Sencillamente, una vive en otra. Y esta es la razón, por la que cada una vive en plenitud su propio ser y se pertenece a sí misma. Todo lo cual significa que Dios es *espíritu, πνευμα, Espíritu Santo*: apertura del ser y al mismo tiempo libertad de la persona para consumir el amor sin reservas en la más pura personalidad del *yo* y *tú*. El hecho de que Dios sea *Espíritu Santo* hace que viva en la claridad de una diferencia y a la vez en la más honda intimidad de comunión de vida. En el Espíritu el Padre engendra un rostro tan límpido que en él contempla su propia imagen con absoluta *complacencia*. En el Espíritu, el Hijo es Señor de la verdad divina y la refleja en el Padre. En el Espíritu el Padre vuelca la plenitud de su ser en la apertura de una Palabra que

merece toda su confianza. En el Espíritu el Hijo recibe del Padre su ser y sentido. Es la Palabra y al mismo tiempo conserva su ser personal.

El Espíritu es apertura y ser individual, persona, que hace posible que Padre e Hijo tengan todo en común en perfecta reciprocidad y que cada uno sea él mismo por acción del otro y por sí mismo. Pag 541-542.

- El hombre anhela ser él mismo y realidad colectiva, pero jamás lo logrará con sus propias fuerzas. Por gracia de Dios lo tuvo un día en el paraíso con relación a Dios, a los hombres y a toda la humanidad. Si Adán hubiera salido airoso de la prueba, habría obtenido para todos los demás las condiciones favorables para su vida personal. Por eso, el pecado de Adán fue el pecado de todos.

El Espíritu introdujo al Λογος en la existencia humana. Por intervención del Espíritu María concibió al Hijo de Dios y se hizo hombre. En el Espíritu se da la apertura entre el Hijo de Dios y la existencia humana de Jesús, intimidad inefable, misterio de vida interior inaccesible a nuestra inteligencia. En ese Espíritu vivió, habló y actuó Jesús, afrontó su destino, murió, resucitó, se transformó en el Señor transfigurado, se forjó y manifestó la suprema unidad entre el Hijo de Dios y su existencia humana. Eso es la gran transfiguración de Cristo. El Señor resucitado es Jesús de Nazaret, en quien se revela en plenitud de vida el Hijo de Dios y en el que la Palabra del Padre se transforma en palabra humana, que habla a los hombres.

Después de la ascensión al cielo el Espíritu Santo crea en el hombre una apertura, un espacio interior, en el que puede penetrar el Señor transfigurado. Ahora, en el Espíritu Santo, él está en nosotros y nosotros en él. En Cristo, como partícipes de su gracia, podemos cumplir su relación de amor al Padre. En él nos presentamos ante el Padre como conocidos y conocedores, llenos de su palabra. Pag 542-543.

- Sólo desde esta perspectiva podemos entender la relación mutua, que según la voluntad de Cristo, debe existir entre los redimidos. La intimidad, en la que ahora vive Cristo, se ha abierto a toda la humanidad. Eso es la Iglesia, *un cuerpo*, cuyos miembros son los individuos, *miembros* cada uno del otro, y cada cual, fuerza y ayuda de su hermano. Relación ahora en enigma, no ha hecho más que empezar y aún no ha llegado a cumplimiento, habrá que esforzarse y hacer frente a continuas contradicciones.

Ser prójimo significa abolición del exclusivismo del *yo/no tú* con la ayuda de Dios, que supera la lógica de diferenciación y unidad. Es una nueva posibilidad de existencia por el amor del Espíritu Santo entre los hombres. Amor cristiano no quiere decir fusión en la naturaleza o desprendimiento personal que una la separación del *yo y tú*, sino disponibilidad recíproca que no invalida el individualismo, intimidad y dignidad que proceden el Espíritu Santo. Pag 543-544.

- Lo cual hace referencia a una realidad incomprensible: nueva creación, hombre nuevo, nuevos cielos, nueva tierra. Será el universo resucitado. Entonces todo quedará *abierto*. Habrá apertura infinita, que conserve el universo entero en su pureza y dignidad. ¡Todo será de todos!, cada uno estará en el otro, pero todo conservará su propia figura en plena libertad y respeto. Todo será uno. Así lo dijo Jesús cuando se entregó totalmente a los suyos en

el misterio de la eucaristía. Todo deberá ser uno, con la unidad del Padre que está en el Hijo y el Hijo en el Padre. Igual que ellos son uno en el Espíritu, también los hombres deberán ser *uno en Cristo* por la acción de ese mismo Espíritu. El misterio de la sagrada vida trinitaria penetrará y gobernará todas las cosas y será todo en todos. Entonces la creación entera quedará asumida en la propia vida de Dios y, sólo entonces, llegará a ser plenamente ella misma. Lo cual será obra del Espíritu, que transformará toda la creación en *novia del Cordero*, Ap 21, 9. Pag 544.

7. La fe y el Espíritu Santo

Jn 14, 25-26; 15, 26-27; 16, 5-14. Pag 545.

- El Espíritu Santo guiará a los discípulos a la comprensión de la verdad de Cristo, les enseñará a entender sus palabras, tomará *lo de Cristo*, su persona y actividad, y *se lo interpretará*. De hecho, *lo dejan todo y le siguen* y el Señor se lo ratifica sin reservas, pero les faltó lo esencial, fe: actitud que Cristo exige con respecto a sí mismo y a Dios que habla por medio de él y relación con Cristo Jesús, Hijo de Dios hecho hombre. Pag 545-547.

- El día de Pentecostés Pedro se presenta a una multitud excitada, que se agolpa ante la casa de Juan Marcos, ávida de conocer lo que ha de ocurrir. En sus palabras demuestra una actitud nueva respecto a Jesús, como quien ha sido objeto de una profunda iluminación y ahora da testimonio con una nueva energía que le impulsa a predicar con autoridad. No habla sobre Jesús, sino que expone sus ideas como quien ha vivido íntimamente con él, como si hablara desde el interior de Jesús. Su actitud frente al Maestro ha cambiado radicalmente, ha experimentado una profunda transformación. Antes buscaba razones, aunque confiaba en Jesús y le hacía preguntas. Ahora es creyente y predicador de la palabra. ¿Cómo se ha producido este cambio? No por reflexión o experiencia personal, ni por haber recobrado el dominio de sí mismo después de prolongados sobresaltos, sino en virtud de la promesa de Jesús: ha enviado el Espíritu Santo que *recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros*, Jn 16, 15. Pag 547.

- ¿Quién conoce esa misteriosa trama de vida y muerte tan sobrecogedora y ambigua, que llamamos *naturaleza*? Sólo el que la acoge en su propia existencia. Sólo entiende la música quien la lleva en su interior. Sólo comprende la magnífica y extraordinaria realidad de la existencia humana quien la abriga en su interior o tiene ansias de poseerla. Pues así, sólo será capaz de entender a Cristo quien viva en su interior a Cristo.

¿De dónde viene Cristo, cuál es la fuente de su vida, qué fuerza impulsa su actividad? El Espíritu Santo. Por su fuerza Jesús entra en la historia, en el Jordán descendió sobre él la plenitud del Espíritu Santo. Y ese mismo Espíritu tendrá que descender sobre el hombre para darle un nuevo sentido interior que lo una con Cristo y le otorgue capacidad de *conocerle*, de *creer* en él.

El Espíritu Santo es el que produce la fe, que no consiste en un proceso de profundización, progreso, perfección del conocimiento natural o forma genérica de vivencia religiosa, sino en la respuesta específica que da el hombre a la persona y obra de Cristo. Ser creyente es creer en Cristo. La *fe* supone en el

hombre el nacimiento de una nueva vida y la prueba de esa nueva vida es la fe. Jesús subraya con insistencia que sólo puede comprenderle y amarle quien ha nacido de Dios: *el que es de Dios, escucha las palabras de Dios; vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios*, Jn 8, 47. El hombre es incapaz de creer, porque la fe es la prueba del hombre nuevo, que sólo puede venir de Dios, mejor dicho, del Espíritu Santo: *el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*, Jn 3, 5. Por tanto, en el reino de Dios sólo se entra por la fe. Pag 547-549.

- En la existencia cristiana, Pablo hace una lúcida distinción entre *espiritual* y *carnal*, aplicada al ser humano, 1 Co 2. *Espiritual* no se refiere a cuanto constituye el espíritu del hombre en oposición a corporal, sino al ser redimido, a la existencia renovada por el Espíritu Santo en contraposición al ser de antes, al no redimido. La totalidad del hombre: cuerpo, alma, interior y exterior, necesidad de comer y beber, ciencia, música, los más altos grados de cultura, conciencia, ética, amor humano ... es *carne*. Todo lo cual debe convertirse en espiritual: entendimiento, corazón, voluntad, cuanto hace y produce, sus sentimientos y la vida del cuerpo. El hombre espiritual es un misterio. Puede juzgar al ser carnal y no puede ser juzgado por éste. El cristiano con fe, que vive de la nueva creación del Espíritu Santo, puede entender al mundo, pero el mundo no puede entenderle. El hombre espiritual puede juzgar al mundo porque alberga en sí un principio existencial, radicado en la libertad de Cristo. Por eso puede distanciarse del mundo más que ningún otro, que por dotado que sea, vive en el ámbito del mundo. Distancia que se establece por la encarnación de Dios y victoria sobre el mundo por la acción redentora de Cristo. El cristiano participa por la gracia de ese distanciamiento, pudiendo juzgar al mundo si vive como cristiano, aunque sea simple, pobre e inculto. El cristiano se sustrae al juicio del mundo, porque el mundo no le ve. El mundo sólo ve en él al *hombre*. Sólo podría experimentarlo quien se convierta, pero ese momento deja de ser *mundo*. El Espíritu Santo es necesario para comprender al cristiano, porque el sentido de su existencia sólo se percibe por la fe. Pag 549-550.

- El camino para llegar al nuevo ser cristiano es algo tan simple como la conversión. Vivir como fiel cristiano se realiza en la práctica, conformando nuestra mentalidad con la de Cristo, nuestros sentimientos con los suyos, nuestra vida con la suya. Sin embargo, la gracia de la fe, aun la simple esperanza de creer es algo que sólo puede crecer en nosotros, si Él mismo ha plantado ya la semilla. Pag 550-551.

8. El Señor de la historia

Hch 2, 1-41; 7, 54-60. Pag 552-554.

- En los Hechos de los Apóstoles se cuenta cómo Cristo, que durante su vida terrena no fue aceptado por el hombre, pues la fe es la única actitud que da cabida a Dios, empezó a reinar en los corazones por la actuación del Espíritu Santo.

La ascensión no fue simple fenómeno meteorológico, sino luminosidad celeste y cerrada oscuridad. El *estruendo* es conmoción del cielo, desbordamiento de

lo alto. Las *lenguas como de fuego que se reparten* son la palabra balbuciente que revela un poder misterioso, señal de alegría, símbolo de luz e inusitada capacidad de expresión. Al *posarse sobre cada uno* de los presentes en la sala transforman con su potencia celeste la personalidad de los discípulos, deshaciendo sus temores y abriendo a la verdad su obstinación e incompreensión. Pero la conmoción divina revierte también sobre la variopinta población, que invade la ciudad. Pedro se presenta a la multitud y proclama que en este acontecimiento se cumple lo prometido por los antiguos profetas para un futuro en que el espíritu de profecía se derramará sobre todos los fieles del Señor, Jl 3, 1. Así nace la comunidad cristiana, la Iglesia. Pag 551-553.

- En Pentecostés había nacido la fe y la existencia cristiana. La convicción de que su vida estaba radicada en Cristo, principio y fin de su existencia, le abrió los ojos. Miró a su alrededor y se adueñó de toda la historia de la humanidad, reconociéndose como vida de un grupo de individuos aislados y como verdadera historia universal.

En la historia de Israel se pueden detectar dos corrientes. Una, superior y auténtica, que exige vida de fe en la revelación. Otra, espuria, de carácter natural, que no hace más obstaculizar a la primera. Los mensajeros, los profetas, son promotores de tal comprensión histórica. En sus palabras se dibuja la figura lejana del Mesías y reino mesiánico. A tal fin se ordena la historia y es el objetivo de una esperanza que tendrá que abrirse paso en tiempos sombríos. Pero la palabra profética no encuentra resonancia en el pueblo, las fuerzas naturales y las circunstancias son demasiado fuertes. El destino profético se ve abocado al trágico desenlace de rechazo, persecución y muerte. Pero, cuando ya es tarde, se recopilan sus escritos y se le venera como sagrados. Es el amargo eco, que recoge Jesús, Mt 23, 29-35. Se produce oscuridad y confusión. Los breves períodos de apogeo como el reinado de David, primeros años de Salomón, época de Josías y Macabeos muestran lo que Israel pudo llegar a ser y no fue. El esplendor decae enseguida. Cuando llega el Mesías anunciado, autoridades y pueblo están obnubilados, son incapaces de reconocerle. Pag 554-556.

- Los cristianos emergentes se apropian del pasado. Jesús, que acaba de morir ajusticiado, ha llevado a pleno cumplimiento la historia antigua e inicia la nueva, ocupa el centro. Lo anterior estaba ordenado a Él y el futuro cobrará sentido en su persona. Jesús es el principio de la historia, como el Λογος, por quien todo ha sido creado, según Juan, o como el que ya existía antes del tiempo y es fundamento de todo, según Pablo, y volverá al final de los tiempos para juzgar al mundo y dar a la historia su último y definitivo significado.

¿Qué ocurrirá con la alianza? La antigua ya ha llegado a su fin. En Cristo ha llegado a pleno cumplimiento y en Él ha quedado establecida la Nueva Alianza entre el Padre, que está en el cielo y los que por Cristo creen en Él. Una alianza de fidelidad, que está en el mundo, aunque éste no la perciba más que como escándalo o necedad. El contenido de la alianza es la llegada del reino, el nacimiento de una nueva creación. También hay un pueblo, fruto del Espíritu: *vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz, vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el*

Pueblo de Dios, de los que antes no se tuvo compasión, pero ahora son compadecidos, 1 P 2, 9-10. Pag 556-557.

- En Pentecostés despertó la conciencia cristiana de la historia. El arco de la existencia cristiana se extiende hacia atrás desde la venida del Espíritu Santo hasta el principio de la creación y hacia delante desde esa hora de la venida del Espíritu hasta el fin de los tiempos. La existencia cristiana se ha diluido en fe individual. Debemos pedir al Espíritu Santo que nos desvele el sentido de la historia universal, nuestra propia historia, y nos dé conciencia de estar rodeados de acontecimientos que nos unen con el sentido de un pasado conducido por Dios y nos abren un futuro lleno de esperanza. Pag 557.

9. Nueva existencia

- La Iglesia dirige al Espíritu Santo la plegaria: *envías tu soplo y son creados, y renuevas la faz de la tierra, Sal 104, 30*, que renueva al hombre nuevo.

En cambio en el hombre no redimido la persecución del placer, el deseo de vivir acontecimientos únicos, la excitación de la batalla ... todo se reduce al deseo de salir del propio yo con las características peculiares, que conforman su personalidad, que al fin y al cabo le enfrentarán con la necesidad de admitir que sólo puede ser él mismo. ¡Siempre la misma decepción! En cuanto baja la marea vuelve la misma realidad con presión cada vez más fuerte, aunque siempre hay una secreta esperanza de poder dar el paso hacia lo que aún no se es. Y siempre también tropezaremos con la dura experiencia de que nada del propio ser se puede cambiar. Se podrán reformar planteamientos, pero jamás se superará la barrera del propio ser personal.

Salir realmente de sí mismo para entrar en el otro y encontrar en él al propio yo, abandonar el estrecho círculo individual para abrirse a los amplios horizontes de una nueva existencia más sublime y poder decir en esa apertura: sólo ahora soy aquel que yo sentía en lo más profundo de mí, no proviene, ni puede provenir del mundo. Es un círculo vicioso, una ronda infinita de círculos concéntricos, que nada, ni nadie es capaz de romper. Pag 557-559.

- Sólo hay un lugar en que el círculo del mundo ofrece una apertura: Cristo Jesús.

Crear consiste en una actitud respecto a Cristo, que le vea como fundamento de su propia existencia, principio y fin de la propia vida, medida de todo, fuerza insuperable. El creyente nunca deberá decir que es cristiano, sino que intenta llegar a serlo. Y en la medida que lo sea se le abrirán las puertas de la existencia, quedará asumido en ese tránsito, que de continuo se realiza plenamente en Cristo: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, Jn 14, 6*. Vivir en Cristo es seguir *el Camino*, entrar por la única senda que desde este mundo encerrado en sí mismo conduce a la libertad de la nueva existencia en Dios. El día a día con sus gentes y circunstancias tiene siempre las mismas exigencias. Todo permanece en su realidad. Sin embargo, se ha abierto una puerta. El paso, la travesía se ha hecho posible en Cristo. Pag 559-561.

- El hombre sólo cambiará si se orienta en dirección a Cristo. Los elementos de la vida seguirán siendo los mismos, pero, a pesar de todo, se producirá una

transformación, que no se puede articular en palabras. La situación es distinta cuando se vive en Cristo.

Esa transformación se percibe con mayor claridad cuando se observan las vidas de los santos, que la han realizado de manera heroica. Para valorarla hay que distanciarse y alejarse del foco en el tiempo. Mirando hacia atrás podemos percibir y hasta tocar con nuestras manos el progreso de tal o cual persona desde sus comienzos. Y no porque se cree un nuevo ámbito de relaciones o cambie su personalidad. La integridad y realidad de su existencia es la misma. Ser santo quiere decir que el hombre cabal sabe desprenderse de sí mismo para recalar en los brazos de Dios, desprendimiento real, sin que al término se vuelva para recoger lo que se abandonó al principio, desprendimiento que sólo se produce por la fe en Cristo.

Ser cristiano sólo es posible en Cristo, que ha unido hipostáticamente el hombre a Dios. El hombre constituye la vía esencial para pasar del mundo a Dios. Por Cristo podemos llegar a ser *Hijos de Dios* por la gracia, podemos dar el paso decisivo hacia nuestra redención.

Si hay cristianos, el mundo se equivoca radicalmente, porque sólo confía en sí mismo y no puede tolerar la existencia del cristiano, ni la de Cristo. La posibilidad del ser cristiano sólo puede ser objeto de fe, en contra de la opinión del mundo. Y sólo en la práctica de esa fe y en la intachable conservación de su pureza el mundo quedará *vencido*. Pag 561-563.

10. El hombre nuevo

Rm 6, 3-5; 7, 18-25; 8, 28-29 y 35-39; 1 Co 15, 39-49; 2 Co 3, 18; Ef 4, 1-13 y 21-24. Pag 564-570.

- En el fenómeno de Pentecostés los apóstoles al principio estaban con Jesús, limitándose a observarle de lejos, hablaban sobre Él. Después parece que vivían con Él, hablaban por Él y desde Él. Pablo demuestra el cambio de que Cristo viva en él y hable a través de él, que es la esencia del ministerio apostólico. En esto mismo radica la existencia cristiana, su razón y origen es que Cristo vive en el cristiano.

Existencia humana significa que existo y tengo conciencia en mí mismo. Soy yo mismo, no otro, soy único, habito en mí y no habita nadie más que yo. Si alguien quiere entrar en mí, tengo que ser yo quien le abra la puerta de mi ser. En los momentos de intensa vida interior siento que tengo en mis manos mi propio ser, que soy dueño de mí mismo, en lo cual radica mi dignidad, libertad, importancia y soledad de mi ser.

El cristiano posee todo esto, pero transformado. No es sólo él mismo, ni está solo consigo mismo. Al hablar de personalidad cristiana nos referimos a nuestra personalidad individual y a Cristo en nosotros: *¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte?*

Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante, Rm 6, 3-5, así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús, Rm 6,

11, *sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que resucitó de entre los muertos*, Col 2, 12.

Aquí se habla del misterio de la gracia. Después de nacer en esta vida humana, fuimos introducidos en un seno sagrado de profundidad inefable, fin y a la vez principio, en cuyo proceso se perdió algo de nosotros mismos: la autosuficiencia falaz del hombre caído, su aparente autonomía y aislamiento de Dios. Luego nacemos como nueva criatura, como cristiano. La vida misma de Dios engendró en nosotros la nueva existencia de hijos de Dios. En cuya existencia somos nosotros mismos en cuanto vivimos en Cristo. Él vive por nosotros y por Él podemos llegar a lo más íntimo y personal de nuestro propio ser: *y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí*, Ga 2, 20. Pag 563-564.

- 1 Co 15, 39-49 hace referencia a cómo será a cuerpo humano cuando alcance la resurrección y cuyo estado de plenitud consagrada consiste en una participación en el estado del cuerpo glorioso del Señor. Cuando Jesús resucitó, el Espíritu Santo, creador de vida, transformó su naturaleza humana en una nueva forma de vida que por ser la del *último Adán*, la del *segundo hombre celeste*, se convirtió en modelo y fuente de la nueva vida de los redimidos.

Para este Cristo no existen límites, ni siquiera los de la persona. Puede vivir en el interior del creyente, en el sentido de que éste piense en él o le ame y en sentido realista. Cristo resucitado puede estar en el interior del creyente porque es espíritu y *πνευμα*, realidad viva y santificada por el Espíritu. Por eso es autor de una nueva vida.

El Señor es el Espíritu, 2 Co 3, 17. El Espíritu de Dios abre la interioridad de la existencia, de modo que el ser penetra en el ser, la vida en la vida, el yo en el tú, sin violencia ni mezcla, con plena libertad, respetando la dignidad personal. El Espíritu produce amor, comunión de vida, comunidad de bienes. Él, que es amor, *recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros*, Jn 16, 15, como propio nuestro. Nos entrega a Cristo mismo, convertido en vida nuestra *pues para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia*, Flp 1, 21. Pag 565-566.

- Cuanto más eficazmente actúa Dios en el hombre y penetra su ser, tanto más descubre el individuo su propia realidad, su propio ser y que vive en él. Cuanto más intensamente actúe en mí esa fuerza creadora, más real seré yo mismo. Cuanto más potente sea el amor con que Dios me ama, mayor será la plenitud de mi propio ser. Cristo es el *Λογος*, por quien fueron creadas todas las cosas, incluso yo. Sólo su ser me convierte en el ser que Dios ha querido que yo sea. El yo del hombre brota continuamente de la potencia creadora de Dios. El auténtico yo humano es un *yo-en-Dios*, que en el ser de Cristo-Espíritu, en el *Λογος*, llega a su perfección cumplida. El hombre sólo será él mismo en cuanto es en Cristo. Pag 567.

- Según Pablo, al hacernos cristianos, recibimos en nuestro interior una nueva figura que se apodera de cuanto somos por naturaleza, lo toma como materia en la que ella misma pueda expresarse como figura auténtica y definitiva: el *Cristo místico*. Igual que el alma confiere su propia forma al cuerpo, así Cristo configura nuestra alma y nuestro cuerpo, nuestra existencia entera. La figura

que debe hacer al cristiano verdadero seguidor de Cristo, es Cristo que vive y actúa de manera distinta en cada uno, según la peculiaridad de su carácter. Cambios y vicisitudes de la existencia tendrán siempre el denominador común del continuo crecimiento. Cristo crece en la medida que crece la fe, se robustece el amor, y el cristiano se hace más consciente de su propia condición, a la vez que vive su existencia con mayor profundidad y responsabilidad cada día más exigente. Pag 567-569.

- Mi ser se decide en Cristo. La redención y el nuevo nacimiento no significan que el hombre haya quedado transformado por arte de magia, sino que se le ha implantado un nuevo principio. El mal del que habla Pablo en Rm 7, 18-25; y 8, 12-13, es una realidad, pero también lo es ese nuevo principio. El cristiano no es una naturaleza simple: es *el hombre viejo* enraizado en su yo rebelde y *el hombre nuevo* a imagen de Cristo.

La existencia cristiana es una lucha interior entre estos *dos hombres*. El cristiano no es una realidad sólo natural, sino un ser misterioso, esbozo de futuro. Los cristianos creemos que hemos nacido de nuevo, llevamos a Cristo dentro de nosotros y participamos en la gloria futura que un día se manifestará en nosotros, Rm 8.

En las cartas de los apóstoles aparece la *imitación*, seguimiento, que determina la existencia cristiana, que se encuadra en la transformación del hombre viejo en el hombre nuevo. Seguir al Señor no consiste en seguirle servilmente, sino en manifestarle en la propia vida personal. El cristiano no es copia de la vida de Jesús. La tarea cristiana consiste en trasponer la vida de Jesús a la propia vida personal en los azares de la actividad diaria, en los contactos con los demás hombres, en la actitud ante la providencia y destino, tal como se presentan. Pag 569-571.

- Una de las armas más mortíferas que el mundo esgrime contra el cristiano es el esfuerzo por arrebatarle sus más íntimas convicciones, tratar de desvirtuar su relación respecto a los dos puntos fundamentales de su existencia: santidad de Dios y la caída como fruto del pecado. Por tanto, la tarea más importante de la actividad espiritual del cristiano, en la que deben participar pensadores y activistas del quehacer diario, consiste en recuperar la conciencia, sentimiento y voluntad, que hacen que la existencia cristiana sea verdaderamente lo que es en realidad. Pag 571-572.

11. La Iglesia

Ef 1, 8-12; 3, 14-21; 4, 25-5, 2; Col 1, 8-20; 2, 8-10; 3, 12-17; 1 Co 12, 4-6 y 11. Pag 573-578.

- *El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad*, 2 Co 3, 17. Para el Señor no hay barreras de tiempo, espacio o personas. Por lo cual Cristo puede estar en el hombre sin interferir en su vida personal, como el alma espiritual puede estar en el cuerpo humano, sin que éste deje de ser realidad material viva. Cristo está en el hombre por la fe y bautismo como alma de su alma y vida de su vida: *a quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria*, Col 1, 27.

Al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe, Ap 2, 17. Así nace la intimidad cristiana, que no consiste en que el hombre se centre en su interior, se afane por preservar su propia identidad, profundidad espiritual o psicológica, sino en que se abra a Cristo, que con su venida al corazón del hombre crea la propia identidad de la persona humana. La presencia de Cristo en el hombre es la auténtica intimidad cristiana, que depende absolutamente de Cristo, sin Él se desvanece. Cristo alienta mi esperanza de vivir en mí y en cuantos creen en Él. La participación en esa vida interior que recibimos de Dios nos hace a todos hermanos. Y así constituimos la gran familia de los hijos de Dios, entre los que destaca Cristo, *a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos, Rm 8, 29.* La más pura expresión de esta comunidad de vida es el *Padre nuestro*, donde habla el *nosotros* cristiano y en el que los hijos de Dios con nuestro hermano mayor al frente nos dirigimos a nuestro Padre común. Pag 572-573.

- En cada creyente me encuentro con Cristo que está en él, Mt 24, 40, significando que la intimidad con Cristo es la medida de la ética cristiana. Cristo se proyecta sobre la existencia en general. Con poderío absoluto abarca el ámbito de toda la humanidad, envuelve a todos los individuos en su conjunto. Ocurrió el día de Pentecostés, que penetró en la totalidad de la raza humana y se constituyó en figura viva con poder eficaz. Así nació la Iglesia, que no es sólo *comunidad de creyentes*, sino que su significado radica en el hecho de que Cristo se ha apoderado de las raíces mismas de la existencia humana en cuanto tal, mientras que el individuo concreto no es más que miembro de esa totalidad que todo lo engloba, pero que al mismo tiempo mantiene su independencia en relación a sus componentes. Pag 573-575.

- Es un misterio, del que Pablo ofrece dos imágenes.

Una, la imagen del cuerpo y sus miembros. En el cuerpo humano un miembro pertenece al orden de la vida. Ya *miembro* designa una formación, órgano, que tiene sentido en sí mismo y a la vez está integrado en el conjunto vivo del cuerpo. El miembro no se puede aislar de la totalidad del cuerpo, se presupone en esa totalidad, porque el cuerpo es un conjunto de *miembros*, con relación *orgánica*. Cada uno de los miembros está relacionado con los demás por la función que desempeña en la organización del conjunto del cuerpo. Sin embargo, la cabeza, en idea de la época, es el principio activo de todo el organismo, la energía que mueve el conjunto parte de la cabeza, como fuente y máximo principio regulador. Es lo que ocurre en la Iglesia. Los creyentes individuales son los miembros y Cristo, la cabeza, la fuente que da forma a la vida. El resto de miembros, unidos y activados por Él, configuran su cuerpo, miembro con miembro y todos en un conjunto unitario.

Otra, la imagen del templo. Las piedras son las unidades. Para que el edificio se tenga en pie tienen que encajar unas con otras, no en simple yuxtaposición superficial, sino que todo obedece al plano diseñado por el arquitecto, para el que cada unidad es esencialmente un elemento del todo. La fuerza que mantiene esa unidad para constituir el todo es el *Cristo místico*, sabiduría encarnada, belleza viva, armonía y energía desbordantes. Cristo es la piedra

angular y la clave, que sustenta y corona el conjunto. Desde otra perspectiva Cristo es el cimiento, que da consistencia al edificio. Pag 575-576.

- Esa totalidad es la Iglesia. El Cristo místico la penetra por todas partes como plano que guía la construcción y figura que refleja el carácter del edificio. Pero la fuerza que mueve esa edificación, según la idea de los planos y la figura específica del edificio, es el Espíritu Santo.

La Iglesia tiene una estructura distinta del individuo, su centro está colocado en otra parte, las manifestaciones de su vida son diferentes, las épocas en las que experimenta mayor o menor desarrollo son distintas, como distintas son sus conflictos y crisis. Pero el Cristo que la gobierna es el mismo que habita y vive en cada uno de los individuos. También la Iglesia tiene su propia interioridad dinámica e insondable. Pag 576.

- La intimidad y profundidad del individuo y la inmensa y universal profundidad de la Iglesia se compenetran. La Iglesia es poseedora del saber y verdad divina, el seno materno del nuevo nacimiento, que atrae hacia sí al individuo y le engendra de nuevo como verdadero hijo de Dios. Esa presencia de Cristo explica la concepción paulina del amor, de relación doble. Por una parte, amor de persona a persona, de la intimidad de un hijo de Dios a un hermano, que se acrisola con multiplicidad de encuentros, Flp. Por otra parte, amor que brota de la unidad de vida que inunda a todos, 1 Co. A raíz del acontecimiento de Pentecostés se habían empezado a manifestar en la población cristiana carismas, dones especiales del Espíritu Santo. Por tanto, hay una sola fuerza activa, el Espíritu Santo, que produce todo, una sola figura que se manifiesta en todo, Cristo, una sola magnitud que surge de esa actividad, la Iglesia. A partir de lo cual Pablo desarrolla la imagen del cuerpo. Si hay un don, que pueda considerarse excelente, es el amor. Himno al amor, 1 Co 13. El amor es la mejor expresión e la unidad de la Iglesia, amar es ser Iglesia. Pag 577-578.

12. El Primogénito de toda criatura

Ef 1, 8-12; Col 1, 13-20; 2, 8-10; Jn 1, 1-5 y 9-14; Rm 8, 18-39; 11, 33-36. Pag 579-586.

- La figura de Cristo supera todo límite. Más ancha que el universo, encierra en sí toda la potencia creadora, en ella reside la plenitud de sentido, existe desde más allá de todos los tiempos, sin principio, eterna. La palabra que Dios pronuncia es realidad sustancial, ser en sí mismo. Cuando Dios se expresa a sí mismo, Él es quien habla y al mismo tiempo es su propio ejecutor, es Padre e Hijo. La palabra que el Padre pronuncia desde toda la eternidad *se dirige a Él* y vuelve a Él, abarca todo: la infinita esencia del propio Dios, la creación entera, toda posible creación, en ella resplandece el arquetipo de cuanto podría llegar a existir. Quien percibiera la palabra conocería la síntesis de toda realidad.

El pensamiento griego forjó el concepto de *idea*, de donde surgió el concepto de *λογος*, del que Juan y el pensamiento cristiano se sirvieron para explicar el misterio de Cristo. Juan se refiere al Hijo eterno de Dios, al *Λογος* en sí mismo y Pablo nos presenta al Hijo de Dios hecho hombre, situando al Hombre-Dios en los orígenes primordiales y principio del universo entero. Lo cual significa

que ante Dios el hombre y su mundo es absolutamente distinto de lo que pensamos. Pag 580-582.

- Así, en el Primogénito de toda criatura radican todas las formas de sentido, fundamentos esenciales, criterios de valor de todo lo creado. Como el blanco es suma de todos los colores, la Palabra contiene en su simple esencialidad cuanto se encierra de manera dispersa por el mundo, duración del tiempo, profundidad de los más intrincados significados, sublimación de todos los ideales. Los contiene como imagen subsistente y poder creativo, pues por ella se hicieron todas las cosas, es la mano creadora del Padre.

En Cristo están perfiladas las líneas de los destinos, cuanto habrá de suceder en el mundo, concatenación de causas y consecuencias, andadura vital de seres, derroteros del destino humano desde sus comienzos -cada uno en particular y cuanto forma su trama indescifrable-, todo tiene en Él su figura originaria. Es depositario de los designios de la gracia: la intrincada realidad de la *historia sagrada*, profecías, predicciones y amenazas, combinación de presagios, interminable trenzado de acontecimientos, en los que cuanto sucede estará al servicio del amor de Dios hacia quienes le aman. Todo lo cual en Cristo radica desde los mismos orígenes, alcanza plenitud de sentido y exclusiva finalidad. ¡Concepción sublime!

Nos lo confirman algunas frases de Jesús: *antes de que Abraham existiera, Yo Soy*, Jn 8, 58, *ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese*, Jn 17, 5. Pag 582-583.

- En las cartas de Pablo la figura de Cristo adquiere una magnitud universal. Todo el universo tiene cabida en Cristo como realidad que está englobada en quien es realidad infinita. Cristo abarca la realidad del mundo en su ser, todo lo finito tiene ser en Él y el sacramento de la eucaristía alcanza aquí pleno y definitivo sentido: *el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él*, Jn 6,56, significa realidad espiritual, intimidad de amor y seguridad y dimensión cósmica. Los hombres y el universo entero deben estar real y verdaderamente *en Cristo*, porque el *Λογος* hecho hombre es la síntesis de toda la realidad. Pablo afirma categóricamente que Cristo es en exclusiva realidad: el espacio, el orden, la figura y la potencia que puede acoger y transformar al creyente y cuanto existe.

El amor a Cristo es esencialmente distinto de cualquier otro amor. Cristo es la *categoría* que fundamenta toda realidad, el sistema de coordenadas, en que se inscribe todo razonamiento y norma absoluta en la que todo encuentra su propia verdad. Por limitada y débil que sea la capacidad mental de cualquier cristiano, en la medida que haga realidad diaria su transformación personal, adquirirá tal amplitud de miras, capacidad de síntesis y plenitud de ideas como ninguna intuición filosófica podrá proporcionarle.

Así, la figura de Cristo adquiere unas proporciones gigantescas, que rebasan todos los límites, no hay medida humana que pueda aplicársele, porque Él es medida de todo. Por eso Cristo es el Señor, Señor por naturaleza y Señor de toda la naturaleza y juez, norma y medida de todo juicio, porque lo que se va a juzgar es cuanto ha hecho el hombre por o contra Él.

En Cristo radica el misterio de la predestinación, misterio de amor y no de temor. Pag 583-586.

13. El sumo sacerdote eterno

Hb 7, 26-28; 9, 11-14 y 24-28. Pag 590-592.

- Cristo, sumo sacerdote de la Nueva Alianza se ofreció a sí mismo en sacrificio para expiar nuestros pecados y realizar la redención del mundo. La mentalidad moderna ha perdido casi por completo el sentido del sacrificio, lo contempla como una realidad del pasado.

En el Antiguo Testamento el sacrificio ocupa un lugar destacado. En el Génesis, la ofrenda de un sacrificio provoca la separación de dos hermanos, hijos de Adán: Abel, obediente a Dios, y Caín recalcitrante. Tras el diluvio, la alianza de Dios con los hombres, que le han permanecido fieles, se anuncia con un sacrificio. La alianza de Dios con Abrahán y su posterior renovación con Moisés se sella también con sendos sacrificios.

La ofrenda de una víctima supone que el hombre consagra a la divinidad algo que le pertenece y estima sobremanera. Ofrenda que debe ser intachable. El hombre se desprende de algo suyo para entregárselo a Dios. La ofrenda debe pertenecer a Dios. Y para que desprendimiento del hombre y pertenencia a Dios alcancen máxima expresión, la ofrenda debe ser destruida: la bebida que el hombre podría consumir se derrama en libación sobre tierra, primicias del campo, primeras gavillas de cosechas, animales ... se inmolan y queman en presencia del Señor, todo queda entregado a Dios.

Esa conciencia implica determinadas actitudes: adoración, acción de gracias, súplica, arrepentimiento, alabanza. En la ofrenda va implícita la convicción, que reconoce a Dios Señor del universo, origen del que todo dimana y objetivo al que todo tiende. La ofrenda es una confesión de que Dios es Dios, el único que existe es Dios, la creación no existe más que por gracia de Dios. Actitud, que se expresa en: *al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos*, Ap 5, 13.

Pero detrás de la ofrenda está el oferente humano. En el rito sacrificial se decía *no yo, hombre, sino tú, Dios*, para pedir que el hombre desapareciera y Dios lo fuera todo, que se expresa gráficamente con la combustión de la víctima. En su sentido más profundo el sacrificio significa la incorporación a la vida de Dios mediante una renuncia a la vida de aquí abajo.

La verdadera respuesta sólo se produce en la fe. Todo sacrificio por causa noble o a favor de una persona está orientado a Dios. Siempre queda la esperanza de que ofrenda y oferente entren en la intimidad de Dios, donde se les concederá en plenitud la unión con el bien querido. Pag 587-589.

- En la carta a Hebreos los sacrificios del Antiguo Testamento prefiguran el sacrificio de valor infinito y decisivo para el mundo, el sacrificio del Redentor, de cuya magnitud e importancia Jesús manifestó ser consciente en su última cena: *Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío. De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros*, Lc 22, 19-20. *Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo.*

Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados, Hb 2, 17-18.

Pero este sacerdote no ofrece realidades materiales: bebida, animales ... sino a sí mismo y su realidad personal, inmerso en el misterio de su propio anonadamiento. Cristo se entrega para que reine la voluntad del Padre y Él sea todo en todos, misión que tenía asumida y manifiesta a los de Emaús: *¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?*, Lc 24, 26. El camino de Jesús a la muerte es su camino a la glorificación y nos lleva consigo. Como dijo a sus discípulos: *El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará*, Mt 10, 39. Jesús es *el último Adán* y en Él vive entera la humanidad como había vivido en el primer Adán. Pag 589-591.

- Cristo es el auténtico sacerdote. En el día de Expiación por antonomasia, el día de su muerte, salió del atrio de la existencia, el mundo; franqueó el umbral de la puerta, su muerte; y entró en el verdadero Santo e los Santos, la inaccesible trascendencia de Dios, donde brilla la gloria, a la que nadie puede tener acceso. Allí Cristo está delante de Dios, ofreciéndole el sacrificio que cumple todos los requisitos, como sumo sacerdote del universo. Sacrificio que se realizó una sola vez en el tiempo, el día de su muerte. Pero brotaba de una voluntad eterna, por lo que Cristo está delante del Padre en eterno presente e interminable presencia. La historia pasa y transcurre: a los ojos del hombre es como si no tuviera fin, ante Dios, en el Santo de los Santos de un eterno presente, en la definitiva apertura de la verdad, que también es juicio, está el Hijo del hombre presentando su eterna ofrenda, hasta que suene la hora decisiva. Ante Dios el paso inexorable del tiempo es como un día. La historia pasa y se desvanece, la ofrenda permanece para siempre.

Se extinguieron ya todos los sacrificios, se desvaneció el culto de la antigua alianza. Ya no hay más que un solo sacrificio para toda la eternidad. Pero en cumplimiento del mandato de Cristo *haced esto en recuerdo mío*, Lc 22, 19, la eucaristía renueva incesantemente el sacrificio eterno del Señor.

Vivir como cristiano significa aceptar el sacrificio como obligación impuesta por el deber, entrar en el misterio del sacrificio de Cristo y colaborar con fe y amor en el pleno cumplimiento de la acción redentora del Hijo del hombre. Pag 592-593.

14. El retorno del Señor

1 Ts 4, 16-17; 1 Co 11, 23-26; 15, 50-53; Flp 1, 20-25; 2 Ts 2, 3-12. Pag 594-599.

- La realidad de Cristo se mueve entre trascendencia e inmanencia. Trascendencia divina en la que Cristo ha entrado de nuevo: *si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra*, Col 3, 1-2, vive en la trascendencia de la divinidad y devenir del tiempo y abarca incluso el fin de la realidad creada, vendrá con poder a la espera y con urgencia para poner fin a la historia: *Sí, vengo pronto. ¡Amén!*, Ap 22, 20.

Las enigmáticas palabras de Pablo, 1 Co 15, 50-53, no son consideraciones abstractas, sino ecos de una visión: Pablo contempló la segunda venida de Cristo con la fuerza expresiva de las imágenes y la impotencia de reproducir

coherentemente esa visión. Quienes pertenezcan a Cristo serán arrebatados a *lo alto* para vivir con Él un misterio de unión y plenitud insondable. Pag 593-595.

- Para Pablo ese retorno del Señor tiene lugar al final de la historia y se hace realidad ya en el tiempo presente, ya actúa en la existencia cristiana. Lo expresa en la Eucaristía, *pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga*, 1 Co 11, 26. La celebración eucarística no se agota, apunta hacia algo más, porque también es profecía: *y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre*, Mt 26, 29, *23 si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*, Jn 14, 23, *estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo*, Ap 3, 20. Palabras que hacen referencia a un pleno cumplimiento presente y futuro.

La relación del cristiano con las realidades del mundo también se ve afectada por la vuelta del Señor, *vivir en el mundo como si no viviéramos en él*, 1 Co 7, 29-32. Pablo tenía la convicción de que el retorno del Señor era inminente. Vivir el cristianismo significa estar preparados para lo que está a punto de producirse. Los no cristianos están ciegos, viven como la humanidad antes del diluvio. El cristiano, en cambio, sabe lo que va a suceder y vive preparado para ello. De ahí su actitud de alerta, vigor y audacia. Pag 595-597.

- La Edad Moderna cambia por completo la concepción del mundo. Existencia cósmica e histórica pasan a considerarse magnitudes autónomas, que se rigen por sus propias leyes internas. La creencia en una venida de Cristo que pondría fin a esta existencia del mundo se consideró un absurdo.

Pero la creencia en la venida del Señor todavía está vigente, toda fe posee un carácter de semilla, que puede dormitar y volver a despertar para salvar la sima, que media entre revelación y mundo. Pag 598-600.

Séptima parte: Tiempo y eternidad

1. El libro del Apocalipsis

Ap1, 9-13; 5, 1-4. Pag 604-606.

- La vida del Señor no está limitada por su nacimiento y muerte. Su principio es sin principio, *Jn 1, 14; Col 1, 15*, y después de la muerte resucita a una vida nueva, porque es coetáneo de la eternidad. Sube al cielo para *retornar* y establecer su reinado como *Cristo espiritual* en cada creyente y en la comunidad de la Iglesia. Pero un día volverá para juzgar abiertamente al mundo y poner fin a la historia, creación e historia serán asumidas en la eternidad y Cristo será vida eterna de los redimidos y luz de la creación transfigurada. Así habrá que presentar la figura de Jesús si se quiere escribir una *vida de Jesús, el Mesías*. El Apocalipsis desarrolla el último tramo de la vida del Señor, que se pierde en la eternidad. Pag 601.

- El Apocalipsis es un libro de consolación, que Dios proporcionó a su Iglesia al final de la época apostólica, en los días de persecución de Domiciano : *Yo, Juan, vuestro hermano y compañero de la tribulación, del reino y de la paciencia, en Jesús. Yo me encontraba en la isla llamada Patmos, por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús, Ap 1, 9.*

Dios no neutraliza la historia, aun cuando se dirija contra Él. Por encima de las realidades caducas Dios siempre manifiesta la imperecedera realidad del cielo. Por encima de potencias opresoras aparece siempre silencioso y a la espera Cristo, dueño de la eternidad, que ve, sopesa todo y lo escribe en *el libro* de su infalible sabiduría. La realidad tiene su tiempo, pero un día habrá consumido su tiempo y desaparecerá. Cristo, en cambio, seguirá vivo, todo comparecerá ante Él y pronunciará la palabra que revelará las obras de los hombres en su verdadero valor, que permanecerá para siempre. Ese es el consuelo, que procede de la fe y supone que el oyente lleva a cumplimiento en sí mismo la victoria de la fe. Consuelo que se proyecta más allá de la muerte, entra en la eternidad y que sólo sirve de ayuda si se concibe a Dios, Cristo y la eternidad como auténticas realidades. Pag 602-603.

- El consuelo, que ofrece el Apocalipsis se desarrolla mediante imágenes y acontecimientos simbólicos.

Visión inaugural: *Yo, Juan, vuestro hermano y compañero de la tribulación, del reino y de la paciencia, en Jesús. Yo me encontraba en la isla llamada Patmos, por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús. Caí en éxtasis el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: Lo que veas escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Me volví a ver qué voz era la que me hablaba y al volverme, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros como a un Hijo de hombre, Ap 1, 9-13.* Juan se sintió *arrebatao por el Espíritu*, como en éxtasis. Por tanto las imágenes del Apocalipsis son visiones.

Existen otros ámbitos de visiones como los sueños, donde se desdibujan los perfiles de la figura, se abre paso una vida más profunda, que se apodera de formas de la realidad, reelaborándolas y transformándolas. En el sueño sólo

impera la oscura voluntad del instinto, el profundo sentido de la existencia, de lo que nada sabe el mundo de lo consciente. El sueño trabaja con formas y figuras tangibles, expresándose en ellas de forma velada aunque transparente. El hombre que duerme sintoniza en su interioridad con esa figura y percibe el sentido de las imágenes, aunque en estado de vigilia no sea capaz de entenderlas. Pag 603-605.

- La visión es *semejante* al sueño, pero con una diferencia esencial entre el sueño y el estado anímico determinado desde *arriba*, que procede de Dios. Su espíritu se apodera del hombre, lo saca de su yo, elevándolo hasta convertirlo en instrumento de algo, que está por encima de sus capacidades críticas y volitivas. Ese sentido, que viene de Dios, se sirve de la existencia y personalidad del profeta para expresarse a sí mismo en cosas, acontecimientos e imágenes. En el sueño, la imaginación de la vida trabaja al servicio de su ímpetu secreto. En la visión reina el Espíritu de Dios, que transforma las imágenes del mundo en nuevas figuras, capaces de representar un sentido divino. Figuras, que se mueven en otra atmósfera, tienen otra estructura, obedecen a otras leyes de construcción y desarrollo.

Como las imágenes del sueño son diferentes a las que nos formamos en vigilia, en la visión las imágenes poseen un dinamismo incontenible. Surgen del seno mismo de la visión, se transforman, se funden y al final se desvanecen. Pero lo que en ellas se revela es el misterio de una vida insaciable, de plenitud sin medida, de futuro inexpresable y plena y total transformación que procede de Dios. Pag 605-606.

- El vidente llora, se entristece porque el sentido del rollo es secreto y no hay quien pueda descifrarlo.

En sueños caen las barreras entre aquí y allí, entre *yo* y *los otros*. Un torrente de vida inunda todo. En la imagen onírica quien sueña se siente extraño a sí mismo y, sin embargo, afectado porque en esa figura se descubre asombrado y consciente en lo más profundo, secreto y desconocido de su propia existencia. Lo que ve es el libro y al mismo tiempo el sentido de su vida, la totalidad de su propio ser.

En la visión el vidente no está en estado de sueño, sino *arrebatado por el Espíritu*. Cuanto le invade y se extiende a la imagen onírica no es la vida cotidiana con sus pulsiones, azares y esperanzas, sino la nueva vida consagrada, que procede del mismo Dios. Esa vida es la que habla y se expresa en imágenes visuales, que encierran la propia vida del vidente. Como el libro no se puede abrir se despierta en el vidente un dolor terrible, que traspasa los niveles del ser y se clava en lo más profundo del alma.

Para entender el Apocalipsis hay que superar la rigidez de las imágenes cotidianas y dejar que las figuras vayan fluyendo a su propio ritmo. Las impresiones de la vida diaria deberán someterse al poder de las imágenes y adaptarse a sus movimientos. Hay que mantenerse a la escucha y seguir los impulsos del Espíritu, aceptar el juego de las imágenes tal como se presentan, penetrar su sentido específico y sintonizar con ellas. Y sólo se comprenderán en la medida que Dios lo conceda.

Entonces tendrá sentido la investigación y conocimiento del mundo imaginario para entender la estructura del Apocalipsis, sus símbolos y presupuestos históricos, que los condicionan. Pag 606-607.

2. El que reina

Ap 1, 9-20. Pag 608.

- Quien se revela en la visión es Cristo, el *Λογος*, el *Primogénito de toda criatura*. Cristo seguirá existiendo, aun después que toda realidad haya desaparecido. Más aún: Cristo es el *último* en su actuación, igual que fue el *primero*. Todo lo creado se creó por Él, para Él y en Él tendrá fin cuanto está destinado a desaparecer. El fin de todas las cosas no se producirá por sí mismo o causas naturales, sino por intervención de Aquél, que les dio principio. Cristo es *el que está vivo* por encima de vida y muerte. *Vida y muerte* son los dos polos de su realidad omnipotente. Por eso Él *tiene las llaves de la muerte y del abismo*. Es más poderoso que cualquier poder limitado, su experiencia es absoluta porque cuanto se cobija bajo el arco de la vida y la muerte lo ha experimentado y superado. Él es quien vive por siempre y para siempre, porque es el amor. Pag 609-610.

- Interpretaciones:

De su boca salía una espada aguda de dos filos, Ap 1, 16. Se trata de una actividad espiritual continua, que sólo puede contemplarse desde el Espíritu.

Tenía en su mano derecha siete estrellas, Ap 1, 16. *La explicación del misterio de las siete estrellas que has visto en mi mano derecha y de los siete candeleros de oro es ésta: las siete estrellas son los Ángeles de las siete Iglesias, y los siete candeleros son las siete Iglesias*, Ap 1, 20. Los ángeles son los obispos, los enviados encargados de protegerlas, servirles e iluminarles.

Quien se revela en esta visión es el mismo Cristo, cuanto sucede es en Él, pasa entre los siete candeleros, por encima de realidades terrestres, tumultos y ansiedades de la existencia. Pag 610.

- Quien vive en la tribulación se dirige a Dios con el salmista: *¡Despierta ya! ¿Por qué duermes, Señor? ¡Levántate, no rechaces para siempre!*, Sal 44, 23. La existencia parece abandonada, da la impresión de que Dios no existe. El hombre puede actuar contra la voluntad de Dios y no le pasa nada. Pero el Apocalipsis muestra la supremacía absoluta de Dios. Donde está Dios también están los candeleros de las Iglesias. Quienes en la tierra creen en Él, y son tenidos por necios, poseen el reino de la eternidad, sus propios candeleros, siempre en la presencia de Dios.

Podría pensarse que la historia sólo es resultado de la voluntad del hombre. Pero el verdadero Señor es Cristo. La existencia cristiana podría parecer entregada a su propia ruina, pero está protegida por Cristo. Aunque pudiera dar impresión de que cuanto le sucede es juguete del azar, aun la amenaza de su destrucción, se cumplirá el designio eterno que nada puede torcerla, ni siquiera la voluntad del hombre. Ningún enemigo, acontecimiento, casualidad, nada, podrá dañar al candelero, porque el Señor lo protege. Nadie tiene poder sobre el candelero de oro. Pero si alguien, cuya existencia depende del candelero, se vuelve infiel, *iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero, si no te arrepientes*, Ap 2, 5. Ahí se manifiesta la soberanía del Señor. Pag 610-611.

- La visión inaugural va seguida de siete cartas de Cristo a las siete Iglesias, referidas a la Iglesia universal, hogares terrenales del fuego celeste, células del

reino de Dios. El siete es número sagrado, símbolo de plenitud. La estructura de las cartas tienen el mismo patrón: identificación del enviado, en la que se despliega la ilimitada plenitud del poder de Cristo. De quien *anda entre candeleros* Él sabe todo: cualidades, defectos patentes y secretos, apariencias y realidad. Donde están las estrellas y los candeleros todo está a la vista y el Señor les reconviene, llama a la conversión y les amenaza de castigo.

Ap 2, 1-7. Espléndida uniformidad de poder pleno y absoluto, revelación del Hombre-Dios, del Señor Jesús, *me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra*, Mt 28, 18.

Ap 2, 8-11. Conocimiento, sabiduría de quien todo lo ve. Pag 611-613.

Ap 2, 12-17. Tentaciones y tropiezos.

Ap 2, 18-29. Excesiva tolerancia.

Ap 3, 1-6. Ponte en vela, si no vendré como ladrón.

Ap 3, 7-13. Mantén la firmeza.

Ap 3, 14-22. Eres tibio, vomito a los tibios, te reprendo para que te corrijas.

- Las cartas también invitan a la perseverancia y superación de la resistencia, que ofrece el mundo a cuanto viene de Dios. La resistencia es tan grande que el creyente puede llegar a pensar que su fe es extraña al mundo, incluso absurda. Hay peligro de escándalo en el sentido de que el mundo considera insensato y antinatural cuanto procede de Dios. Hay que tener en cuenta que nuestra existencia pertenece al mundo, no podemos evitarlo. Pero hay que perseverar y conservar la fe, aunque parezca imposible, en lo cual consiste la *superación*. Cuanto viene de Dios penetra en el mundo por la fe, por la fe se hace realidad cumplida la existencia del cristianismo en el mundo y por la fe se realiza la nueva creación.

Descubrir ese sentido en la aparente necedad, creer en la presencia de lo nuevo, aunque dé impresión de que todo va en su contra, no puede conseguirlo el hombre por sus propias fuerzas, sino sólo por la actuación del Espíritu de Dios. Por lo cual en todas las cartas se repite: *el que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias* y el Espíritu dice que la *superación* es posible, anuncia un cumplimiento ilimitado a cada Iglesia:

Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios, Ap 2, 7.

El vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda, Ap 2, 11.

Al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe, Ap 2, 17.

Al vencedor, al que se mantenga fiel a mis obras hasta el fin, le daré poder sobre las naciones, Ap 2, 26.

El vencedor será así revestido de blancas vestiduras y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que me declararé por él delante de mi Padre y de sus Ángeles, Ap 3, 5.

Al vencedor le pondré de columna en el Santuario de mi Dios, y no saldrá fuera ya más; y grabaré en él el nombre de mi Dios, y el nombre de la Ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que baja del cielo enviada por mi Dios, y mi nombre nuevo, Ap 3, 12.

Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono, Ap 3, 21. Pag 613-614.

3. El trono y el entronizado

Ap 4, 1-11. Pag 615.

- Los tres primeros capítulos del Apocalipsis constituyen una introducción al libro, donde se presenta a Cristo como el Señor de la historia, *el que camina entre los siete candeleros de oro*, Ap 2, 1. Sabe y ve cuanto sucede a los suyos, sus pensamientos más ocultos, nada escapa a su mirada y les dice que les tiene muy presentes, exhortándoles a aguantar y perseverar, prometiéndoles participar en la plenitud eterna. Pag 615.

- El capítulo cuarto nos adentra en la historia de las últimas realidades. La *visión* es la clave psicológica para entender imágenes y acontecimientos. El vidente es transportado por el Espíritu Santo a una situación especial de clarividencia, en la que se le concede agudeza visual específica, presentándose ante sus ojos cuanto tiene que ver. Eso es una *visión*. El vidente está *en el cielo*, en la sagrada trascendencia de Dios, magnitud en la que Dios está a solas consigo mismo, luz inaccesible a toda criatura. En ese cielo aparece *una puerta abierta*. Quien haya pasado por esa experiencia sabe que en el espíritu hay muros que separan sus diferentes ámbitos y puertas, que desde lo conocido dan acceso a nuevos espacios ocultos hasta ese momento. Con la práctica de paciencia, purificación de deseos, concentración de facultades y esfuerzo continuo se pueden abrir algunas puertas. Otras, en cambio, sólo podrán abrirse si hay quien las abra.

En esta visión hay *una puerta abierta* y *una voz*, que invita al vidente a entrar por ella. *Una gran voz, como de trompeta* ya ha hablado en la visión inaugural, es la llamada en el Espíritu. *Sube acá*, altura en el Espíritu, de modo similar a la profundidad de su intimidad y amplitud de su anchura. El Espíritu es viviente, sagrado, creador, transformador, en Él subsiste infinita multiplicidad de poderes, acontecimientos, diferencias, mucho más que en cualquier realidad terrena. Pag 615-616.

- El vidente *es arrebatado, cae en éxtasis*, se ve en lo inaccesible. Quien está sentado en el trono es Dios, Creador y Padre. Los veinticuatro ancianos son personificación de la humanidad en presencia de Dios. La humanidad no está personificada por la juventud, sino por *ancianos*. La ancianidad es la suprema expresión de lo humano, la plenitud como expresión de los altibajos de la vida y consolidada madurez.

Del trono salen relámpagos y fragor y truenos, revelación del poder de Dios, que destruye, manda y convulsiona.

Delante del trono arden siete antorchas de fuego, que son los siete Espíritus de Dios, la Iglesia, la realidad del reino de Dios diseminado por el mundo.

Delante del trono como un mar transparente semejante al cristal, derroche de esplendor y magnificencia.

En medio del trono, y en torno al trono, cuatro Vivientes llenos de ojos por delante y por detrás, querubines, seres celestes con forma de animales, que ven todo, porque son mirada, agudeza visual, nitidez y profundidad de penetración, similares a los de la profecía de Ez 1, 5. Cada uno con seis alas, potencia y fuerza para elevarse a las alturas del espíritu.

Los veinticuatro Ancianos se postran ante el que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y arrojan sus coronas delante del trono diciendo: Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo; por tu voluntad, no existía y fue creado. Adoración, postración y clamor, que rebasa toda dimensión humana. El que es todo en todos los invade y convulsiona con su potencia hasta el clamor sin término. Algo realmente infinito late en esta visión: un acontecimiento siempre repetido y siempre nuevo, pero que se realiza en la limpia sencillez y el sagrado silencio de la eternidad. Pag 616-618.

- *Vi también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos. El trono significa la majestad de Dios, que existe en puro presente, vive en eterna serenidad, ha creado, sostiene y gobierna todo en la simplicidad atemporal de su voluntad. Ante ese Dios, la actividad humana y su lucha por la supervivencia es algo fútil, pasajero. La pretensión del hombre de que es la verdadera vida resulta un monumental absurdo. Ésta es la imagen de Dios, que domina el Apocalipsis. Ese Dios no habla, pero en Él está el sentido de la realidad.*

Dios tenía en su mano un libro ... sellado con siete sellos, que nadie puede abrirlo, sino el Cordero. Dios no actúa, pero es la fuente de todo poder. Todo ha sido creado por Él y obedece a su voluntad. Jamás se hace visible su figura, sólo destellos fugaces de un esplendor que la vista no puede precisar. Cuanto refleja la variedad de imágenes cobra de Él forma y sentido. Da la impresión de que no es más que pura presencia. Pero el vidente veraz, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se estremecen ante su realidad absoluta, reconocen su trascendencia, le rinden adoración; el homenaje que sólo a Él le corresponde. Pag 619.

- Las acciones tienen lugar en su presencia, pero quien actúa es el Hijo, *el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que camina entre los siete candeleros de oro, Ap 2, 1. En seguida se nos presentará como Cordero que realizó la redención y tiene poder sobre toda la existencia, se ofreció a sí mismo como víctima y atrae a todo lo creado a la unión de la vida eterna; como jinete en caballo blanco, guiando a sus huestes a la victoria; como juez sentado en trono blanco para juzgar el curso de la historia: como el gran invocado: Ven, Señor, Jesús. Por su parte, el Padre, sentado en el trono, ha enviado a su Hijo que actúa en nombre del Padre, cumple su voluntad, regresa a su presencia y le entrega toda la creación. Pag 619-20.*

4. Adoración

Ap 4, 9-11. Pag 620.

- Espléndida imagen, *los veinticuatro Ancianos se postran ante el que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y arrojan sus coronas delante del trono diciendo: Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, Ap 4, 10-11. La actitud de adoración sacrifica la postura erecta. En sus orígenes la postración era signo de entrega personal y homenaje al soberano. Con el tiempo el significado se traspone al plano espiritual. La adoración contiene una profundidad inconmensurable.*

Supone la actitud de abrir espacio a Dios, la voluntad de que Él sea El que es, que reine su poder. La adoración puede ser siempre más acendrada, completa e íntima. El espacio que se abre a Dios cada día puede ser más amplio y libre. Pero hay algo más profundo en la adoración. Si le adoro, no es sólo porque tenga el poder, sino porque *Es digno de recibir la gloria, el honor y el poder*. Es digno porque *ha creado todas las cosas*, por tanto, es evidente que es veraz, bondadoso y santo. Su santidad infinita es la razón por la que es digno de tener todo poder. Ahora tiene más sentido la adoración, porque ante Dios se inclinan cuerpo y espíritu, no la conciencia de una supremacía, sino la libertad de la persona. Dios es la realidad absoluta y el poder incontestable, la sacrosanta verdad y el bien supremo. Inclinarsse ante Dios es necesidad ineludible y deber de justicia, adorarle es expresión de verdad inagotable y cada vez más profunda. La adoración es una virtud, no pone en entredicho la dignidad del hombre, porque constituye su fundamento, la dignidad del hombre brota de la verdad. Cuando el hombre se inclina ante Dios vive en la verdad y libertad. Pag 620-622.

- La adoración contiene algo infinitamente verdadero, benéfico y constructivo, que tonifica el espíritu. En el ámbito del espíritu habrá que reseñar el fervor, intimidad, profundidad, vuelo a las alturas, fuerza creativa y pureza de espíritu. Cuerpo, corazón y alma también tienen su pureza, que son fuente de salud para el ser humano.

La pureza de espíritu está esencialmente vinculada a la verdad y radica en sus propios orígenes, donde él mismo elabora su idea sobre el ser y deber. El espíritu se vuelve impuro por la mentira. No se vuelve impuro al hacer el mal, sabiendo y aceptando en su interior que hace el mal, sino cuando deforma conceptos y al mal llama bien. De la misma manera, tampoco se vuelve impuro cuando miente, aun sintiendo el reproche de su conciencia, sino cuando renuncia al sentido de la verdad. Tampoco se vuelve impuro por equivocarse, por interpretar mal acontecimientos, no entender conceptos, juzgar apresuradamente, usar palabras inadecuadas, desfigurar imágenes ... , sino cuando expresamente no quiere aceptar la realidad, despoja a las imágenes de su rigor y nobleza. Pag 622-623.

- Por la impureza del espíritu el hombre puede enfermar. Las enfermedades síquicas, mentales, provienen de su impureza interior, del espíritu. El espíritu enferma no cuando actúa contra la verdad, sino cuando la elimina, prescinde de ella, la somete a caprichos, **maquilla** o difumina. El espíritu vive de la verdad y corazón y cuerpo viven del espíritu. La adoración a Dios es la garantía de la pureza de espíritu. Si un hombre adora a Dios, si se inclina ante Él reconociéndole como *digno de recibir gloria, honor y poder* porque es santidad consumada y verdad por antonomasia, estará libre de caer en la mentira. Pag 623-624.

- La pureza y vigor de espíritu son las fuerzas más poderosas del hombre, pero la debilidad de la naturaleza humana hace que sean las más vulnerables a la seducción. Sin embargo, es más terrible la rebelión contra la verdad misma, la mentira, que vicia incluso la mirada, porque reside en el mismo espíritu. La adoración hace que el corazón se renueve incesantemente en la verdad, el espíritu se vivifique, se aclare la mirada y el carácter se sienta responsable. Por

tanto, nada hay más importante para el hombre que aprender a inclinarse ante Dios con su ser más íntimo y abrirle espacio para que entre y sea su Señor, porque Dios es digno de serlo. En el hombre, el convencimiento de la adoración a Dios es necesario por ser la verdad, porque su práctica interna e infatigable introduce al individuo en el ámbito de la divinidad y resulta extraordinariamente saludable para todo su ser.

Hay momentos especialmente adecuados para practicar la adoración: al amanecer y al anochecer. Al romper el día como símbolo de nuestro nacimiento. Al caer de la noche como símbolo del final de nuestra propia vida. *Práctica* quiere decir regularidad. Arrodillarse y pensar que Dios existe, reina y es *digno de ser Dios* produce gran alegría y colma de felicidad. Los santos se inflamaron de amor ante este pensamiento.

Las fórmulas de adoración se deben buscar en las Escrituras, Ap 4, 1-11; 7, 11-12, Salmos, Profetas ... Pag 624-625.

5. El Cordero

Ap 5, 1-14; 7, 9-17; 14, 1-5. Pag 627-633.

- El que está sentado en el trono es origen e todas las cosas y el fin al que todo retorna, el Padre, creador del universo, señor de la existencia. Es Rey y Señor de cuanto sucede en el Apocalipsis. Pero no actúa directamente, el protagonista es Cristo, su enviado, que se presenta como el Cordero en el capítulo quinto.

Entonces vi, de pie, en medio del trono ... un Cordero, Ap 5, 6. Este estar cerca del trono, en su presencia, se refiere al ámbito de la creación, porque todas las cosas suceden en Dios. Todo ha sido creado por Él, en su presencia, sostiene y mantiene en su ser todo. El verdadero conocimiento de Dios supone que se ha entendido ese aspecto. Dios sencillamente está en sí mismo, sin relación a ninguna otra realidad. Todo está en su presencia. El Cordero está en presencia del que está sentado en el trono, porque el Hijo de Dios ha entrado en la creación, Cristo ha vivido en la presencia de Dios por ser hombre sujeto a espacio y tiempo, porque amaba al Padre y su vida era obedecer y cumplir la voluntad del Padre y porque era Dios. La visión se cierra así: *Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos. Y los cuatro Vivientes decían: Amén; y los Ancianos se postraron para adorar*, Ap 5, 13-14. Pag 625-627.

- Representaciones. A Cristo redentor se le presenta en imagen de cordero y al Espíritu Santo en forma de paloma.

Dios es el que no tiene figura. Dios es realidad subsistente, pura acción, plenitud absoluta, felicidad plena, sin figura que le pueda representar. La única manera de hablar de Él es negando las realidades contingentes: Dios no es cielo, mar, árbol, hombre ... ni nada de cuanto se puede nombrar. Él es Él. Y tal vez la figura menos apropiada para representarle sea la figura humana. Sin embargo, el mensaje esencial cristiano es que *Dios se hizo hombre*, y la figura humana de Jesús constituye la revelación del Dios vivo. Para saber cómo es Dios tendremos que mirar el rostro de Jesús y penetrar en su corazón. En su

sentido más profundo Dios es un Dios *humano*, aunque inconfundible con el hombre. La *humanidad de Dios* no es pura palabra humana, sino palabra de Dios, que nos revela lo que es en realidad.

Pero tal vez la imagen del cordero sea la mejor representación de Cristo, de Dios: blanco, delicado, indefenso, *degollado*, con la muerte en su corazón pero lleno de poder que remueve lo más profundo de la existencia, ser extraño que surge de la impenetrable divinidad y nos cautiva en lo más íntimo. Lo cual refleja Mathias Grünewald en su cuadro de la crucifixión con el cordero al pie de la cruz. Pag 628-630.

- Cristo, el Cordero, puede abrir el libro porque sufrió hasta el fondo la realidad del mundo con sus cuestionamientos, aunque jamás se vio sometido a su poder. Lo abre con la doctrina, la luz que de Él dimana y se difunde sobre la realidad y la libertad, cuyo aliento infunde en el corazón. A medida que el creyente penetra en Cristo se le rompen sellos y comprende su sentido, aunque sea incapaz de expresarlo.

El Cordero ha rescatado a cuantos estaban sometidos a esclavitud. Puede liberar porque Él en persona ha descendido hasta el abismo absoluto: *porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes, y reinan sobre la tierra*, Ap 5, 10, nos ha dado la santidad y poder en clave personal y universal. La humanidad no es rescatada de la esclavitud, sino de la culpa: *Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos ... Esos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero*, Ap 7, 9-14. Son los predilectos el Cordero, que por su causa han renunciado a cualquier otro amor. Su existencia se resume en el seguimiento del Cordero, dondequiera que vaya, y en el cántico que sólo ellos entonan, porque nadie puede aprenderlo. Pag 631-633.

6. Los siete sellos

Ap 6, 1-11; 7, 1-8 y 9-17. Pag 634-637.

- El capítulo cuarto del Apocalipsis comienza con la visión de *una puerta abierta en el cielo*.

Vi también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos, Ap 5, 1. El libro contiene el sentido de la existencia y el futuro. *En medio del trono está el Cordero como degollado, pero vivo*, que con su victoria sobre la muerte ha realizado la redención. Por lo cual tiene poder para abrir los siete sellos.

El sello es señal de pertenencia a Dios, como naturaleza asida por Dios y marcada hasta sus raíces. Bautismo y confirmación son marcas, que preparan para el sello definitivo y eterno. Los marcados pertenecen a Dios, que son elegidos entre *las doce tribus de Israel*, toda la humanidad. El *doce* es el número de la totalidad. Doce por doce multiplica la cantidad y si el otro número multiplica por mil, el resultado se eleva a lo fantástico. Pag 633-636.

- En medio de tanta destrucción surge la poderosa imagen de una redención a lo grande. Los llamados a participar en la plenitud de la vida son innumerables. El sentido de esa vida consiste en que Dios, el que está sentado en el trono, habita en ellos y ellos siempre están a su servicio. El Cordero les protegerá, apacientará y conducirá a fuentes de agua viva.

Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo, como una media hora..., Ap 8, 1, es decir, la mitad de un corto espacio de tiempo.

Las *trompetas* simbolizan el estallido del poder de Dios: Trompetas del Sinaí, trompetas que provocaron la ruina de Jericó, trompeta al final de los tiempos anunciando el juicio definitivo ... Con la apertura de los sellos comienza la serie de acontecimientos, en el último de los cuales aparecen siete ángeles, cuya séptima trompeta da inicio a nuevos acontecimientos.

Los jinetes son símbolos de determinados aspectos de la existencia terrestre y características, que marcan el proceso de evolución histórica. Los jinetes no recorren el mundo de una sola vez, sino que están continuamente en liza. Siempre que ocurren determinados acontecimientos esos jinetes galopan por el mundo.

Podríamos definir lo apocalíptico como el latir de nuestra existencia transitoria frente a la eternidad, lo que experimenta el ser finito al verse penetrado por lo eterno.

En el Apocalipsis se toca lo eterno, como poder que se impone, y lo finito, que hasta ahora parecía seguro, pierde su consistencia, se esfuma hasta su carácter *natural*. Se revela como lo que es en realidad: una finitud radicada en la rebeldía, que actúa como si Dios no existiera. Produce la impresión de algo extraño, quebradizo y muy cuestionable. Lo apocalíptico revela lo que sucede a la finitud cuando se establece la supremacía de lo eterno. A Juan se le concedió el don de comprender esta realidad. Quien la posee ya no puede quedar indiferente ante la realidad de la existencia, siempre estará sometido a la tremenda presión que ejerce el corrimiento de los límites entre lo finito y lo eterno, ya no hay existencia tranquila. Pag 636-639.

- Los cuatro jinetes, desde mucho antes, han estado recorriendo el mundo todos los años y a todas horas, por tanto representan una realidad presente.

El primer jinete hace que la verdad triunfe, derrota a la mentira y discierne cada cosa según su verdadero valor. La historia universal no puede ser juicio, **ni juez**, de la propia historia, porque no habría discernimiento entre bien y mal. La clarificación de ideas, la justificación del bien, el juicio sobre la actividad humana y la claridad definitiva provienen de Dios. Lo verdaderamente apocalíptico es el relámpago del juicio eterno, que irrumpe en toda decisión humana, luz que sólo puede ver quien ha recibido la capacidad de percibirlo: el vidente y quien por medio de la *fe* ha sido capacitado para *discernir las señales de los tiempos*, Mt 16, 3.

El segundo jinete es la guerra, el tercero el hambre y el cuarto la muerte. Son los azotes de la existencia humana en cuanto revelación del fin, con su culminación de todos los horrores. Son situaciones de riesgo de la vida humana en las que se deja sentir el peso de lo eterno, los primeros embates del último diluvio, los presagios de la catástrofe definitiva que Dios enviará sobre el universo, en la que saldrá a la luz toda la maldad, falsedad y corrupción que el hombre alberga en sí mismo. Pag 639-641.

- Que alguien sufra violencia por servir a la verdad y proclamar el nombre de Dios repugna a la sensibilidad natural del ser humano. Las víctimas de la violencia claman al cielo y el cielo responde: tened paciencia, aunque penséis que no se hace nada, que no os engañe el silencio de Dios. Cuando Dios calla, los hombres creen que tienen asegurado el poder. Pero ya están trazados los límites. No importa que proliferen la injusticia. Cuando a los ojos de Dios la iniquidad esté colmada, llegará inexorablemente la retribución. Lo verdaderamente apocalíptico es que cualquier acto de violencia, prescindiendo del lugar y momento que se realice, provoque la terrible amenaza de una intervención de Dios.

La apertura del sexto sello parece alusión directa a las últimas convulsiones del mundo. La conciencia se inhibe ante la predicción del fin del mundo. La fe, en cambio, sabe que tendrá lugar, porque el mundo carece de explicación lógica y consistencia en sí mismo. No es fruto de evolución natural, sino que fue creado y se mantiene por decisión libre de la voluntad de Dios hasta que llegue la hora que fijó.

El único capaz de abrir los siete sellos es el Cordero. Jesús es protagonista indiscutible de cuanto sucede en el Apocalipsis, Él confiere a esta última etapa su carácter definitivo, el Juez supremo e inapelable, quien lleva todas las cosas a su más consumada plenitud. Pag 641-642.

7. Las cosas

- En el Apocalipsis aparecen multitud de cosas.

En la primera visión: siete candelabros de oro y siete estrellas, las cartas a las siete Iglesias, las promesas al vencedor, árbol y corona de la vida, piedra blanca con nombre grabado, columnas del templo de Dios, banquete comunitario.

En la segunda visión: trono, veinticuatro ancianos con vestidos blancos y coronas de oro, cítaras, incensarios, libro sellado con siete sellos, el Cordero, cuatro vivientes, cuatro jinetes con sus respectivos caballos.

También aparecen los elementos más comunes de la naturaleza: cielos, tierra, mar, vientos, estrellas, luna, sol, árboles y sembrados.

Se hace referencia a multitudes de hombres con palmas en las manos, se entregan siete trompetas, sello de Dios para marcar a los elegidos.

Los enemigos aparecen bajo diversas figuras, como fuerzas punitivas, vengadoras: rayo, relámpago, voz de los siete truenos.

Sorpresas: un ángel ofrece al vidente un libro, que deberá comer y le da una caña de medir parecida a una vara, para que mida el santuario de Dios.

En el cielo aparece esplendorosa una mujer y un águila se precipita en su ayuda. Una hoz siega la mies madura y el lagar rebosa de uvas. Se vierten siete copas rebosantes del furor de Dios, que provocan siete plagas mortíferas. Aparece la ciudad nueva, la Jerusalén celeste con esplendor refulgente ...

Con tal despliegue de cosas el Apocalipsis describe la eternidad como una magnitud fuera del tiempo, que, a su vez, lo invade y penetra. Presenta el modo en que la existencia temporal es asumida por la eternidad y privada de sus propias seguridades. La eternidad, Dios y su reino interpelan al ser humano. Si no fuera así, la existencia carecería de sentido. Pag 642-643.

- Interpelación de lo divino. La comunicación más pura entre Dios y hombre sería la que careciera de forma representativa. Dios, realidad incomparablemente distinta de cualquier cosa creada, entraría en nuestro interior sin más, sin figuras intermediarias. Hay personas, que experimentan con claridad meridiana esa presencia de Dios dentro de sí mismas sin imágenes, conscientes de que se mueven guiadas, caminan en su luz y se sienten protegidas por Él. Para otros esa presencia es más difusa o la ignoran. Esa palabra de Dios está presente en cada hombre, aunque el interesado no sea consciente de tal presencia. En cada uno de nosotros existe ese *fondo, filo, chispa interior*, en el que resuena continuamente la palabra silenciosa de Dios, más allá de cualquier forma o sonido. Nuestra existencia individual, inmersa en un mundo extraño, y la continua incertidumbre, sujeta a azar y contrasentido sólo se pueden soportar por el hecho de que siempre, aun sin ser conscientes, nos llega algo secreto que alienta nuestras desazones. Sabemos que nuestra existencia proviene de la Palabra del Padre y en el fondo de nuestro ser está activa esa Palabra eterna, de la que brota el sentido de nuestra vida, aunque corremos el riesgo de malinterpretarla y deformarla.

Lo malo que hay en el hombre actúa en lo religioso como en cualquier otro campo. La palabra oculta y silenciosa de Dios permanecerá oculta y desvaída en nosotros hasta que aceptemos la luminosidad esplendente de Cristo, la Palabra de Dios. Por la acción de Cristo, la palabra callada y susurrante de Dios se tornará palabra diáfana y luminosa. Pag 643-644.

- Pero Dios puede hablarnos a través de realidades del mundo y acontecimientos, porque todo viene de Él. Su acto creador no se limita a poner las cosas en el universo, sino que la realidad existe y sigue existiendo por la continua acción de Dios sobre ella. Juan nos dice que todo fue creado por la Palabra del Padre. Cada realidad del universo es una boca, por la que habla la Palabra eterna. Tal vez sólo entendamos la realidad, aunque no de manera consciente, porque percibimos en ella la voz interior de la palabra eterna de Dios a través de cada cosa. Si la palabra interior, que late en las cosas, se pudiera suprimir sin riesgo de destruirlas, nos veríamos rodeados de horrores incomprensibles y de una caterva de seres extraños, a los que no habría posibilidad de amar.

Nos apropiamos de esa palabra que nos interpela sin cesar y que da sentido a la existencia y la trivializamos convirtiéndola en una realidad de nuestro mundo. Usurpamos el suave fluir de esa palabra para disfrazar el orgullo y la frivolidad de nuestras ideas y darles apariencia de verdad. También aquí se necesita redención. Es un terrible engaño suponer que el hombre puede encontrar sin más la verdad dentro de sí o en las cosas, que le rodean. Entre la infinidad de palabras que Dios pronuncia en todas las cosas, la única que cuenta es la palabra de revelación, la única que establece distinciones, aporta claridad, abre los ojos para entender qué es el hombre, enseña qué es obediencia y en qué consiste el verdadero amor. Sólo entonces se habrá comprendido la palabra de las cosas. Pag 644-645.

- Tercer modo de interpelación por parte de Dios. El Dios escondido, totalmente otro, sin imagen y figura, que encierra en sí mismo la infinita variedad de lo posible, también es el Señor de toda la realidad. Dios pronunció expresamente su palabra de manera clara y precisa en la historia, en el momento establecido

y a través determinados individuos elegidos por Él. Vino al mundo la Palabra eterna en persona, se hizo hombre, y aún está entre nosotros hablándonos con labios humanos. Es difícil de entender y admitir por la mente humana, y aquí está el peligro del escándalo, que Dios nos hable en ausencia de figura, pero en un personaje concreto, en la infinita variedad de formas creadas y en la aparente arbitrariedad de su venida histórica, ahora y no siempre, así y no de cualquier modo posible, en esta palabra única, pero obligatoria para todos los tiempos. Cristo aceptó el destino que le deparó su propia hora, que podría haber sido diferente, si Él y los hombres lo hubieran querido así. Cristo eligió a sus apóstoles, podría haber elegido otros o ninguno. Cristo fundó esta Iglesia concreta, la cual no era necesario que fuera así, ni que tuviera que existir. En la Iglesia hay tales sacramentos y no otros, siete y no diez. Así podríamos seguir enumerando circunstancias. Todo confluye en una sola realidad. La Palabra expresa de Dios, su Palabra personal, histórica, hecha carne, está en el tiempo. Y las otras dos realidades de interpelación divina reciben de ésta su orientación y claridad. Pag 645-646.

- En el ámbito de la Palabra hecha carne y en la claridad de la redención despiertan la palabra interna del Dios escondido y la palabra que el Creador pronuncia en todas las cosas creadas, dos palabras libres y puras: la interior queda protegida y la exterior permanece pura. Así, por todas partes, la realidad se vuelve lúcida y proclama su mensaje. La eternidad, a su vez, despierta y entra en el fluir del tiempo. La nueva creación, fundada en la acción redentora de Cristo y madurada en la vida de la fe, se manifiesta en todo su esplendor. Lo que se presiente en el día a día de la vida cristiana: unidad entre la palabra interna de Dios, la que Él mismo pronuncia en cada cosa, y el mensaje diáfano de Cristo, llega aquí a su plenitud.

La incansable trascendencia de Dios, que no se puede comparar con ninguna realidad finita, se revela en la nueva creación, y se ratifica por la palabra originaria, que habla en las cosas. Éste es el testimonio de que todo procede de Él y todo liberado y sellado en la verdad por medio de Cristo, Palabra sustancial de Dios, Palabra hecha carne. *Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud*, Col 1, 15-19. Misterio de Cristo, que se nos revela en las cosas del Apocalipsis, si las percibimos y vivimos como Juan. Pag 646.

8. Sentido cristiano de la historia

Ap 12, 1-2. Pag 648.

- La apertura del *séptimo sello* provoca una nueva serie de visiones, que tiene por protagonistas a siete ángeles con siete trompetas. Cada vez que un ángel toca la trompeta cae una catástrofe sobre la humanidad. Sin embargo: *tocó el séptimo Ángel... Entonces sonaron en el cielo fuertes voces que decían: Ha*

llegado el reinado sobre el mundo de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos, Ap 11, 15, anuncio del comienzo de las últimas realidades y que Cristo comenzará a intervenir directamente en el ulterior desarrollo de la historia.

Primera figura apocalíptica: el dragón hace salir del mar a un monstruo terrible, el Anticristo, hombre de extraordinarias cualidades, intelectual, sabio, poderoso, lleno de fuerza religiosa y con cierta semejanza con Cristo. Se dirá de él que *aún herido de muerte sigue vivo*, lo cual supone superar su propio sacrificio y cierta aureola de redentor. Toda su presencia se dirige contra Dios, el Mesías. Desafía a Dios, blasfema contra Él y maldice su Nombre. Se rinden a él todos los hombres, excepto los que están escritos en el libro del Cordero.

Surge de la tierra una segunda fiera con figura de cordero y lenguaje de dragón, un precursor, que anuncia al Anticristo, erige su imagen, realiza milagros e induce a los hombres a adorar al Anticristo.

En la siguiente visión, surge el Cordero contra la figura del Anticristo y su precursor: *había un Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión, y con él 144.000, que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre, Ap 14, 1. Pag 647-650.*

Visión en el desierto. *Me trasladó en espíritu al desierto. Y vi una mujer, sentada sobre una Bestia ... y en su frente un nombre escrito ... La Gran Babilonia, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra. Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús. Y me asombré grandemente al verla, Ap 17, 3-6., representa a Roma, síntesis de poder, placer, violencia, soberbia, cultura y rebeldía contra Dios, y a todo poder terreno que se rebela contra Dios. Pag 647-650.*

- *Luego vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él. El cielo y la tierra huyeron de su presencia sin dejar rastro, Ap 20, 11. El que está sentado en el trono es el juez. Los muertos cobran nueva vida, son llamados a juicio y cada uno recibe su sentencia. El tiempo llega a su fin. Lo viejo ha pasado, todo se abre a la eternidad, se crean nuevos cielos y tierra y todo lo que pertenece a Dios se reúne en la nueva Jerusalén. La revelación ve el sentido de la historia en el cumplimiento pleno de la redención.*

Desde la perspectiva de Dios significa la absoluta realización de su designio salvífico, que los elegidos han entrado definitivamente en el seno de la divinidad.

Desde el punto de vista humano implica una decisión personal a favor o en contra de Cristo. La entrada en el seno de la divinidad y la decisión por o contra Cristo son un proceso, que se realiza continuamente hasta el límite prefijado de la historia. Cuando el tiempo alcance su plenitud, vendrá el fin.

Desde el punto de vista cristiano cualquier acontecimiento, que se produzca en el curso de la historia tiene la función de clarificar dónde reside el aspecto verdaderamente salvífico. Los acontecimientos dibujan la situación siempre nueva, en la que ese aspecto debe realizarse. Respecto al sentido de la historia el devenir histórico del hombre no se vuelve mejor o peor, sino que en su decurso aparece con claridad cada vez más diáfana el objeto de decisión, cada día más inevitable, las fuerzas en su lucha más exigentes, donde un *sí* o *no* serán fundamentales. Pag 650-652.

- El Anticristo llegará, sin duda. Será un hombre, que instaurará un orden de cosas, en que la oposición a Dios se convertirá en la suprema decisión del ser humano. Será un hombre de grandes conocimientos y enorme energía. Su objetivo supremo será demostrar que es posible existir sin Cristo, que Cristo es el enemigo número uno de la existencia, que sólo podrá existir en plenitud, cuando se aniquile el sistema cristiano de valores. Para demostrar esa tesis desplegará impresionantes medios materiales e intelectuales, mezclando violencia y astucia, de suerte que el peligro de escándalo sea insuperable, hasta el punto de que quien tenga los ojos abiertos por la gracia se verá irremediabilmente perdido.

Entonces se verá con claridad la esencia del cristianismo, lo que no procede del mundo, sino sólo del corazón de Dios: la victoria de la gracia sobre los poderes del mundo, incluso la redención del propio mundo, pues su consistencia no radica en él mismo, sino en el Ser superior, que es Dios, quien mantiene en su ser todas las cosas. El gran florecimiento de Dios se llevará a cabo *cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo*, 1 Co 15, 28. Pag 652.

9. La señal magnífica en el cielo

Ap 12, 1-17. Pag 653.

- Visión de una mujer envuelta en sol ... con el salvador en su vientre, cuyo nacimiento toda la creación espera. El enemigo quiere aniquilarle, pero está bajo la protección de Dios. Quizás se aluda a la persecución de Herodes y al tiempo en Egipto al *cuidado* de los suyos. A continuación, parece que cambia el sentido: la mujer ya no es tanto la madre del salvador, cuanto la Iglesia, cuyos hijos a quienes persigue el dragón, son los creyentes. Resulta difícil de entender el modo específico de presentar esas imágenes. Pag 653-654.

- Cristo Jesús brilla sobre el mundo como astro eternamente válido, ilumina y gobierna la creación, es *señal*, imagen primigenia, sentido, medida y orden de cuanto existe. La existencia del redentor no se puede limitar a puro aspecto psicológico, ético o religioso, hace referencia al ser. No se agota en lo humano, inserto en la historia, abarca el mundo entero. El ser del redentor y su actividad se inscribe en la obra creadora del universo, en cuyo sentido Cristo es una realidad cósmica.

Cristo es el *Λογος*, en Él todo cobra su sentido más radical, todo ha sido hecho por Él. Vino a este mundo para ser luz y sol. Concepción, que no se entiende, si no se percibe en Cristo una tensión entre lo íntimo y cósmico, entre la profundidad de la persona y la amplitud del universo, entre vivencia y esencia, entre inteligencia y realidad. Es lo que quiere decir Pablo, cuando afirma que Cristo es Primogénito de toda criatura, que todo fue creado por Él y para Él y todo tiene en Él su consistencia. Él es síntesis y compendio de todas las cosas de cielo, tierra y bajo tierra. Él lleva a cabo la misteriosa unidad de todo en su *cuerpo*, la Iglesia. Comprender a Cristo es cuestión de mentalidad, vivencia, intuición, ética, ser, realidad, mundo, de nueva y siempre renovada creación. Eso significa la *señal magnífica en el cielo*. Pag 654-655.

- Hoy siguen teniendo sentido revelación y fe, porque si dependiera de los hombres determinar lo válido del cristianismo, desvirtuaríamos la redención de Cristo, acomodándola a nuestro arbitrio para ratificar nuestras decisiones. Por tanto, ante la revelación no cabe más disposición que escuchar y aprender. Cristo Jesús es una figura, que procede de la revelación, que se encuentra en la Sagrada Escritura, la cual nos ofrece la Iglesia, tanto en su conjunto como en cada una de las afirmaciones. Pag 656.

- Cristo es el ser todopoderoso, que abarca principio y fin, tiempo y eternidad, que está en nosotros y por encima de nosotros, en nuestro corazón y en el cielo. Por tanto, es incomprensible que alguien reniegue de Él, blasfeme su nombre, le ignore u olvide. Pero las posibilidades de negación del ser humano son ilimitadas. Pag 656-657.

10. Vencedor-Juez-Arquetipo

Ap 19, 11-16; 20, 11-15; 22, 10-13 y 16-21. Pag 658-663.

- Cristo destaca y condiciona cuanto ocurre en el Apocalipsis. Sus diversos acontecimientos podrían organizarse en torno a las manifestaciones del Señor. La visión inaugural presenta a Cristo caminando entre candelabros de oro y enviando cartas a las siete Iglesias. Cobra relieve especial la imagen del Cordero en la visión de los siete sellos y en la de las siete trompetas. En los últimos acontecimientos en una *magnífica señal del cielo* aparece una mujer y su divino hijo perseguidos por el dragón y triunfando el Cordero sobre Sión con sus elegidos. Catástrofes producidas por las siete copas de furor de Dios, destrucción de Roma y anuncio de las bodas del Cordero. Los últimos acontecimientos se entremezclan con cinco visiones de Cristo a ritmo rápido. Pag 657.

- Cristo monta el caballo blanco. Sale victorioso con ayuda de la espada, que *sale de su boca*, su palabra. Cristo es la Palabra eterna del Padre, que resuena en su figura, gestos, actuación y destino. El ser mismo de Cristo revela quién es Dios. Pero Cristo habla también explícitamente por medio de su palabra, que anuncia su mensaje, da testimonio ante sus adversarios, envía mensajeros y encarga a su Iglesia, que proclame la buena noticia hasta el final de los tiempos. Esa palabra de Cristo es *la verdad*, lleva por nombre *el fiel y el leal*.

La verdad es cimiento de la existencia, pan del espíritu. Verdad y poder son entidades separadas en el arco de la historia humana, la verdad tiene valor, el poder coacciona; a la verdad le falta el poder directo, tanto más, cuanto más noble se presenta. Cuanto más elevado es el rango de determinada verdad, tanto más débil es su fuerza coactiva y tanto más tendrá que abrirse a ella el espíritu en total libertad. Cuanto más noble es la verdad, tanto más fácil es que las realidades vulgares tiendan a soslayarla, ridiculizarla y tanto más necesitará gran prestancia de espíritu. Lo cual es válido para toda verdad humana y sobre todo para la divina, siempre expuesta al peligro de *escándalo*.

La Palabra, al entrar en el mundo abandona en la puerta su omnímodo poder para asumir la debilidad inherente a la *condición de esclavo*. Adquieren sentido pleno las palabras de Juan: *En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron ... La*

Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció, Jn 1, 4-5 y 10. Llegará un día en que verdad y poder vayan unidos, la verdad tendrá el poder que le corresponde y se merece. La infinita verdad de Dios y todo su poder se manifestarán con fuerza, inundarán todo e impondrán el dominio de su soberanía. Pag 658-659.

- La palabra, que Cristo pronunciará en el último momento de la historia, permanecerá en la eternidad como ley, espacio, aire y luz de la existencia definitiva. En la palabra que pronunció en el seno de la historia, la verdad era tan débil como el propio Cristo, contra quien las tinieblas pudieron hacer causa común. Pero en la palabra, que pronunciará al filo de lo eterno, la verdad será omnipotente como su sentido. ¡Momento terrible para quien se cierre a la verdad! Ya no habrá sitio para cuanto en nuestro interior se oponga a la verdad de Cristo. De momento aún puede subsistir la mentira, porque la verdad es débil, como todavía puede subsistir el pecado, porque Dios deja a nuestra libre voluntad un espacio misterioso, en que la decisión del hombre puede tornarse contra la voluntad de Dios. Todavía hay un *breve espacio de tiempo*, tan breve como *inmediata* será la venida de Cristo, en que habrá libertad para equivocarse y mentir. Pero en cuanto la verdad adquiera todo su poder, dejará de existir la mentira, porque todo estará dominado por la verdad, la mentira quedará expulsada de la existencia, sólo podrá existir de modo que no se pueda expresar en positivo, es decir, en forma de condenación. ¡Qué gran liberación para quien anhela la verdad!

Esa es la victoria que Cristo logrará con *la espada de su boca*. Pag 659.

- Con esa visión deberemos afrontar los discursos escatológicos del Señor en los sinópticos. Lo más impresionante es la sacrosanta presencia del *entronizado*, ante quien *huyen tierra y cielo, desaparecen definitivamente* sin dejar rastro. Así es el poder del personaje, cuya verdad ha quedado transida de potencia. El juicio es la prueba, que aduce el juez contra todo cuanto existe, la intervención apocalíptica de la eterna santidad divina contra la historia. Su presencia conmociona el universo, lo arranca de sus goznes de seguridad, de la tranquilidad de su existencia. *Cielo y tierra* no pueden menos de *huir y desaparecer*. Desposeídos de su ser y convictos de su no existencia, dejan al descubierto lo bueno y malo, que en ellos existe, hasta el día, en que la gracia creadora de Dios los recoja otra vez y transforme en la figura de nuevo cielo y nueva tierra.

Compareceremos ante el trono y se esfumará cuanto un día nos dio apoyo, cuanto nos ayudó a no enfrentarnos a la verdad, todo se esfumará ante el poder del juez. Nos preguntaremos si todavía estamos vivos, porque no habrá sitio para nuestra mísera existencia. El poder, que nos creó, decidirá hasta qué punto existimos, porque el hombre sólo es real por acción de la verdad, justicia, fe y amor. De ahí que nuestra realidad sea cuestionable, experimentaremos cómo la nada nos absorbe y ante la mirada penetrante de Dios quedará sólo la desnuda realidad de nuestra conciencia. ¡Que la misericordia de Dios nos asista en ese momento! Pag 660-661.

- Él es *principio y fin*, el que existía antes que todas las cosas, por quien todo fue creado, el arquetipo universal, porque en Él todo alcanza perfecto

cumplimiento. En ese *fin* saldrán a la luz todas las emociones, ideas, palabras y acciones. Se manifestarán las acciones más íntimas y la actitud personal del hombre respecto a revelación y voluntad de Dios. Si el hombre ha creído en quien es *el Último*, si ha estado abierto con total disponibilidad, si ha procurado hacer el bien con amor, si ha sido *hombre de buena voluntad*, Cristo colmará en plenitud ese bien tan íntimo y, a partir de ahí reconstruirá cuanto el hombre haya hecho y experimentado en su vida. Nada se perderá y todo llegará a pleno cumplimiento. Desde lo que constituye el carácter decisivo de su ser, el hombre entrará en la plenitud total, se revestirá de su configuración eterna para vivir así en la presencia de Dios.

Por el contrario, si ha vivido cerrado a la actuación de Dios, ha rechazado la fe y obediencia, cuanto haya hecho y experimentado recibirá una sanción definitiva, su figura quedará estigmatizada por toda la eternidad y su vida será una auténtica *segunda muerte*. Pag 661-662.

- Esa plenitud no admite medias tintas, ya no habrá apariencias. Cuanto no sea auténtico, lo espurio, desaparecerá por completo, sólo permanecerá la pura verdad. El hombre, tanto en obras como en actitudes, será completamente él mismo, estableciéndose la más profunda unidad de sí mismo. En ese encuentro abierto con Dios, el hombre recibirá definitivamente su propio ser personal. En esta vida el ser humano sólo puede contar con su propio yo, engañarse, incluso huir de sí. En la otra orilla el hombre será él mismo, único, sin apariencias. Ya no tendrá necesidad de añorar su propio ser, reflexionar sobre sí mismo, preguntarse por su realidad personal. Por la acción de Dios, cuando toda la creación alcance su pleno y perfecto cumplimiento, *será* cuanto es realmente sin sombra de oscuridad, como el producto más genuino de su propia existencia, por toda la eternidad.

La última imagen del Señor se nos presenta en el *nombre de Jesús*, es la cercanía de Jesús, síntesis y **plenitud** de **creación**, **revelación** y Escritura, que se cierra con *¡Ven, Señor Jesús!* Pag 662-663.

11. Promesa

Ap 4, 2-5. Pag 666.

- Todas las cartas terminan con una *promesa*:

Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios, Ap 2, 7.

Te daré la corona de la vida ...el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda, Ap 2, 10-11.

Al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe, Ap 2, 17.

Al vencedor, al que se mantenga fiel a mis obras hasta el fin, le daré poder sobre las naciones: las regirá con cetro de hierro, como se quebrantan las piezas de arcilla. Yo también lo he recibido de mi Padre. Y le daré el Lucero del alba, Ap 2, 26-28.

El vencedor será así revestido de blancas vestiduras y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que me declararé por él delante de mi Padre y de sus Ángeles, Ap 3, 5.

Al vencedor le pondré de columna en el Santuario de mi Dios, y no saldrá fuera ya más; y grabaré en él el nombre de mi Dios, y el nombre de la Ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que baja del cielo enviada por mi Dios, y mi nombre nuevo, Ap 3, 12.

Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono, Ap 3, 20-21.

Y todas las imágenes hacen referencia a la futura plenitud, a cuanto el propio Jesús denomina vida eterna, tesoro del cielo, perla preciosa ... comunión con Dios. Pag 663-664.

- El árbol significa fuerza vital, que vence incluso la muerte, que se le prometió al primer hombre, si superaba la tentación.

La corona simboliza la victoria por medio de la fe.

El maná escondido hace referencia a la dicha, que confiere al hombre la revelación personal del propio Dios.

La piedra blanca, que lleva grabado un nombre nuevo expresa el amor, con que Dios llama al ser humano para constituirlo persona nueva.

La autoridad sobre las naciones simboliza el poder, que se dará a quienes hayan sido fieles al Señor en las persecuciones de los enemigos de Dios.

El lucero de la mañana, sagrado alborear del día, es la gloria esplendente de quienes han llegado a la perfección.

El vestido blanco es la vestimenta de gala para participar en la fiesta eterna.

El nombre escrito en el libro de la vida, reconocido por el Padre y sus ángeles, es el sello de la elección.

Ser columna del santuario del Dios de Cristo quiere decir que el acreditado será pilar estable e inamovible del templo eterno.

El nombre de Dios inscrito en la columna es símbolo del propio Dios, la pronunciación de su nombre confiere al elegido su auténtica personalidad.

Estar sentado en el trono significa tener parte en la ascensión y exaltación de Cristo.

Por tanto las frases referidas implican promesas relativas al sentido eterno del mundo de la divinidad. La tonalidad de promesa se percibe en todo el Apocalipsis. A quien se ve cercado por la tribulación y está empeñado en la lucha por el reino se le conforta incesantemente: ¡aguanta, mantente fiel, procura superar la dificultad y alcanzarás una plenitud inconmensurable! Pag 664-665.

- La ubicuidad de la promesa destaca en el Apocalipsis con profusión de realidades preciosas de incalculable valor.

También destacan las masas apocalípticas, no cúmulo desordenado y caótico de realidades concretas, sin magnitudes organizadas: ejércitos, coros, figuras pletóricas de vida, que rebasan el estrecho horizonte de lo individual:

Oí la voz de una multitud de Ángeles alrededor del trono, de los Vivientes y de los Ancianos. Su número era miríadas de miríadas y millares de millares, Ap 5, 11.

Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: Al que está sentado en el trono y al

Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos, Ap 5, 13.

Y oí el número de los marcados con el sello: 144.000 sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel, Ap 7, 4.

Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos, Ap 7, 9.

Y oí un ruido que venía del cielo, como el ruido de grandes aguas o el fragor de un gran trueno; y el ruido que oía era como de citaristas que tocaran sus cítaras. Cantan un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro Vivientes y de los Ancianos. Y nadie podía aprender el cántico, fuera de los 144.000 rescatados de la tierra, Ap 14, 2-3

Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: ¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios, ... Y oí el ruido de muchedumbre inmensa y como el ruido de grandes aguas y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: ¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso, Ap 19, 1 y 6.

Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo monta se llama Fiel y Veraz; y juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo él conoce; viste un manto empapado en sangre y su nombre es: La Palabra de Dios. Y los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco puro, le seguían sobre caballos blancos, Ap 19, 11-14.

Por todas partes surgen coros, ejércitos, muchedumbres, masas, estruendos, truenos.

El Apocalipsis presenta la intimidad como expresión de amor de una persona enamorada de otra, que da en secreto al amante un nombre especial, en el que se concentran sus más íntimos sentimientos personales, con el deseo de que no se conozcan fuera de los amantes. La piedra blanca lleva grabado un nombre, con el que la potencia creadora de Dios expresa la auténtica naturaleza del hombre, objeto de su amor.

Cuando se trata de muchedumbres desaparece la intimidad de la persona, no se contempla la vida individual, sino la colectiva. Cada miembro de la colectividad sigue siendo un individuo y cada cual ha recibido a su tiempo la piedra blanca, que le caracteriza, pero todos constituyen un único movimiento e himno de alabanza. La plenitud, por tanto, está en estrecha relación con las promesas y preciadas realidades. Pag 665-668.

- El Apocalipsis está transido de un aire de infinitud, que se deja sentir con fuerza, invade todo y continuamente crece en intensidad. Todo está penetrado de vida interminable, vida eterna que se presiente en la finitud del tiempo y suscita íntima añoranza y vivo deseo de poseerla. Es una vida sagrada, que procede de Dios. Las cartas se cierran con la advertencia: *quien tenga oídos para oír, que oiga*, lo que dice el Espíritu a las Iglesias. Lo cual significa que se trata de una vida, que no brota de la actividad de la razón humana, sino de la actuación del Espíritu Santo, que lleva a cabo la resurrección y la transformación, penetra la nueva creación y ya es esperado en el corazón abierto a la eternidad.

Todo está orientado a Cristo, que envía las cartas a las Iglesias y lleva todo a su plenitud. El libro se cierra con la súplica *el Espíritu y la Novia dicen: ¡Ven! Y*

el que oiga, diga: ¡Ven! Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida, Ap 22, 17. Súplica que el mismo Espíritu nos enseña cuando viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, Rm 8, 26. Magnificencia para Cristo: la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo, Ap 21, 2. Pag 668.

12. El espíritu y la novia

Ap 21, 1-5 y 21, 10-22, 5; 22, 20-21; 1 Jn 3, 1-2; Rm 8, 18-23; Pag 670-675.

- Para los contemporáneos del Apocalipsis la imagen de la ciudad expresaba la más alta perfección, que aquí simboliza síntesis de la fe cristiana, existencia redimida. Según una predicción Jerusalén existiría eternamente, pero fue destruida por la infidelidad del pueblo, aunque resucitó en la nueva Jerusalén, la Iglesia cristiana. La imagen de la ciudad destaca por la profusión de realidades preciosas, que convergen en su descripción. Rebosa de gloria y esplendor, nada hay escondido, todo está patente, carece de templo, porque toda ella es santuario. La interioridad de Dios crea un espacio sagrado, que abarca todo, brilla la gloria de la presencia de Dios, que habitaba en el arca de la alianza. A la ciudad afluyen pueblos y riquezas de toda la creación. Ninguna injusticia tendrá cabida en ella. Un río de agua viva fluye por la ciudad y el árbol del edén crece y se multiplica en sus orillas con la ferocidad de múltiples cosechas. El rostro de Dios brilla al descubierto sobre la ciudad, su nombre es eterno, manifestación de la esencia divina, como el sello que llevan grabado en la frente sus moradores.

La imagen expresa el sentido último de la existencia, el objeto de la esperanza, lo que un día será la nueva creación, que ya empezó en la vida de Cristo. La redención, el principio activo de Cristo, se activa en cuantos creen en Él: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es,* 1 Jn 3, 1-2. Pag 670-671.

- La existencia empieza de nuevo en cada creyente. Del principio absoluto, que es Cristo, fluye la fuente de la nueva gloria. Juan afirma que nuestro ser más íntimo está todavía oculto para los otros y para nosotros mismos. Sin embargo, la gloria interior permanece y se desarrolla, a pesar de las debilidades. Pablo amplía la promesa de la futura gloria a toda la creación, *Rm 8, 18-23*, la creación sin voz se integra en este proceso, participando en él. Algo invisible para el hombre va creciendo y madurando continuamente hacia el día de la revelación consumada. Todo lo cual se expresa en la ciudad celeste. Se trata de la nueva creación que, desde el comienzo absoluto marcado por la figura de Cristo, crece y se desarrolla a través de cada vida humana a lo largo de la historia y por los procesos de transformación del mundo. Pag 671-672.

- El primer cielo y la primera tierra han desaparecido, todo cumple su destino y desaparece. Pero nada de cuanto se ha integrado en Cristo se perderá, todo

será renovado. La potencia creativa de Dios comenzó con la resurrección de Cristo. El Espíritu Santo elevó la humanidad de Jesús en cuerpo y alma desde las profundidades de la muerte hasta las alturas de la vida divina. La humanidad de Cristo quedó plenamente integrada en su divinidad y su divinidad se manifestó en su cuerpo. En el resucitado ya no hay dentro, ni fuera, sino pura existencia en el amor. El amor es el Espíritu. Misterio, que se perpetúa en todo hombre unido a Cristo, *El cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas*, Flp 3, 21. La vida y actividad del hombre cristiano se transformarán en gloria eterna a imagen de Cristo, misterio que se perpetúa en la creación dando origen a un cielo nuevo y tierra nueva. *¡Todo lo hago nuevo!*

Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo, Ap 21, 2, la visión de la gloria se transforma en amor. La creación entera, espléndidamente preparada y rebosante de gozo, sale al encuentro de Cristo. La nueva creación vivirá en un clima de amor. Pag 673-674.

- *El Espíritu y la Novia dicen: ¡Ven!*, suspiro de infinita nostalgia, que brota a dúo del Espíritu y la Novia. La novia es la creación, engendrada desde el comienzo por amor, despierta para el amor. Pero la fuente de su amor es el Espíritu, que lleva a cabo la transformación, receptividad y apertura. En este mundo hablamos de *interioridad*: alma, sentimientos, corazón y *exterioridad*: cosas, acontecimientos, mundo circundante, diferencia que quedará asumida en una nueva unidad. Las cosas: árboles, animales, mar ... ya no serán realidades sólo exteriores, sino que entrarán en un espacio interior, el cual, sin que la criatura deje de ser criatura, ni Dios deje de ser Dios, abrazará al universo en una unidad inimaginable para la comprensión humana. El corazón del Hombre-Dios será el espacio, que abarcará la realidad entera. La interioridad de Cristo, que en su vida terrena vivió en soledad aterradora, sin reconocimiento de sus contemporáneos, incluso *abandonado* por el Padre, habrá triunfado plenamente. Cuanto exista, existirá en Él. La intimidad de Cristo penetrará todas las cosas y se manifestará en ellas, todo será pura transparencia, luz. Ya no habrá *dentro*, ni *fuera*, sólo presencia. El cielo es la realidad presente del amor como condición de todo lo creado, la identificación entre intimidad y apertura.

Quien realiza todo esto es Cristo. La imagen del novio es la última figura del Apocalipsis, porque para Él toda la creación es como una novia. De Él brota en cada uno de nosotros un nuevo principio de vida, de Él viene el Espíritu, que renueva todas las cosas, Él es el modelo de la transformación. Y la creación extasiada de gozo e invadida por el torbellino del amor, sale a su encuentro ataviada como novia, que va a reunirse con su esposo. Pag 674.